

¿Cuándo vendrás, Señor, cuándo vendrás?

¿Cuándo tendrán los hombres libertad?

Nos dicen que mañana y nunca llegas,
nos dicen que ya estás y no te vemos;
dicen que eres Amor y nos odiamos,
dicen que eres Unión y vamos dispersos.

No es tu Reino, Señor;

la tierra no es tu Reino.

Nos dicen que vivamos resignados,
nos dicen que Tú al hombre das consuelo;
mientras tanto, la intriga hace su estrago,
mientras tanto, el rencor es nuestro dueño.

No es tu Reino, Señor;

la tierra no es tu Reino.

Mas si nosotros salimos a la vida
viviendo en nuestra carne tu Evangelio,
diciendo que es urgente despertarse,
que sólo los sinceros ven tu reino.

Entonces, solo entonces, Señor

la tierra empezará a ser tu Reino.

Con el Adviento comenzamos la andadura del año litúrgico. Pero, **¿qué sentido tiene la celebración del Adviento para el pueblo cristiano y para los hombres y mujeres de nuestro tiempo?** En general, creo, que poco.

Pero esto no significa que no esperen nada, ya que toda persona siempre espera algo. Por tanto, lo importante es que nos preguntemos: **¿qué esperan los hombres y mujeres actuales?**

Por si nos puede servir, ofrezco este brevísimo análisis, partiendo de la parábola de la vida en un barco, en el que distinguimos los siguientes tipos de personas:

El armador.

Este es, quien se beneficia de la organización, y además se nos dice que mejora la vida de la tripulación. Este lo que espera es que el sistema continúe y su organización siga reportándole beneficios.

La tripulación.

Esta solo tiene que preocuparse del aburrimiento. La mayor parte del tiempo lo pasa sentados bajo cubierta, bebiendo cerveza y viendo vídeos. Estos, al gozar de bienestar que les ofrece el sistema, lo que esperan es que continúe, que no cambie nada, si acaso, ganar más y trabajar menos.

Los naufragos.

Estos, que antes podrían tener esperanza y agitaban los brazos, porque había gente vigilante, ahora no pueden hacer nada. Sus gritos no se oyen en el mundo de las máquinas: **¿Dónde están los vigías?** Prácticamente no existen o son demasiado pequeños para detectarlos.

Pero estos comienzan a hablar y ya se dejan oír, aunque los representantes del sistema tratarán por todos los medios de reducirlos al silencio.

Aunque la lista de esperanzas puede ser indefinida, creo que hay unos problemas comunes en todo este malestar: la vivienda, el trabajo, el sueldo digno y la participación activa en política.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, a la vez, gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”.

Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna, solo deseamos una cosa:

CONTINUAR, BAJO LA GUÍA DEL ESPÍRITU, LA OBRA MISMA DE CRISTO.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2,1-5): *caminemos a la luz del Señor.*

Salmo 121 (1-2.4-5.6-7.8-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13,11-14a): *Vestíos del Señor Jesucristo.*

Evangelio (Mateo 24,37-44): *estad también vosotros preparados.*

Quienes tenemos a Jesús como Señor, único Señor, frente a tantas pretensiones ingenuas y aspiraciones de dominio, prestigio e inmortalidad, podemos dirigirnos a Él con indicaciones diversas o títulos distintos. Uno de ellos es el que hoy le aplica el evangelio: *«Hijo del hombre»*. Cada uno de ellos tiene un matiz diferente en la tradición judía en la que surgen. Y cada uno de ellos ha asimilado unos acentos propios en la tradición cristiana que los ha usado durante dos milenios. Pero todos ellos resaltan el carácter de Jesús como Alguien en quien definitivamente hemos encontrado una base desde la que entender la vida y construir el proyecto humano.

Nuestra vida personal, sin embargo, se mueve entre un mundo que reacciona ante una serie de necesidades desde la lógica que los humanos hemos ido construyendo, y el mundo de la fe, que nos invita a aplicar otra lógica y a vivir desde los esquemas de Jesús, que nos atraen y nos fascinan pero no terminamos de ver su operatividad histórica.

Nuestra lógica humana, en la que nos movemos, dirige el mundo de la historia con una previsión que la convierte en muy rutinaria. Esa rutina, tan habitual, se convierte en forma de vida y pensamiento. Se hace cultura. Expresa lo que pensamos y dicta lo que debemos pensar como natural y lógico. La razón llega a establecer unas leyes que se aplican según lo que se quiera conseguir, leyes económicas, leyes políticas, leyes sociales...

Nos hacemos rutinarios para facilitar nuestros hábitos vitales y su consecuencia es que, a veces, nos invade el tedio, el aburrimiento, el hastío; la rutina de levantarse a la misma hora, de ir a los mismos sitios, de hacer las mismas cosas, de aplicar las mismas soluciones.

Hemos construido la vida personal y la común sobre una piedra que nos protege y nos guía. Una base que nos da seguridad y evita tener que estar siempre innovando y creando novedades, pero que evita sentirnos encerrados en un mundo que no termina de salir de su círculo, que ni hace algo realmente nuevo ni rompe con este mundo de rutinas serias y fuertes como el hambre, la violencia, la desigualdad, el miedo, etc.

La facilidad de la rutina nos impide ver otras posibilidades, quizás más arriesgadas, pero mucho más grandes. Estamos inmersos en una nebulosa cultural, en un no querer ver o creer, confiar y esperar que la propuesta de Jesús es realmente novedosa y aplicable.

Estamos atrapados en la noche provocada por un opio que adormece nuestros sentidos. La realidad cultural se ha hecho tan evasiva que ella misma se ha convertido en adormidera que distrae y aleja de la realidad humana con sus problemas profundos y sus anhelos de esperanza. La cultura hoy, cercena y corta todo lo que suene a esperanza, a trascendencia, a superación interior, a visión que se atreva más allá de los límites del tiempo y de la historia.

Pablo, gran experto en la vida y en la historia plural de los humanos, nos invita a decidimos ya por una vida que trate de ser y actuar como la que nos propone Jesús. No es una vida de normas morales y ritos repetidos, aunque todo ello ayude a darle forma. Es una vida de decisión general, de asumir los valores, criterios y objetivos que constituyen eso que denominamos Evangelio.

Es creer como necesario el vivir que Jesús ofrece, la vida que nos anuncia y propone. Es entender que el hoy es una negra noche al lado de un mañana que será luz, y vivir, por lo tanto, añorando que ese mañana llegue, porque, por fin, la humanidad sabrá que las posibilidades no eran una ilusión imposible ni el sueño de una sala de *“fumadores de opio”*.

Comenzará otra etapa, será otra historia y nos parecerá muy bien. No será el fin, tan temido por muchos que no ven más allá. Será el comienzo deseado de quienes vemos al otro lado, conducidos por Jesús que se hará presente en los corazones humanos. Será de la forma más natural para unos, por sorpresa para otros, pero todos disfrutaremos de algo que el Hijo del hombre inaugura cada vez que le hacemos nacer en el mundo.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *La serpiente me engaño, y comí.*

Salmo 97 (1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Romanos 15,4-9): *mantengamos la esperanza.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Hágase en mí según tu palabra.*

(Atendiendo la solicitud de la Conferencia Episcopal Española y debido al arraigo que tiene en nuestro país “María Inmaculada, patrona de España”, ha tenido a bien dispensar la observancia de las normas litúrgicas que imponen el traslado de la solemnidad al lunes siguiente, por coincidir con un domingo de Adviento, con la salvedad de mantener la Oración Colecta y la segunda lectura del Domingo, así como hacer mención al Adviento tanto en la Homilía como en la Oración Universal.)

En las escenas idílicas de los comienzos humanos en el Paraíso, de pronto aparece una repelente y monstruosa actriz, viscosa, sutil y peligrosa. Confundida en su grandeza con los dragones, ha pasado a la historia, como imagen del mal, sinónimo de peligro, de la maldad y del engaño.

Su aparición en escena, va a provocar todo un estallido de desgracias en cadena, en conexión y en una solidaridad negativa que nos afecta a todos, sin dejar un resquicio libre de su repercusión. Sólo María, a la que, por tradición, el pueblo ha querido ver siempre libre del monstruo, pero que sus consecuencias le llegaron en forma de dolor y desgarró, trabajo y ansiedad, preocupación y anhelo de sentido en la relación con su Hijo que le causó muchos sinsabores y no pocas preguntas.

Desde entonces, los seres humanos andamos buscando cómo liberarnos de semejante monstruo. Aunque la sensibilidad ecológica nos advierte que no se trata de eliminar especies animales utilizadas como símbolo de nuestros males. Ellas son instrumentos de expresión, personajes que representan, ejemplos para hablar y escribir, imágenes para hacer aparecer el mal que tiene tantas caras y se nos presenta de tantas formas sutiles y seductoras.

Ha pasado el tiempo en que creíamos inminente su final, cuando la primera generación cristiana esperó, inútilmente que Jesús volvía enseguida a dar muerte a la fiera e instaurar un mundo de bien y felicidad.

¿Qué hacer mientras? ¿Cómo dar a la humanidad un sentido de esperanza en la sensación, tan extendida, de creerse abandonada de Dios?

Hay actitudes y posturas que, con la pretensión de arreglar el mundo de un modo eficiente y rápido, nos introducen más en la dinámica del mal y nos convierten a nosotros mismos en pequeños o grandes dragones y serpientes que contribuimos a hacer más daño y aumentar el sufrimiento. Todo lo que tiene que ver con las soluciones del mundo, las que solemos ver como lógicas, tienen ese rasgo.

Pero las que, siendo conscientes de la gran tarea histórica y humana por realizar, buscan algo más profundo y humano que despierte la esperanza de los pobres y sencillos, son más acordes con el modo de trabajar de Dios. En medio de la historia, cuando nos manifestamos tantas veces como lobos, fieras o serpientes, promover experiencias de fraternidad es mucho más importante que hacer cosas pensando en arreglar el mundo.

Eso que nos convierte en hermanos y genera esperanza es lo que llamamos adquirir la condición de hijos de Dios. Experiencia que es la propia de la maternidad, dar vida, hacer hijos, declarar hermanos, introducir en un ambiente de familiaridad con Dios como Padre.

Hijos son los que se saben queridos y aceptados, los que esperan una herencia sin haberla ganado, los que tienen segura una puerta abierta, los que cuentan con ayuda para el futuro, los que tienen esperanza y, por eso, no se deprimen ante el presente.

María hizo posible esa experiencia para todos y en eso es modelo, en ese tipo de maternidad que Dios utiliza para hacer hijos y, por lo tanto, hermanos.

Con nuestra actitud de colaboración con Dios hacemos posible que Él, actuando en la sombra, como le gusta, sabe y quiere, sembrando su Palabra en la sencillez y en nuestra esterilidad, consiga resultados fecundos y haga sentir la experiencia humana más importante y trascendente, la de sabernos hijos.

Esperemos, pues, que se haga en nosotros su Palabra. Eso nos llenará de alegría y ya no dará miedo la serpiente, porque habrá encontrado el talón que machacará su cabeza.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11,1-10): ***brotará un renuevo.***

Salmo 71 (1-2.7-8.12-13.17): ***«Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente»***

2ª lectura (Romanos 15,4-9): ***mantengamos la esperanza.***

Evangelio (Mateo 3,1-12): ***Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.***

(Con el fin de no perder la reflexión continuada de la Liturgia del Adviento, adjunto una reflexión correspondiente al segundo domingo, permutado por la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María)

Una de las grandes figuras del Adviento es Juan el Bautista, el cual se presenta proclamando una gran noticia para el pueblo: **«El Reinado de Dios está cerca»**. Pero dicha cercanía exige un enmendarse: **«Enmendaos, que está cerca el Reinado de Dios»**, es decir, cambiad de actitud cada uno respecto de los demás. Adoptar una conducta justa que posibilite el nacimiento de **«un nuevo orden»**.

La proclamación se realiza **«desde el desierto»**; el lugar donde se sitúa el “heraldo” es también el lugar desde donde se ejerce su actividad, y no se realiza desde Jerusalén, lugar donde reside el poder económico, político y religioso. De aquí la fundamental importancia de la ubicación social, donde se sitúa el profeta, interpreta la realidad y proclama la conversión.

Contemplada la crisis en clave de esperanza, se convierte en “*signo profético*”, en una llamada a un cambio profundo y global; “*no cambiaremos la vida, si no cambiamos de vida*”. Volviendo de nuevo al mensaje evangélico, el cambio a realizar es cambiar un “*mundo que hemos construido al revés a un mundo construido al derecho*”.

Si contemplamos la sociedad en su globalidad, nos llama la atención la falta de cambios, realmente importantes, capaces de hacerlo más humano, más justo; el gran problema de nuestro mundo continúa siendo la desigualdad. Por eso, el cambio que necesitamos dar, que por cierto es difícil y amenazado, es pasar de un mundo que hemos construido sobre la primacía del dinero, del poder y el éxito; un mundo que centra su atención en el orgullo, la envidia, la arrogancia, el egocentrismo, la falta de amor y el aislamiento, a un mundo construido sobre la primacía de la persona humana, que siempre ha de ser **sujeto** y nunca objeto y medio de nada ni de nadie.

Situados en el desierto de las víctimas de la injusticia humana, el problema de fondo de la crisis actual, es de tipo espiritual, es una idolatría. El dinero se ha convertido en un ídolo, en el dios de nuestro mundo; desde él todo se interpreta y orienta. Ahora bien, la maldad del “*dios-dinero*” no se encuentra en los bienes materiales que son dones de nuestro Padre Dios para todos sus hijos; la maldad radica en la actitud que los diviniza.

Según los profetas y el Nuevo Testamento, la actitud fundamental que diviniza los bienes materiales es el individualismo egoísta, autosuficiente (ser como Dios), que se encarna en la codicia, en la ambición, en el ansia de poder. Este “virus” mortífero se ha anidado en el corazón de todos, en los de arriba, en los del medio y en los de abajo. Todos quedamos contagiados y, por tanto, todos somos responsables, más o menos, de la situación que estamos padeciendo.

Por eso, la proclamación de Juan el Bautista goza de plena actualidad: **«Enmendaos, cambiad de vida, si queréis que llegue el nuevo orden de Dios»**, el “*mundo al derecho*”, más aún, ya está llegando, no pongamos obstáculos. En esta línea la aportación de los cristianos es importante, necesaria, y el mundo la necesita.

Cierto que somos conscientes de que la renovación espiritual por sí sola no puede resolver los problemas económicos, políticos, sociales y ecológicos que padece nuestra sociedad. Pero, sí puede conseguir lo que solamente con planes económicos, programas políticos y regulaciones jurídicas resulta a todas luces inalcanzable: un cambio interior del hombre, un cambio total de mente. Con otras palabras: la transformación del corazón humano mediante la conversión a una nueva actitud, alejándose del camino que nos ha llevado a la crisis.

No cabe duda de que la humanidad necesita transformaciones sociales, económicas, políticas, pero no menos necesita una renovación espiritual.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35,1-6a.10): *Pena y aflicción se alejarán.*

Salmo 145 (7.8-9a.9bc-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5,7-10): *Tened paciencia, manteneos firmes.*

Evangelio (Mateo 11,2-11): *¿Eres tú el que ha de venir?*

La razón de nuestra alegría es que el Señor está cerca. Quienes esperamos con fe la fiesta del nacimiento del Hijo de Dios, ansiamos que llegue la Navidad y celebrarla con alegría desbordante: *«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca»*. Dejemos que estas palabras de Pablo a los filipenses impacten con fuerza en nuestras vidas y contagien nuestra alegría al mundo, a nuestras relaciones con los demás, y animen nuestro compromiso en la sociedad y en la iglesia.

Los textos litúrgicos de hoy son un canto a la alegría y a la esperanza: Isaías nos ofrece unos versículos que debemos dejar que caigan sobre nosotros como lluvia que empapa la tierra, releerlos y meditarlos una y otra vez en nuestro corazón.

Hablan de yermo y desierto, de páramo y estepa. Así son muchas situaciones en nuestra vida y en la vida del mundo. Sobre ellas viene Dios en persona, con toda su gloria y su belleza. Desierto y yermo se alegran y florecerán como flor de narciso. Por eso, que lo débil cobre fuerza. Cojos, ciegos, sordos, mudos, oprimidos, canten de alegría. El Señor viene en su rescate. Pena y aflicción se alejarán.

La esperanza del pueblo se ha cumplido con la encarnación de Jesucristo, el Mesías prometido, el Hijo muy querido, el Ungido por el Espíritu. En el texto evangélico de hoy la Iglesia nos presenta, como el domingo pasado, a una de las figuras claves de la aparición de ese Mesías: Juan Bautista, la otra gran figura, la primera, es María, a la que acompañaremos en su adviento el domingo próximo como madre de Jesús.

Juan es el que nos muestra a Jesús, ya adulto, “renacido” en las aguas de Jordán por el Padre y el Espíritu, para incorporarnos a todos al Reino del Padre. A la pregunta de los enviados del Bautista *«Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»*, Jesús no responde con un escueto y afirmativo “sí”. Responde con sus obras: *«Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio. ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!»*.

La expresión *«el que ha de venir»* recoge la expectativa mesiánica del pueblo de Israel. La respuesta de Jesús, sus signos, indican que esa esperanza se ha cumplido. Hoy Jesús se presenta como el Mesías que realiza lo anunciado por Isaías: curando, limpiando, resucitando muertos, llevando una noticia buena a quienes nunca han recibido nada bueno. Y llama dichoso a quien no se sienta defraudado por Él, por su manera de ser y de actuar.

También la Iglesia se deben mostrar ante el mundo como aquella que, imitando a su Maestro, se pone a los pies de la humanidad doliente, ayudando a que los ciegos abran sus ojos, los inválidos anden, oigan los sordos, queden limpios los leprosos de hoy, resucite lo que está muerto y los pobres reciban el Evangelio de Jesús Salvador.

Así Jesús seguirá siendo una buena noticia para los más pobres de la tierra, y su Iglesia (todos nosotros) no tendrá que ser objeto de escándalo para nadie, sino el signo de que el Reino de Dios está ya en medio de nosotros. También ella, la Iglesia (todos nosotros), ha de poder proclamar: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres»*.

Jesús anuncia una salvación que es liberación de todo lo que oprime al hombre. Pablo VI, en su encíclica “*Evangelii Nuntiandi*”, 29, nos dio un mensaje que sigue siendo actual: *«La evangelización lleva consigo un mensaje explícito, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación»*.

¿Qué esperanzas, qué signos de liberación apporto a la vida de mis hermanos que sufren?

¿Vivo alegre en el Señor? ¿Siento que está muy cerca de mí?

La Palabra de Dios, el Cuerpo de Cristo ¿me llenan de fuerza y de ilusión por realizar su Reino?

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 7,10-14): *Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo.*

Salmo 23 (1-2.3-4ab.5-6): *«Va a entrar el Señor, Él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Romanos 1,1-7): *Entre ellos estáis también vosotros.*

Evangelio (Mateo 1,18-24): *...y le pondrá por nombre Emmanuel.*

Estamos a las puertas de la Navidad; desde la fe, el mayor acontecimiento de la historia de la humanidad, esperanza de los pobres y desde los pobres Dios hará brotar el nuevo hombre, el nuevo mundo. Las figuras de este cuarto domingo de Adviento son Isaías, María y José, y nos invitan a soñar, a mirar con otros ojos, a cambiar de perspectiva.

Como el rey Acáz, vivimos como perdidos entre manifestaciones de fuerza y de poder de algunos, que proclamándose como los salvadores del pueblo, tratan de imponer sus medidas e ideas a los demás, pero sin contar con ellos. **¿En nombre de que se consideran los poseedores de la verdad?** Intentan pisotear los derechos más fundamentales de las personas: la dignidad, la vida, la libertad..., convencidos de que el camino de la fuerza, de la imposición es el camino más eficaz de conseguir las cosas. Método, que incluso quieren aplicar también en el campo religioso.

Frente a esto, el Dios revelado en Jesús, el Hijo de Dios, y de María, ha manifestado que está presente donde se devuelve la dignidad a las personas, la capacidad de ser aquello que están llamados a ser: hijos de Dios y hermanos. Pero, esto no lo descubrimos, si miramos al mundo con las categorías humanas de fuerza, de poder, de violencia, de odio..., ya que nos incapacita para descubrir y experimentar a Dios, que es Amor, Paz, Vida; característica de los tiempos mesiánicos, que estamos llamados a construir.

«Mira, la doncella está encinta, y da a luz un hijo». La respuesta del profeta Isaías parece ser un absurdo, una tomadura de pelo. Acáz, preocupado en contar el número de sus efectivos militares, queda consternado al comprobar la superioridad del enemigo, y el profeta que le invita a pedir una señal a Dios. La fe es para otras cosas, para otros momentos de carácter personal, pero ahora las cosas son serias, está en peligro el pueblo: **«no quiero tentar a Dios».** El profeta le responde: **«¿No os basta cansar a los hombres, sino que cansáis a Dios? Pues, el Señor por su cuenta, os dará una señal. Mirad: la virgen está encinta, y da a luz un hijo y le pone por nombre Emmanuel».**

En momentos tan serios como aquéllos, se le invita a fijarse en la insignificancia de una doncella. **¿A quién puede importarle eso?** Sólo a quien consigue ver el mundo desde la perspectiva de Dios. La debilidad, asumida conscientemente por el profeta, por el hombre de fe, se convierte en una fuerza temida por los poderosos de este mundo. La fuerza de la debilidad no sólo está en que es una renuncia a la violencia y a la fuerza impositiva del poder, sino también en que es una denuncia, una crítica al manifestarse como irreconciliable y en tajante contraposición con el poder, el dominio, le prepotencia, la autosuficiencia.

Al profeta, hombre de Dios, débil, se le ve como molesto y conflictivo al cuestionar todo un sistema de vida, basado en la confianza en la fuerza y el poder; por eso, es rechazado y también perseguido por los poderosos y los falsos profetas, y, lo más doloroso, por ciertos dirigentes religiosos, ansiosos de reconocimiento, sutilmente camuflado por motivos, incluso evangélicos, como el servicio y la responsabilidad...

Si queremos hacer realidad los tiempos mesiánicos anunciados por los profetas y realizados ya en Jesús, Dios-con-nosotros, debemos abrir los ojos a la presencia de Dios, que se manifiesta en esos anhelos de Amor, de Paz y de Vida de todas esas personas, que tratan de reproducir la imagen de Jesús, teniendo en cuenta que estas características de Dios no hacen ruido, no buscan propaganda, no se imponen por la fuerza y por ello no son noticia, pero son las que transforman el mundo, curando los corazones desgarrados, luchando por liberar a los oprimidos y proclamando gestos de gracia y de perdón a todos.

No se trata de despojar al Evangelio de su enorme fuerza política. Es más bien reconocerla en otro lado, en el de los que parecen insignificantes, los olvidados de la sociedad: **«la doncella que espera un hijo».** Se trata de comprometerse en la construcción de aquel orden nuevo que anunciaron los profetas y que llegó a su cumplimiento en este niño de Belén: **«el lobo y el corderillo pastarán juntos...».**

¿Qué lugar ocupan los pobres, las víctimas, en las propuestas para salir de la crisis?

La celebración de la Navidad ya próxima, nos conceda la fuerza y la luz para comprometernos en hacer presente a **«Dios-con-nosotros».**

LA NATIVIDAD DEL HIJO DE DIOS

1ª lectura (Isaías 53,7-10): ***Escucha: tus vigías gritan.***

Salmo 97 (1.2-3ab.3cd-4.5-6): ***«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»***

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): ***Ahora, nos ha hablado por el Hijo.***

Evangelio (Juan 1,1-18): ***...y la Palabra era Dios.***

Hoy es Navidad. Dios se ha hecho hombre, ha nacido de María Virgen. Así lo confesaremos una vez más en el credo. Dios está con nosotros. Felicitémonos. En realidad así lo hacemos todos los días al comenzar la eucaristía. El saludo ***«El Señor esté con vosotros»*** no es sólo un deseo, sino un recordatorio y una invitación al gozo, porque siempre es Navidad. Dios está con nosotros, por nosotros, como el Padre que nos quiere, como el hermano que nos protege, como el Espíritu que nos anima y llena de entusiasmo para vivir.

Pero, el Señor está con nosotros, con todos nosotros, con los que estamos en el templo y con los que están en todos los templos, con los que han venido y con los que no vendrán, con los conocidos y con los desconocidos, con los del norte y con los del sur. Está con todos y nos está diciendo que todos somos su familia, que es nuestro Padre, que somos hermanos, que tenemos que desprendernos de prejuicios y olvidar malentendidos, para recuperar el talante y la actitud de los hermanos, de los buenos hermanos.

Hoy es un día de fraternidad universal. Qué hermoso si fuera realidad. Qué suerte que podamos hacerlo realidad con la gracia de Dios, con su ayuda, que para eso se ha hecho hombre, como nosotros, para salvarnos, para ayudarnos, para que hoy precisamente sea la navidad de la familia humana, que reúna, por fin, a todos los hombres y mujeres del mundo.

El evangelio dice bien claro que la encarnación no es un capricho de Dios que sucedió en aquel tiempo, sino un acto de amor de Dios, un acontecimiento de aquel tiempo y de todos los tiempos, porque es definitivo. San Juan dice que: ***«la Palabra de Dios se hizo hombre y acampó entre nosotros»***. Es decir se estableció, se quedó entre nosotros. Y Jesús antes de subir al cielo, nos recordó que nunca nos dejaría y que seguiría con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Y con nosotros está en su Palabra, en el Sacramento, pero sobre todo en los hermanos, como hermano, como prójimo. En su encíclica *“Caridad en la verdad”* nos decía Benedicto XVI, ***«que la globalización nos acerca a todos los hombres»***, y añadía que la fe nos hermana, haciendo que esa cercanía de la globalización se transforme en gracia de salvación y de bienestar y gozo para toda la familia humana.

Tal es el reto del misterio que celebramos, tal la responsabilidad del gozo que anuncian los ángeles a los pastores, y nos transmiten los evangelistas a nosotros: ***«Gloria a Dios en el cielo, y a los hombres en la tierra paz»***, y felicidad y gozo y solidaridad y bienestar, que ésa es la gloria de Dios.

La Navidad es siempre una invitación a la alegría y una llamada a la responsabilidad. Celebramos la presencia de Dios entre nosotros, pero tenemos que esforzarnos por saber ver a Dios y reconocerlo en el prójimo, en el otro. Están muy bien todos nuestros esfuerzos por recrear la gracia de Belén, pero no podemos quedarnos sólo en los belenes.

Tenemos que descubrir al niño Jesús en todos los niños que sufren, tenemos que ver a Jesús en todos los adolescentes y jóvenes desorientados, tenemos que reconocerlo en todas las personas que sufren por cualquier causa, tenemos que salirle al encuentro en todos los excluidos.

Porque Dios está entre nosotros, en los que tienen hambre, en los que no tienen trabajo, en los que lloran, en los que luchan por la justicia, en los que trabajan por la paz y la solidaridad y la hermandad. Tenemos que buscar a Dios (como dice el papa Francisco) en las periferias, entre los marginados y excluidos, no sea que al marginar a los pobres, a los emigrantes, a los distintos, acabemos por marginar a Dios y quedarnos huérfanos para siempre.

¿Lo vemos y reconocemos? ¿Dejaremos pasar la ocasión, malograremos la gracia de Dios, su cercanía, su presencia amorosa con nosotros?

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3,2-7,14-17a): *será escuchado.*

Salmo 127 (1-2.3.4-5): *«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»*

2ª lectura (Colosenses 3,12-21): *Y por encima de todo, el amor.*

Evangelio (Mateo 2,13-15.19-23): *quédate allí hasta que yo te avise.*

Miedo, una palabra demasiado frecuente, un sentimiento afincado en nuestra vida: miedo al futuro incierto y al presente complejo; miedo a los fracasos, a la enfermedad... o a la muerte; miedo a los conflictos, miedo a perder el empleo o a no poder “sacar adelante” a la familia.

Todos sentimos miedo en algún momento de la vida. Hay quienes viven paralizados por él. José, el padre de Jesús, también «*tuvo miedo*», por él y por su familia. Conoció y vivió ese sentimiento. Una y otra vez abandonó sus planes para recorrer el camino que se abría ante él. Son muchas las familias que tienen que dejar de lado sus planes y proyectos iniciales para recorrer inciertos caminos.

Conocemos la “*crisis de la familia*” y asistimos, con dolor, al sufrimiento de muchas de ellas. En la familia se reflejan las tensiones, las frustraciones y la falta de sentido que viven muchas personas. Asimismo sufre las sacudidas de una cultura que ha endiosado el consumo, la imagen del placer inmediato y ha destituido los proyectos a largo plazo o la interioridad dejando a cada persona en la fragilidad de la intemperie.

La vida no resulta fácil, hay demasiadas personas “*resquebrajadas*”, rotas, desnortadas o necesitadas de no saben qué. No es fácil edificar una familia si no existe un sujeto unificado, capaz de soñar a largo plazo. En demasiadas ocasiones, la familia queda relegada a un refugio, un bálsamo, o una escapatoria de los problemas diarios.

Queda en un segundo plano la familia como espacio de amor y perdón, un lugar terapéutico, un entorno de vida saludable que permite a cada persona encontrarse con lo más profundo de sí mismo. La carta a los Colosenses presenta al «*amor, que es el ceñidor de la unidad consumada*». El entorno familiar, próximo, afectivo y exigente ayudará a generar hombres y mujeres unificados, entregados, felices... con el proyecto de vivir y significar un amor capaz de renovar a cada persona y a toda la humanidad.

Cada familia está llamada a edificar el hogar en el que crecer y desarrollarse, donde ser felices y poder afrontar los problemas. El hogar es mucho más que la casa, el hogar es el medio de vida, el lugar que configura a las personas que lo habitan, el espacio de convivencia y encuentro que transforma a quien lo habita.

El único hogar posible para una familia es el amor y la felicidad. Sin convicciones comunes profundas sólo nacerán proyectos débiles que se tambalean y se rompen fácilmente. Las aficiones, las sensaciones o los bienes no garantizan un proyecto de familia. El amor auténtico es el único lugar donde pueden consolidarse un proyecto de vida en común, gratuito, solidario y a largo plazo.

Al mirar la vida de muchas familias descubrimos que la confianza es un rasgo fundamental. Una confianza mutua y constante, que rompe las barreras del tiempo y de las dificultades y hace posible afrontar las situaciones, por complicadas que sean. Una confianza que, en muchas de ellas, se torna fe al poner en manos de Dios el proyecto familiar.

Así lo vivió la familia de Nazaret en las diversas situaciones en la que nos la presentan los evangelios. Cada momento de su vida es una experiencia radical de fe y disponibilidad absoluta al plan de Dios. Fe y confianza se dan la mano en cada familia cristiana que se siente bendecida y acompañada por Dios.

La familia es sinónimo de diversidad, pluralidad y flexibilidad. Una auténtica parábola para nuestro mundo. La llamada “*célula básica de la sociedad*” nos recuerda la necesaria complementariedad de todas las personas, el trabajo por el bien común, la responsabilidad de todos los que formamos la sociedad, la preocupación por los más débiles y, cómo no, la imprescindible fecundidad vital en frutos y buenas obras. El mundo es la gran familia que intenta caminar entre el miedo y la confianza, pero siempre bendecida por Dios.

Por último, no olvidemos la frase que el papa Francisco dirigió en la plaza de san Pedro en el encuentro con las familias por el Año de la fe: «*Para llevar adelante una familia es necesario usar tres palabras. Quiero repetirlo, tres palabras: permiso, gracias, y perdón. Tres palabras claves*».

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *te proteja y te conceda su favor.*

Salmo 66 (2-3.5.6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga.»*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *¡Abbá! (Padre).*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *meditándolas en su corazón.*

Hoy, primer día del año, celebramos la fiesta de Santa María, Madre de Dios. La Iglesia nos invita a posar nuestra mirada cordial sobre el corazón de María: allí donde, como relata el evangelista Lucas, ella guardaba y meditaba todos los recuerdos de los primeros días de la vida de su hijo Jesús, sus primeras experiencias de maternidad, traspasadas, sin embargo, por la violencia de los hombres (recordemos a Herodes y la huida de la sagrada familia a Egipto).

María encarna la bendición que los israelitas pedían de parte de Dios; su presencia iluminadora y pacificadora. Recién nacido, Dios mismo, en el fondo de una cueva sin luz, hace brillar su rostro sobre María, expandiendo una paz imperceptible para el ojo humano, cargado como está de escenas de violencia. Una paz que penetra hasta lo más profundo de esa otra cueva que albergamos en el interior, donde brota la bendición en medio de las maldiciones de los violentos.

El Señor guarda y concede su favor en lo escondido. Él mismo, sin palabras (las que el recién nacido no puede pronunciar), es su bendición. *«El Señor mostró su rostro y nos dio la paz»*, a nosotros, a los violentos, que creemos que la paz es tan solo dejar de matar. **¿Qué paz podemos esperar y acoger ejerciendo la violencia a la vez? ¿Qué paz encontramos, sin embargo, al contemplar la mayor de las fuerzas hecha debilidad y entregada a una mujer?**

Dios envió a su Hijo para que naciera de una mujer, de María de Nazaret, y así liberarnos de la Ley: una ley que dice que Dios es un soberano impuesto sobre todas sus criaturas. Según esta imagen, la divinidad despliega todo su poder para violentar, para ser reconocida como amo. En gran medida se trata de una imagen masculina, patriarcal, propia también de la historia judía, marcada por el anonimato de la mujer.

Pero, el Dios que no es amo sino Padre ha escogido a una doncella del pueblo, a una joven desechada en toda su debilidad, como María. Precisamente la mujer, doblegada al abandono y a la sumisión por la violencia de otros hombres, portadores de la Ley, representantes de un poder soberano, es escogida, nada menos y nada más que para ser la “Madre de Dios”.

¿Qué significa que la fuerza del mundo nazca de una madre, en un niño indefenso que necesita de su cuidado? Significa alterar las relaciones entre los hombres con una fuerza distinta a la violencia: la fuerza del amor. Que esta fuerza se entregue al cuidado amoroso de una madre significa que la paz es posible en el mundo: una paz que no es la mera ausencia de violencia, resentida y desesperada; una paz que genera vida a su alrededor.

La mujer, por el hecho de albergar y dar a luz vida, posee toda la debilidad y toda la potencia, de la que la fuerza violenta carece, pero que la dinámica escandalosa del amor posee. Dios, al cuidado de una mujer, confirma la necesidad de la fuerza del amor en la debilidad, y así hace brotar para el mundo una paz de vida, de la que María, mujer en la paz, fue su primera colaboradora.

LA PAZ

*Acunada en un regazo de mujer,
observada por los ojos
de un varón enternecido,
acechada por la ira de los violentos,
y ocultada en la calma
de los vivos, no los muertos;
así vino la paz
a este mundo frío y duro, que,
admirado, no comprende...
cómo lo fuerte es tan débil,
cómo lo débil es tan grande,
cómo lo grande no se impone:
se abandona al amor
de la madre con su hijo.*

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24,1-2.8-12): *La sabiduría será ensalzada.*

Salmo 147 (12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.15-18): *Nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos.*

Evangelio (Juan 1,1-14): *La Luz brilla en la tiniebla.*

En este segundo domingo después de Navidad las lecturas hablan del misterio de la Encarnación: *«Dios se ha hecho cercano al hombre»*. Jesús nos ha venido a decir que *«Dios es un Padre bueno que ama al hombre»*.

En la persona de su Hijo, añade san Pablo, *«Dios nos bendijo con toda clase de bendiciones espirituales, en el cielo. Ya que en él nos eligió, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia, por amor»*.

En Jesús encarnado sabemos qué es el hombre, de donde viene y a donde va. Y de Cristo encarnado, muerto y resucitado, y de la acción de su Espíritu, nace la Iglesia, comunidad de los que creemos en el Hijo de Dios y tratamos de seguir sus pasos. Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia,

«Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros», acabamos de anunciar. El hombre es, en lo más profundo de su ser, *su ser, un misterio*. Solo sabemos quiénes somos cuando nos miramos desde Dios manifestado en su Hijo hecho hombre: *«El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado»*. (Gaudium et spes, 22).

Por eso, el sentido de nuestra vida está en vivir lo que ya somos, hijos en el Hijo, y entregarnos confiadamente a ese Dios que, en Jesús, se nos ha manifestado como Padre amoroso que cuida de sus hijos. *«Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios»*. El ser humano llega a su plenitud en el Hijo de Dios encarnado, primogénito de todos los hombres y mujeres de la humanidad.

Demos gracias a Dios, que en su Hijo Jesucristo nos ha destinado a ser sus hijos. Gracias, porque ya no nacemos de la carne y de la sangre, sino de Dios. Gracias, porque Cristo es para nosotros la luz que ha alumbrado nuestras vidas. Gracias, porque hemos contemplado la gloria de Dios en el rostro de un niño nacido en Belén, *«gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y verdad»*.

Ante la cuna del recién nacido, la Navidad nos invita a reivindicar la grandeza y dignidad de todo ser humano. En el más pequeño y humillado, Cristo nos ha dejado el sacramento de su presencia viva.

Porque Cristo ha asumido, no como un disfraz, sino como suya propia, la naturaleza humana, y en ella a cada hombre y mujer, sobre todo a aquellos cuya imagen humana está desfigurada por el dolor, el hambre, la injusticia y la opresión.

La Encarnación es el canto de Dios a la dignidad del hombre. Cuanto ofende a esta, ofende a su Creador. Que Dios nos ayude en este nuevo año a descubrir en cada hombre y mujer la presencia de su Hijo encarnado.

GRACIAS

Te damos gracias,
Padre Dios,
porque has enviado al mundo
a tu Hijo Jesucristo.
Te damos gracias,
Dios Hijo, hermano nuestro,
por venir a compartir nuestra vida.
Te doy gracias Jesús,
mi Dios y Señor encarnado,
por acompañar mi crecimiento,
y por animarme a que
yo acompañe el tuyo.
Gracias por tu cercanía y cariño,
gracias por tu amistad.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *Vienen todos, trayendo incienso y oro.*

Salmo 71 (2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *Somos miembros del mismo cuerpo.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Hemos visto su estrella y venimos a adorarlo.*

El nacimiento de Jesús es un hecho que a nadie deja indiferente. El evangelista nos muestra una escena llena de expresividad: Herodes, los magos de oriente, una estrella luminosa, el asombro de todo Jerusalén, las profecías mesiánicas... Es el pórtico que nos abre al misterio del nacimiento del Hijo de Dios.

Toda la atención se dirige a este niño, pero no todos lo van a descubrir. Muchos ni siquiera lo van a encontrar. La manifestación de Dios en Belén no es en majestad, sino en humildad. Es “*la puerta de atrás*”, una entrada que Dios suele usar con mucha frecuencia y que solo unos pocos son capaces de encontrar, más aún, es una puerta que solo algunos son capaces de valorar.

Hoy, como entonces, descubrimos la oscuridad. A pesar de tantas luces que invaden calles y plazas, el mundo está en penumbra. Lo ensombrece el sufrimiento de hombres, mujeres, niños, ancianos. El hambre, la violencia, el paro, la soledad... son oscuridades de nuestros días.

La persecución que sufren muchas personas que trabajan por la justicia; la discriminación violenta por el origen, la raza, el sexo o la religión; el castigo mantenido a zonas enteras del planeta obligadas a padecer el hambre o la guerra; el drama del paro que azota la vida y estabilidad de tantas familias...

Son algunas de “*las puertas de atrás*” de nuestro mundo. Las zonas oscuras. Lugares en los que Dios, sorprendentemente, volverá a nacer y será reconocido con más intensidad. Es el misterio de Dios que elige lo débil y lo pobre para nacer.

En la oscuridad de la noche los Magos de Oriente descubrieron una estrella y se pusieron en camino. Esta señal orientó su viaje, guió sus búsquedas y les condujo a Jesús. Entraron en la casa donde estaba, le adoraron y le ofrecieron sus regalos.

En ese momento la noche se hizo día. La oscuridad quedó vencida por la luz. Una luz que acaba con las tinieblas y es esperanza para quienes viven sumidos en la noche. Desde entonces miramos y vivimos de otro modo la oscuridad. Dios nace en la oscuridad, y sin embargo brilla su luz.

Demasiadas personas nacen y viven en la oscuridad. Nos aterra la oscuridad, nos duele quienes viven en ella, pero sabemos que puede nacer esa luz que vence a la tiniebla. Esta luz es presencia del mismo Dios. Todos la podemos buscar y ayudar a que otros la descubran.

Quien contempla y adora a Dios queda transformado. En la oscuridad nace la luz. Los Magos de Oriente descubren al niño con su madre; ya nada es igual. A partir de entonces comienza un nuevo camino. Los magos dejan plantado al todopoderoso Herodes y quedan habitados por Dios.

Un nuevo proyecto comienza para cada persona que se encuentra con el misterio de Dios. Un nuevo camino en el que ya nada es igual. Empieza una nueva vida que no tiene miedo en hacerse presente en las oscuridades del mundo en busca de una luz, la de Dios, y con la misión de adorar, acoger y proteger a aquellos que siguen naciendo y viviendo en las sombras de la humanidad.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Mirad a mi siervo.*

Salmo 28 (1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Mateo 3,13-17): *Necesito que tú me bautices.*

Igual que la Física cuántica puso de moda la incertidumbre, todo el mundo, ahora, apuesta por el azar, la casualidad y la zozobra, con la consiguiente sensación de desconcierto y desorientación que eso provoca en el espíritu humano.

Hasta la Iglesia, dicen muchos, ha entrado en esa dinámica de la dispersión con la que muchos ya no se sienten identificados, de la que otros toman distancias y con la que otros se sienten avergonzados o ruborizados, al menos.

¿Qué pasa en la Iglesia para que haya quienes vean a nuestra comunidad como un obstáculo en la relación con Dios?

¿Qué hace posible la distancia hasta el punto de querer tener relación con Dios al margen de la Iglesia?

Los que formamos esta comunidad, tan discutida últimamente, hemos sido bautizados, como el bautismo que Jesús quiso recibir de manos de Juan Bautista; esto simboliza el paso a la tierra de los libres; somos los que hemos atravesado el mar de la esclavitud y el río del desierto, del vacío, del sinsentido, para poder encontrarnos en la protección de un ambiente que no pretende abusar ni acusar ni exprimir, ya que todos somos miembros de una comunidad familiar construida en torno al Dios del perdón, del amor, de la libertad.

Somos Iglesia en cuanto nos sabemos aceptados, perdonados por Dios con toda nuestra enorme carga de humanidad limitada, pecadora, defectuosa e insatisfecha.

Somos una comunidad constituida sobre el agradecimiento que la experiencia del perdón nos despierta, tenemos la función de ser, como Iglesia, el signo, el sacramento que hace presente a Dios y pone en relación con Él, pero no desde la grandiosidad y magnificencia, no desde el escalafón y la apariencia sino desde la sencillez, desde el servicio y, muchas veces, desde el silencio.

Jesús, que se somete al bautismo de Juan aun a costa de ser malinterpretado como menor en el escalafón humano, es reconocido y anunciado como *«Hijo de Dios»*; una experiencia que Juan nunca pudo entender porque sobrepasaba las posibilidades de su mentalidad religiosa tan imbuida de justicia y de ley.

Juan, que anunciaba un futuro, no podía imaginar ese futuro al margen de la ley y el cumplimiento estricto de sus enunciados. Esperaba un cambio de comportamiento en la humanidad como condición del cambio social y religioso.

Jesús, que anuncia también un futuro, coloca su comienzo en un cambio de Dios que, maestro en humanidad, acepta a los humanos con toda nuestra carga de culpa y nuestra sensación de superados por nuestra propia condición.

Para Juan la religiosidad es exigencia moral. Para Jesús la religiosidad es experiencia de perdón. Las *“aguas del Perdón”* que nos hace humildes, abiertos, comprensivos, serviciales, esperanzados, sencillamente humanos.

Cuando los cristianos nos bauticemos de perdón, nos bañemos en misericordia, atravesemos el río de la libertad y entremos en la casa de nuestro Padre, entonces, ya, no nos sentiremos agobiados, sino libres, descargados, relajados y dispuestos a ser sencillamente naturales, sencillamente hermanos.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49,3.5-6): *Te hago luz de las naciones.*

Salmo 39 (2 y 4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 1,1-3): *Señor nuestro y de ellos.*

Evangelio (Juan 1,29-34): *El Espíritu bajó del cielo como una paloma y se posó sobre Él.*

Cuando Juan, en el bautismo, presenta a Jesús a las multitudes que acudían al Jordán, lo presenta como *«el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»*. No lo presenta como un rey poderoso, ni como el león fuerte de Judá, ni siquiera como un gran guerrero triunfador, sino como un cordero que va a ser sacrificado para expiación por el pecado del mundo, por nuestros pecados, por nuestra insolidaridad.

Jesús viene para dar su vida, para darnos vida, para quitar el pecado que da la muerte, para erradicar todo cuanto mortifica y hace imposible la convivencia entre hermanos en la gran familia de Dios. Su muerte es nuestra vida, como el cordero sacrificado sirvió de alimento al pueblo liberado, como la eucaristía es el alimento del pueblo redimido.

Benedicto XVI, en su obra *“Jesús de Nazaret”* se hace tres preguntas que nos van a servir para nuestra reflexión: **¿qué significa cordero de Dios?, ¿por qué Jesús es el cordero de Dios?, y ¿cómo quita el pecado del mundo?** La expresión *“cordero de Dios”* alude al carácter sacrificial de este animal. Es precisamente un cordero, el animal que se ofrece en los sacrificios expiatorios, sobre todo de las personas pobres.

Un cordero fue sacrificado en la liberación de Egipto, señalando con su sangre las jambas en las puertas de las casas de los liberados. Y un cordero será en adelante el sacrificio pascual para Israel. Por eso, antes de la comunión se proclama el *“Cordero de Dios”* y se nos invita a participar en la eucaristía, la nueva y definitiva pascua de los cristianos.

Nada tiene que ver el pecado del mundo con ese mundo de pecadillos que nos hemos ido creando para disimular nuestra responsabilidad y justificar una falsa tranquilidad de conciencia. El pecado del mundo es, consecuencia de las estructuras de pecado que han ido haciendo callo en nuestra sociedad y cultura.

Tenemos que recurrir a la doctrina social de la Iglesia para superar nuestros prejuicios acerca del pecado, devaluado en virtud del individualismo ambiental a una esfera tan intimista que prescinde de toda connotación social, comunitaria, política y económica.

Se explica, aunque no se comprende, que así la gravedad del pecado, reducido a una responsabilidad mínima individual, se haya convertido en algo insignificante, sin importancia, son *“los pecadillos”*, son solamente *“faltas”*.

Hay que recordar la advertencia de Juan Pablo II, cuando decía que *«la comprensión de la tremenda realidad de injusticia que nos aqueja, nos hace volver los ojos al pecado del mundo, a las estructuras de pecado, a la responsabilidad que todos compartimos en el mantenimiento de esas estructuras injustas»*; en una palabra, el pecado de complicidad en el mal, que nos afecta a todos sin excepción.

Todos nosotros, por el bautismo, hemos sido incorporados a Cristo, invitados a participar en su causa contra el pecado del mundo, no solo desterrando de nosotros el pecado, sino trabajando en la Iglesia, en las organizaciones de la Iglesia, y solidariamente con todos los demás, para acabar con la injusticia, la marginación y la pobreza, que son el gran pecado de nuestro mundo.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 8,23b-9,5): *y una luz les brilló.*

Salmo 26 (1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (1ª Corintios 1,10-13.17): *unidos con un mismo pensar y sentir.*

Evangelio (Mateo 4,12-23): *Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos.*

Terminamos el octavario (ocho días) de oración por la unidad de las Iglesias Cristianas; en algunos lugares, además de orar dentro de cada iglesia, también se sale de las mismas para encontrarse con cristianos de otras confesiones. En este contexto el evangelio de hoy nos invita a abandonar nuestras seguridades ante la llamada de Jesús para seguirlo.

En España, “*un país católico de toda la vida*”, estamos viviendo desde hace unos años en un “*país de misión*” aunque nuestras prácticas habituales continúan siendo de conservar lo que hay, cada año es menor el número de practicantes y el de los que acceden a los sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación, eucaristía.

«*Convertíos*» Este grito de Jesús, al inicio de su vida pública, dirigido a todas las personas, significa “*romper con lo antiguo*”: no sigáis dando vueltas y más vueltas a lo mismo como si nada hubiera sucedido. Lo escuchábamos en el Adviento: *«Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?»*

Jesús es el comienzo de ese “*algo nuevo*”, diferente a todo lo vivido hasta entonces y que ya no tendrá fin. Solo lo que esté conectado a Jesús y a su proyecto de vida abundante para todas las personas durará para siempre; lo demás está llamado a desaparecer, mejor antes que después.

«*El Reino de Dios*» Así llama Jesús su proyecto que no tiene nada que ver con templos, ni con leyes, ni con premios y castigos; tampoco hay en ese proyecto jerarquías ni poderes de unos sobre otros: todos somos iguales y hemos de estar dispuestos a ayudar a los más débiles y desfavorecidos del sistema imperante.

El proyecto no llega a las personas con grandes manifestaciones sino a través de pequeños, pero significativos, signos en la vida de los que los perciben. Curiosamente, los que mejor entienden los signos y se adhieren al proyecto son los más sencillos y humildes de entre nosotros.

Para que el proyecto se mantenga vivo y sea capaz de ilusionar a las personas que lo encuentran, Jesús sigue haciendo que su palabra resuene en el corazón de algunas personas que se sienten con la fuerza necesaria para llevarlo adelante.

«*Jesús continúa llamando a cada persona*» La respuesta que damos a Jesús ha de ser personal, libre y responsable; debemos alejarnos de hacerlo por tradición familiar o porque la gente de mi ambiente natural lo hace. Y, lo antes posible, deberemos buscar una comunidad o grupo de creyentes adultos que están viviendo habitualmente esta experiencia, la celebran y la revisan en común.

Lo mismo que hicieron los discípulos cuando Jesús les llamó, que lo dejaron todo y le siguieron, hemos de hacer los que pretendemos ser sus seguidores hoy. Debemos priorizar en nuestra vida cotidiana todo aquello que tenga que ver con el proyecto del Reino de Dios: la verdad, la justicia, la solidaridad y la igualdad de todas las personas, especialmente con los más desfavorecidos.

SI TE HAS ENCONTRADO CON JESÚS, SÍGUELE.

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Malaquías 3,1-4): *Miradlo entrar.*

Salmo 23 (7.8.9.10): *«El Señor, Dios de los ejércitos, es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Hebreos 2,14-18): *de nuestra carne participó también Jesús.*

Evangelio (Lucas 2,22-40): *mis ojos han visto a tu Salvador.*

Celebramos hoy la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo y de la Purificación de María, el popular día de la Candelaria. La liturgia nos invita a salir, con nuestras lámparas encendidas, al encuentro de aquel que es reconocido por el anciano Simeón como *«luz para alumbrar a las naciones»*.

A imitación de Cristo, y según sus palabras: *«Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo»* (Mt 5,16), los cristianos estamos llamados a ser la luz del mundo.

La fiesta se sitúa a los cuarenta días del nacimiento de Jesús. Según lo marcado por la ley de Moisés, José y María debían subir al Templo para presentar y ofrecer al Señor a su hijo primogénito y para entregar la ofrenda de purificación de la madre: un par de tórtolas o dos pichones.

Pocas palabras como las de Simeón, pueden expresar la plenitud de una vida colmada en la espera del Mesías y coronada al verle: *«Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz porque mis ojos, al fin, han visto tu Salvación, la luz de las naciones y la gloria de tu pueblo»*.

Son palabras que el Espíritu puso en la boca y el corazón de aquel buen hombre y que Dios pone hoy en nosotros, y que bien podemos aprender de memoria y recitarlas cuando nos retiramos a descansar al final del día.

Los creyentes en Cristo somos *“Luz en el Señor”*. Este es un don grande; pero, a la vez, es una grave responsabilidad. *“Nosotros, los que vemos, ¿qué hemos hecho de la luz?”*. El evangelio que escuchamos nos invita a bendecir a Dios, que nos permite tomar en nuestras manos al que es la Luz del mundo y a ser portadores y testigos de esa luz en medio de las tinieblas de este mundo.

Pero Simeón no se paró aquí, siguió hablándole a María: *«Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón»*. María, la madre, está unida desde el primer momento al sufrimiento de aquel que será como una bandera discutida, aceptado por unos y rechazado por otros hasta la cruz.

Al final de la vida de Jesús, estará María al pie de la cruz recibiendo entre sus brazos por última vez a su Hijo. La vocación del cristiano camina también siguiendo los pasos de la Madre, desde la luz a la cruz.

El otro personaje de este día es Ana, viuda, anciana y profetisa, que en continuidad con el Magnificat de María, da gracias a Dios al que ha servido día y noche con ayunos y oraciones, y reconoce cumplida en Jesús la esperanza de liberación de su pueblo. Y así se lo cuenta a los demás.

Nosotros los cristianos, **¿servimos al Señor como Ana, día y noche? ¿Se une nuestra voz y nuestra vida a la liberación de toda esclavitud y pecado? ¿O nos suena sospechosa también a nosotros la palabra “liberación”?**

Pero ése es el mensaje de Jesús que Simeón y Ana han sabido captar en ese niño, luz de las naciones, gloria de su pueblo, que trae un proyecto de salvación de Dios para el mundo y para la historia humana.

Un plan que Jesús supo condensar la entrega de su vida con aquellos signos sencillos de un pan y un cáliz ofrecidos en la mesa y en la cruz por nosotros y por todos los hombres. Hoy lo seguimos haciendo nosotros en conmemoración suya.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58,7-10): *romperá tu luz como la aurora.*

Salmo 111 (4-5.6-7.8a y 9): *«El justo brilla en las tinieblas como una luz»*

2ª lectura (1ª Corintios 2,1-5): *Me presenté a vosotros débil y temeroso.*

Evangelio (Mateo 5,13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

No deben dejar de sonar, repetitivamente en nuestros oídos, las palabras de Jesús en el monte, al proclamar dichosos, felices y bienaventurados, a los pobres, a los que sufren, a los que trabajan por la paz y la justicia, a los perseguidos por su nombre y a los limpios de corazón que, el pasado domingo hubiésemos proclamado de no haberse celebrado la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo.

Hoy, Jesús, prolongando el “*Sermón de la Montaña*”, nos interpela con estas otras dos frases: *«Vosotros sois la sal de la tierra»* y *«Vosotros sois la luz del mundo»*. Jesús nos pide a sus seguidores que seamos sal y luz para nuestro mundo. El discípulo de Jesús recibe la consigna de ser sal de la tierra y luz del mundo, reflejando en sus obras la luz que viene de Jesús para que el mundo crea. Nadie puede, por tanto, vivir la fe para sí mismo.

Para poder iluminar a los demás necesitamos el contacto continuo con quien es la Luz y origen de toda luz. La Iglesia se define a sí misma como *«luz de las naciones»*. La Iglesia está fundada como una ciudad en lo alto de un monte, para ser vista por toda la humanidad. A lo largo del tiempo ha tenido que vivir días de oscuridad en las catacumbas, pero ella es siempre luz. Los discípulos somos llamados, desde la solemnidad del nuevo Sinaí, a iluminar y dar sabor al mundo entero.

Gracias a ello, todas las relaciones humanas pueden tener otro sabor. Nosotros podemos hacer que la vida tenga otro color, otra luz. Y así, los seres humanos podemos mirarnos con ojos limpios a la cara, para descubrir y compartir nuestras alegrías y nuestras penas, para ser veraces los unos con los otros. Será, pues por nuestras buenas obras, obras de paz y de justicia, transparencia de la bondad de Dios, como los hombres *«darán gloria a vuestro Padre que está en el cielo»*.

En el texto de la primera lectura, Isaías nos habla de esas buenas obras: *«Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo, y no te cierres a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora»*. Jesús las tomará para llamar *«benditos de mi Padre»* a quienes tienen esa actitud con el pobre y necesitado: *«Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer»* (Mt 25,35).

Muchas personas deseamos vivir el evangelio, buscando y deseando algo como “*recetas espirituales*” para vivir la vida conforme a ese ideal. **¿Qué puesto nos toca ocupar o qué función desempeñar en ese reino de Dios anunciado por Jesús?**

Con las metáforas de la luz y de la sal pone Jesús bien claro cómo debemos comportarnos en el mundo los que queremos asimilar los comportamientos cristianos: La sal da sabor y preserva de la corrupción. La luz ilumina y permite ver a dónde y por dónde se va.

Esa es la función que tenemos que acoger los que nos llamamos discípulos de Jesús, primero para nosotros mismos y después para los demás, porque: *«si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?»*. Si un día perdemos el sabor o no nos atrevemos a proclamarlo a los cuatro vientos; si nos ocultamos para pasar desapercibidos; si nos confundimos entre todos los demás, entonces no serviremos para nada.

Hay que estar vigilantes para no sentirnos satisfechos por el mero hecho de no hacer mal a nadie: **¿No hacen eso también los paganos?** Si nos conformamos con vivir a ese nivel nos pareceremos a la sal insípida o a la luz oculta. El Papa Pablo VI insistía en esa prevención: *«No os dejéis mentalizar por el materialismo. No intentéis humanizar tanto el evangelio que le despojéis de su carácter divino»*, porque entonces le quitáis su sabor y no sirve para nada.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 15,16-21): *Si quieres, guardarás mis mandatos.*

Salmo 118 (1-2.4-5.17-18.33-34): *«Dichosos los que caminan en la voluntad del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 2,6-10): *el Espíritu todo lo penetra.*

Evangelio (Mateo 5,17-37): *No he venido a abolir, sino a dar plenitud.*

Si abrimos la Biblia, muy al principio, nos encontramos con los diez mandamientos. Significaron un avance humanista. Se pasó del “ojo por ojo” al “no matarás”. Podemos decir que, con ellos, Dios quería hacer posible un mundo más humano, un mundo donde cada persona pudiera vivir feliz y en paz.

El libro del Deuteronomio nos dice que al entregarle a Moisés los mandamientos le dijo: *«no añadirás nada ni quitarás nada a lo que yo te mando»* (Dt 4,1-2). ¿Y qué sucedió? Que con el paso del tiempo se fueron añadiendo a la ley multitud de normas y detalles minuciosos que terminaron por oscurecer y hacer olvidar el verdadero sentido de la ley. Así, los dirigentes y, especialmente los fariseos, creían que el sábado (la ley) era más importante que la persona humana (Mc 2,27).

Con tantas normas la vida se hizo insoportable para el pueblo y, lo peor de todo, aquel pueblo terminó pensando que todo aquel conjunto de leyes y de normas era la voluntad de Dios. El pueblo llano, la gente sencilla, como no podía entender y vivir tanta norma y tanto precepto se quedaron fuera de la salvación: *«eran unos pecadores, un pueblo maldito que desconocía la ley»* (Jn 7,49).

La ley, los diez mandamientos, no eran prohibiciones hechas para limitar la libertad humana, sino señales para indicar el camino hacia la libertad y hacia el amor. Es así como Jesús vivió la ley. Los fariseos le acusaban de querer acabar con la ley, decían: *«está acabando con la ley»* (Mt 5,17) y *«ese no viene de Dios, porque no observa la ley del sábado»* (Jn 9,16).

Y, por eso, en el evangelio de hoy Jesús responde a estas acusaciones diciendo: *«No penséis que he venido a derogar la ley. No he venido a derogar, sino a dar cumplimiento, para que los mandamientos se observen en toda su plenitud»* (Mt 5,17). Jesús supo ver y supo vivir la ley como un medio al servicio de la persona y sus necesidades. De ahí, desde la centralidad de cada persona, todo se ve con más humanidad y con más divinidad.

Aquellos fariseos murieron, pero en cada uno de nosotros, en nuestra sociedad y también en nuestra Iglesia acechan nuevos fariseos. Todos nos ponemos leyes y normas que, en lugar de ayudarnos a crecer como personas y como seguidores de Jesús, terminan asfixiándonos y alejándonos de nosotros mismos, de los otros y de Dios.

Tal vez por el afán de ganar más dinero, o por lograr más prestigio, o por no contaminarnos en el trato con determinadas personas, o por aparentar para que no aparezca la verdad de mi yo..., socialmente vivimos maniatados por normas que consideramos “normales” pero que nos impiden ser nosotros mismos y disfrutar de la vida: la carrera por producir y competir, por tener un coche mejor, por vivir bajo los dictados del consumo, por ser autosuficientes y no necesitar nada de nadie....

Como entonces, hoy, Jesús nos despierta y nos hace caer en la cuenta de que lo único que vale es la persona, cada persona y que todo debe estar orientado hacia ella: hacia cada persona individual y hacia cada persona en comunidad.

El proyecto de Dios sobre el ser humano que progresivamente hemos ido descubriendo (la Biblia nos relata ese descubrimiento de Dios y sus deseos) y que de una manera asombrosa se nos ha revelado en Jesucristo es que nos sepamos y nos vivamos como hijos suyos, hijos de Dios; y que sepamos y vivamos la gran verdad que significa que hemos sido creados y llamados para construir un mundo de hermanos. Una familia. Una fraternidad.

Jesús nos descubrió el sentido de la vida *«vine para dar vida y vida en abundancia»* (Jn 10,10). Nos descubrió el sentido de que los diez mandamientos: son un paso más en el camino de crecimiento en la libertad y en el amor, hasta vivir como hijos de Dios.

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19,1-2.17-18): *Seréis santos.*

Salmo 102 (1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 3,16-23): *¿No sabéis que sois templos de Dios?*

Evangelio (Mateo 5,38-48): *a quien te pide, dale.*

La carrera por el derecho y la justicia ha sido agotadora para la humanidad. Siglos queriendo hacer frente a tanto desmán y siglos queriendo agrandar las distancias que nos separan del mundo infrahumano que resuelve los conflictos con la fuerza. Siglos de ansiedad, por parte de los pobres y débiles, esperando el momento en que se haga realidad la justicia. Siglos de angustia y pesar que han hecho y siguen haciendo desesperar a muchos, convencidos de la imposibilidad de la justicia.

En ese proceso tan largo, parece que en la cultura sumeria, se consiguió una fórmula que sentaba las bases para superar los destructores efectos de la venganza. La practicaban los mismos miembros del clan de la víctima que había sido objeto de un agravio o violencia. Y pretendía que la venganza se mantuviera dentro de unos límites proporcionales al daño sufrido. Era la ley del talión, el ojo por ojo, nada más.

Otras fórmulas siguieron, especialmente la de someter la aplicación de la justicia a instancias ajenas a los interesados. Estos siempre sintieron la frustración de no ser los encargados de interpretarla y aplicarla; les privaba de descargar la ira que conlleva castigar, evitaba el exceso y, sobre todo, daba un poder enorme a los nuevos encargados de administrarla: reyes, jueces o ancianos. Desde entonces la justicia está en manos de profesionales.

Nadie puede ser perfecto. Todos estamos sometidos a nuestra condición del ser humano, sencilla y simplemente humanos, incapaces de alcanzar metas de perfección que nos hagan intachables. *“Todos somos pecadores”*, decimos al comenzar la Misa, y sin embargo...

Sin embargo Jesús nos invita, llama y convoca a ser perfectos, como cada uno ve que son los padres y las madres que, impregnados de toda su realidad humana y limitada, pecadora también, se vuelcan en amor y dedicación a sus hijos para lograr hacer de ellos las mejores personas. Como Dios, no por ser Dios, sino por ser Padre.

Jesús señala una realidad que no tiene sentido por sí sola; solo en relación es como se entiende. Y en la relación es donde Jesús nos invita a la misma perfección relacional y no moral propia de los padres. Aquella capaz de perdonar, de dar, de privarse, de ofrecer y sacrificar lo más propio para hacer posible no solo el bien debido sino hasta el no debido, pero necesitado por los otros miembros de la familia humana.

Resulta evidente que la ley está llena de un sentido y amor que deben ser descubiertos si no se quiere practicar el error de dar culto a la letra muerta. El pueblo debe imitar en su conducta el proceder de Dios, norma de toda perfección y santidad.

Jesús habla para los días buenos y malos, para las personas con temperamento de héroes, pero también para las mediocridades. Su mundo no era menos violento que el nuestro. Nada más humano que pagar con la misma moneda; y nada más divino que orar por los enemigos.

Jesús, nos dice con toda claridad cuál es la voluntad de Dios: *«Oísteis que se dijo... pero yo os digo...»* No es una legislación nueva, pero se añade tal perfeccionamiento a la ley antigua que, de hecho, parece nueva. Jesús nos enseña a renunciar a toda violencia, a vencer el mal con el bien. Todo discípulo de Jesús debe inspirar su proceder en la conducta del Padre celestial que es bueno con todos.

El ideal de convivencia humana no se basa en la pura filantropía humana ni en la afinidad temperamental, sino en la imitación de Dios. Hay gente buena en todas partes. El cristiano tiene que hacer algo específico, señalarse más, potenciar lo bueno hasta elevarlo al nivel de heroísmo si es necesario.

Sed perfectos como vuestro Padre celestial. ¡Aspirad siempre a lo mejor!

DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49,14-15): *Me ha abandonado el Señor.*

Salmo 61 (2-3.6-7.8-9ab): *«Descansa solo en Dios, alma mía»*

2ª lectura (1ª Corintios 4,1-5): *Así pues, no juzguéis antes de tiempo.*

Evangelio (Mateo 6,24-34): *¿No valéis vosotros más que ellos?*

La lectura de este pasaje del evangelio produce cierto placer por su belleza. Al oír la argumentación del Maestro no puede uno por menos que pensar: **¡Tiene razón!** *Lirios del campo, pájaros del cielo, un Padre providente que cuida de sus criaturas, un orden de valores y prioridades, una motivación para vivir en paz las alegrías de la vida.*

La llamada a la confianza en la Providencia no es un panegírico de la irresponsabilidad ni invitación al vagabundeo más o menos alegre. La obligación del trabajo es ley de vida. Pero aquí se invita a superar los sentimientos de angustia ante el mañana, a desechar el error de creerse solos y desentenderse de la preocupación por cosas secundarias con olvido de las principales.

Somos por naturaleza desconfiados. Jesús que generalmente hace valer la autoridad de su palabra, en este tema se siente como obligado a esgrimir argumentos. Sabe muy bien que el alimento es necesario, lo mismo que el vestido. Pero hace caer en la cuenta de que mucho más valor tiene la vida que hemos recibido de Dios y depende en cada instante de Él.

«Buscad el Reino de Dios y su justicia»; esta debe ser la primera preocupación del cristiano, la preocupación central, la verdadera e importante. Pero, Jesús era consciente de que el dinero, el capital, entraña una misteriosa seducción, que bien puede considerarse como algo religioso que apasiona y ciega hasta el extremo de no ver la vida, sino desde el punto de vista de ganar y acumular cuanto más mejor, sin pensar en los demás.

¿Qué nos quiere decir Jesús cuando afirma: *«No podéis servir a Dios y al dinero»*? Sabemos que el dinero y las cosas no son malas; son dones del amor generoso de nuestro Padre Dios para sus hijos. Por tanto, hablar del *“interés, del afán por el dinero”*, son expresiones ambiguas. Y lo son porque pueden referirse a situaciones o formas de vivir contradictorias.

A uno le puede interesar el dinero por egoísmo y avaricia o, por el contrario, le puede interesar por altruismo y generosidad. El que se afana por ganar para hacerse un gran capital y pasárselo lo mejor posible sin pensar en otra cosa, ese es un individuo que ha puesto su corazón en el dinero, lo único que, de verdad, le importa en la vida.

Por el contrario, el que se afana para montar una empresa y crear puestos de trabajo, debidamente remunerados, o porque tiene una familia a la que hay que sacar adelante, es claro que, en esos casos, el dinero no es enemigo de Dios, pues Jesús mismo hizo un milagro para alimentar a la gente, y Dios es el primero que quiere que las personas, sus hijos, no pasen necesidad, que todos tengan un nivel de vida digno.

Por tanto, el verdadero problema está en saber *“dónde tiene cada uno su interés”* y, por consiguiente, *“dónde tiene cada uno su corazón”*. Esto es lo que se deduce de la enseñanza del Evangelio: el que tiene su tesoro en sí mismo y en llevar una buena vida y trata de acumular cantidades de dinero sin pensar en otra finalidad, esa postura es irreconciliable con Dios Padre, bueno y generoso con todos.

En este caso el dinero ejerce una fuerza totalizadora y tiene tal poder de seducción que termina por ser el gran competidor de Dios; y, al revés, el que tiene su corazón y su tesoro en la felicidad de todos y en aliviar el sufrimiento de los más posibles, el dinero queda liberado de toda ambición, avaricia y codicia, y se transforma en signo, sacramento del amor generoso del Padre, que ha creado todas las cosas para todos sus hijos.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2,12-18): *Rasgad los corazones y no las vestiduras.*

Salmo 50 (3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5,20-6,2): *Ahora es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6,1-6.16-18): *Os aseguro que ya han recibido su paga.*

Las imágenes de un volcán en erupción no dejan indiferente a quien las contempla. Es un fenómeno de la naturaleza que derrocha potencia, fuerza y espectacularidad: grandes explosiones, columnas de humo y gases y ríos de lava que arañan las laderas. Y sus efectos no son menos impresionantes: ruina y ceniza, tanta que acabará cubriendo todo el paisaje. La visión inicial deja paso a un panorama grisáceo, desolador, inerte. Este “nuevo” paisaje genera no pocos problemas, es símbolo de la destrucción e inicio de una nueva etapa de limpieza, curación y recuperación.

Todos convivimos y respiramos habitualmente con cenizas; son más frecuentes de lo que imaginamos, son los restos de lo que fue. La ceniza nos remite a los residuos, a los desechos y a la contaminación. En un ambiente natural causa inestabilidad, en los ámbitos sociales causa desorden e incluso en la propia vida causa malestar. Las cenizas también nos recuerdan los proyectos rotos y las experiencias fracasadas.

En el día en que comenzamos la Cuaresma, la ceniza es signo de lo innecesario y llamada a la conversión. Hasta de la ceniza puede nacer algo nuevo. Nuestra vida personal, eclesial y social puede orientarse hacia Jesucristo. El mensaje de la Cuaresma es altamente liberador. La ceniza de este miércoles se convertirá en un caudal de agua pura en la noche santa de la Vigilia Pascual.

El miércoles de ceniza nos recuerda tres aspectos esenciales de la vida: **Ayuno, oración y limosna**. Son signos de una vida que va más allá de las apariencias y se orienta hacia Dios. Una existencia que huye de lo superfluo, que crece en interioridad y que acoge al prójimo. Una vida auténtica, sin dobles fondos.

CONSUMIR O AYUNAR.

El consumo se ha convertido en cultura. Un consumo compulsivo, irreflexivo y desenfadado. Estamos inmersos en la cultura del “usar y tirar”, de los “productos de temporada” y del “estar a la moda”. Es la compra de soluciones, de sentimientos o de relaciones. El consumo se presenta como una pócima de felicidad en un mundo complejo.

Sin embargo, la apuesta del Evangelio es otra: **ayuno**; un “consumo responsable”, un “comercio justo”, una “austeridad de vida”... son algunos conceptos que podemos cultivar nosotros, especialmente, en este tiempo de Cuaresma.

SUPERFICIALIDAD U ORACIÓN.

La superficialidad es una manera “suave” de vivir sin entrar en aspectos profundos ni grandes planteamientos. Discurrir la vida con la satisfacción de los pequeños logros personales o familiares. Atrás queda el compromiso o la solidaridad, por no hablar de la implicación en las grandes causas de la humanidad. Es como si esas cuestiones quedaran en el mundo de los sueños y que nada se puede hacer.

La **oración** es el pilar de una vida en profundidad. Quien apoya su vida en la oración la apoya en Dios mismo. Oración es sinónimo de interioridad, de una vida íntima que trata de contemplar la vida reconociendo el paso de Dios en las personas y los acontecimientos. Es una vida en sintonía con Dios y con su proyecto para las personas y para la creación.

INDIVIDUALISMO O LIMOSNA.

El individualismo se ha arraigado en muchos corazones. Las personas no miran al prójimo, no conocen la compasión, no tienden la mano al necesitado, no establece redes de comunión y relación.

La **limosna** es el componente básico de la relación. Mucho más allá que dar unas monedillas, la limosna es “compartir” algo propio, “salir” de mi seguridad, “sentir” compasión (de la buena, no lástima), “saber que,” puedo hacer algo por cambiar la realidad. La limosna puede vivirse compartiendo los bienes, pero también compartiendo el tiempo, las preocupaciones y la vida. Limosna, en definitiva, es salir de uno mismo y hacer posible el encuentro, construir relación, generar comunidad.

Comenzamos la Cuaresma. Tiempo de penitencia y conversión, tiempo para cambiar lo viejo por lo nuevo, lo enfermo por lo sano, lo malo por lo bueno. Tiempo de renacer... hasta de las propias cenizas.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2,7-9; 3,1-7): *El Señor plantó un jardín y colocó allí al hombre.*

Salmo 50 (3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (Romanos 5,12-19): *Por un solo hombre entró el pecado en el mundo.*

Evangelio (Mateo 4,1-11): *Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu.*

Cuando Dios ha querido comunicar algo importante, ha llevado a sus mensajeros al desierto. Las grandes empresas a favor de la humanidad, las grandes iluminaciones y novedades han salido desde ahí. Dios quiere un pueblo y un ser humano totalmente libre, y el desierto es camino necesario de libertad y hacia la libertad. Pero el camino de la libertad no es nada fácil, es duro y está lleno de dificultades y tentaciones.

El desierto es un lugar y un símbolo. Símbolo de la situación del pueblo, que se encuentra subyugado por los ídolos de nuestro mundo, que son el poder, el ansia de tener y el deseo de aparentar. Si observamos nuestra vida, constataremos cómo los ídolos que nos separan de Dios y de los hombres entre sí, no están hechos de madera, sino de dinero, orgullo y falsedad.

El desierto es árido, seco, nada agradable; por eso lo queremos eliminar, olvidar, esconder, pero no podemos eliminarlo totalmente; siempre va con nosotros; y para olvidarlo y tenerlo oculto, el mundo ofrece rodearnos de cosas gratas, distracciones, diversiones, etc.

Cuando nos metemos en el desierto, nos encontramos con nosotros mismos, con la humanidad, con la Iglesia, tal como es en realidad: una realidad nada atractiva, fea, pero ahí nos encontramos con el rostro verdadero de Dios. En el desierto se nos quitan las caretas, los engaños, las mentiras, y nos aceptamos, y Dios nos acoge como pecadores.

Por eso, ir al desierto significa entrar en la vida real, concreta, con sus fallos, frustraciones, neurosis. Toda esa vida, cuyo símbolo es la aridez del desierto, donde nadie quiere vivir, solo los animales y las serpientes, ha de entrar en la oración.

El desierto es “*tierra santa*”, como dijo Dios a Moisés desde la zarza: *«quítate las sandalias, porque estás pisando lugar sagrado»*. Toda la vida ha de estar presente, ser contemplada desde Jesús de Nazaret, que vino a salvar a los enfermos y pecadores; de este modo, toda la vida está iluminada por la luz de Dios y transformada profundamente por su amor, que me quiere tal como soy.

El desierto significa también ruptura con la injusticia, la opresión, la mentira, y con todos los falsos valores que nuestra sociedad propone e inspira; en definitiva, significa luchar contra los ídolos del tener, del éxito y del poder.

El relato de las tentaciones es un “*relato ejemplar*” para quienes tratamos de seguir los pasos de Jesús de Nazaret. La narración reúne los obstáculos más importantes que todos aquellos que no van a aceptar el modo de ser y actuar de Jesús van a ponerle en el desarrollo de su misión, y la correspondiente reacción de Jesús.

Las tentaciones, presentes a lo largo de toda actividad pública de Jesús, son todos los intentos de desviarle del camino indicado por el Padre: realizar su Proyecto basado sobre la columna del amor, es decir, vivir como hijo y como hermano universal y solidario, de modo especial con los pecadores y con los pobres. Las tentaciones son las “*resistencias*” que encuentra el mensaje de Jesús: las que se le opusieron cuando lo proclamó por primera vez y las que encuentra cada vez que alguien se plantea la posibilidad de vivirlo y anunciarlo.

La tentación no está en satisfacer la necesidad del hambre. De hecho, Jesús multiplicó, milagrosamente, en dos ocasiones los panes, y una de las peticiones del Padrenuestro es pedir el pan de cada día. La tentación está en considerar la satisfacción de las necesidades materiales como el objetivo último y definitivo.

Pensar que la felicidad última del hombre se encuentra en la posesión y disfrute de los bienes materiales, y para ello debe servirse de todos los medios incluso de las personas, pero en provecho propio (utilitarismo individualista). La satisfacción de las necesidades materiales, con ser muy importantes y necesarias, y que no deberían faltar a ninguna persona en justicia, no es suficiente.

Según Jesús, para tener vida plena se precisa escuchar la palabra de Dios, que es una invitación a vivir como hijo de Dios, como hermano universal, que lleva a compartir y no a acaparar solo para sí. La auténtica satisfacción de las necesidades humanas no será efecto de la ambición egoísta, ni del utilitarismo; se obtendrá abundantemente, compartiendo la generosidad de Dios.

La tentación es invitar a Jesús a forzar a Dios a que intervenga, haciendo un signo prodigioso para acreditar ante el pueblo que Dios estaba con Él; en utilizar o manipular a Dios en orden a conseguir fama y prestigio. La respuesta de Jesús es clara: *«No tentarás al Señor, tu Dios»*. El camino para liberar y transformar el mundo no será el camino del éxito y de la fama vanidosa, sino el basado en el amor, la entrega y la cruz.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12,1-4a): *Sal de tu tierra y de la casa de tu padre.*

Salmo 32 (4-5.18-19.20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1,8b-10): *Según las fuerzas que Dios te dé.*

Evangelio (Mateo 17,1-9): *Si quieres, haré tres chozas.*

La vida, solemos repetir, “*es un camino*”. Pero lo importante de un camino es su principio, “*de dónde viene*”, y su término, “*adónde conduce*”. Y esas son también las cuestiones fundamentales de nuestra vida: “*de dónde venimos*” (¿es suficiente con decir que venimos del mono?) y “*adónde vamos*” (¿nos resignamos a repetir que todo acaba con la muerte?). Sin embargo, con demasiada frecuencia, dejamos de lado lo fundamental “*adónde conduce el camino*” y nos preocupamos solo por lo accesorio, “*el pavimento*”.

Nos interesa más construir autopistas que faciliten la marcha, si puede ser en confortable y lujoso coche mejor que a pie. Pero prescindimos de su destino. No nos interesa tanto saber de antemano adónde va. En cualquier caso, nos vamos acostumbrando a que otros decidan por nosotros. Nos dejamos llevar de las indicaciones, de las señales de tráfico, de las vallas de la propaganda, de los reclamos publicitarios, de las modas, de lo que se lleva, de lo que todo el mundo hace.

Nos resistimos a encararnos con la realidad de nuestro destino humano, de lo que de verdad queremos, de lo que nos conviene a todos, de nuestros compromisos sociales. Y así, con relativa frecuencia, olvidamos lo importante, los valores, la solidaridad, la fraternidad, la justicia. No nos interesa la calidad de vida, sino la cantidad de cosas que necesitamos y apetecemos para consumir.

Lo normal es elegir el camino de rosas, sin pensar que así, tal vez, sembramos de espinas el camino de otros muchos. Preferimos seguir nuestra marcha, sin mirar al lado, sin pensar en los demás, sin reparar en los que van quedando en la cuneta, marginados, excluidos, abandonados, acaso pisoteados.

Por eso la vida resulta muchas veces tan difícil, “*cuesta arriba*”. Nos empeñamos en caminar solos, y así, no podemos con todo. Queremos ir a nuestro aire, al abrigo de nuestros intereses, y tropezamos con los intereses de los demás. Recelamos de los que caminan a nuestro lado, los juzgamos competidores, los prejugamos rivales, los esquivamos como enemigos y así nos privamos del apoyo del otro.

No caemos en la cuenta de que, solos, no podemos dar un paso. Necesitamos del otro, de todos los otros. Todos somos necesarios, todos nos necesitamos. Solo en familia –**toda la familia humana**- podemos afrontar la cuesta arriba de la vida.

El camino de Abrahán, que es la vocación del pueblo de Israel y, en definitiva la de todos los pueblos, subraya sobre todo el principio, el punto de partida. Dios es el que llama, el que toma la iniciativa. Y ordena ponerse en marcha, salir de la tierra de cada uno, dejarlo todo, fiarse de la promesa de Dios que nos reserva la meta, la tierra que mana leche y miel.

Es el camino de la fe y de la responsabilidad. Se tiene que confiar en Dios, pero se tiene que ser responsable y emprender el camino. El camino no está trazado, hay que hacerlo día a día, andando con esfuerzo, sin desesperar. La vida del creyente es un acto de fe, de confianza.

El camino de Jesús también tiene su origen en Dios, sale de Dios y se hace hombre, para volver a Dios, después de cumplir su voluntad de salvar a los hombres. Subraya, sobre todo, el término de subida: subimos a Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas, es la ciudad del Calvario, donde Jesús morirá en cruz por nosotros y por nuestra salvación.

Por eso sube con decisión, con resolución, para cumplir la voluntad del Padre, para consumir su amor a los hombres, porque el mayor amor es dar la vida, y a eso va. Pero el que da la vida, la gana. Por eso la meta no es la muerte, sino la vida, no es la cruz, sino la luz.

La transfiguración ilumina y da sentido al camino cristiano. Los que hemos decidido seguir a Jesús, como Él mismo nos advirtió, debemos cargar con la cruz y seguirle, pero no podemos olvidar que Él va delante y nos marca el camino hasta el final, hasta dar la vida por los hermanos. Y para recobrarla con el ciento por uno en la casa del Padre. Es el camino de hacer el bien, de contar con los otros, de superar individualismos y egoísmos, de desvivirnos por los hermanos, como Jesús.

El Tabor es la cumbre de la experiencia religiosa; por eso es también un punto de partida, no un lugar para quedarse: «*¡qué bien se está aquí!*». La diferencia consiste en que después de la experiencia de la transfiguración, el camino se hace más fácil, cuesta abajo. Nuestra vida de fe necesita de la experiencia de Dios, de la experiencia religiosa, para eliminar temores, para cobrar ánimo y fuerzas para seguir adelante. Aunque nos sintamos solos a veces, Jesús va con nosotros, dándonos ánimo. La comunidad es nuestra mejor garantía, nuestra seguridad y apoyo.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17,3-7): *¿Qué puedo hacer con este pueblo?*

Salmo 94 (1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 5,1-2.5-8): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 4,5-42): *Él te dará agua viva.*

Estos últimos domingos de Cuaresma recogen en sus textos evangélicos los signos fundamentales del bautismo cristiano: el agua, la luz y la vida, a través de los encuentros de Jesús con la samaritana, con el ciego de nacimiento, y con su amigo Lázaro. El agua es la principal protagonista de este domingo de Cuaresma.

Para los cristianos, el agua es el signo más popular del bautismo, por el que somos incorporados a la comunidad de aquellos que llamamos a Dios «Padre», «Padre nuestro». El baño en el agua y en el Espíritu nos incorpora a Cristo sepultado y resucitado, nos configura con Él. Es la gran consagración cristiana, y mayor que aquella no hay otra. Ella iguala en dignidad a todos los bautizados. Pero el agua, más allá del rito sagrado, es «bendita» en sí misma: es un signo de la vida.

Es un signo eficaz de vida para el niño o la madre de familia que han de ir a buscarla a varios kilómetros de la choza en que viven. Es el agua viva que ha brotado de la tierra en un pozo artesano construido gracias a un proyecto de Manos Unidas, o por otras manos solidarias. Es el agua transportada en cántaros a las casas labriegas desde la fuente del pueblo. Es la hermana agua, cantada por Francisco de Asís: *«preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde; por ella, ¡loado mi Señor!»*. O la fuente de nuestro místico Juan de la Cruz *«Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche, aquella eterna fonte está escondida, que bien sé yo do tiene su manida, aunque es de noche»*.

Demasiado hermosa para que multinacionales necias (todo necio confunde valor y precio) vengan a ponerle exclusividad y precio. En estos tiempos de crisis, casi nos hemos olvidado de la peor de todas: la crisis del agua. Sin ella, todo ser muere. Es bueno que escuchemos a tiempo las voces de quienes nos recuerdan que el agua es un bien escaso, un bien de todos y para todos.

Es bueno que sepamos que hay grandes poderes, organismos financieros y quienes los manejan, que están envenenando la convivencia humana, «mecanismos perversos», en frase de Juan Pablo II. El “Fondo Monetario Internacional”, el “Banco Mundial” y todos esos poderes que llamamos “Mercado”, pretenden hacer del agua una mercancía, un negocio sucio con la criatura más limpia y necesaria. Son mecanismos perversos que conceden préstamos a países humildes o pobres a condición de privatizar su agua potable, como antes lo hicieron con sus tierras y sus recursos naturales.

Mientras tanto, a principios de este siglo XXI, 900 millones de personas no tienen acceso a agua potable, 2.600 millones no gozan aún de saneamientos y 2 millones de personas siguen muriendo cada año por el consumo de agua no depurada, siendo la mayoría niños menores de 5 años. En julio de 2010, las Naciones Unidas reconocieron que el acceso al agua potable y al saneamiento era un derecho humano fundamental. Creyentes y no creyentes debemos estar comprometidos en defender el agua como algo sagrado, que da vida, y empeñar en ello nuestros esfuerzos, nuestras voces, nuestro sentido humano solidario. “Agua, buena agua pura para todos”.

Jesús es el agua viva, el manantial que brota hasta la vida eterna. El signo es evocado por el encuentro de Jesús con una mujer samaritana junto al pozo de Jacob. De él han bebido agua Jacob, sus hijos y sus ganados. Era ya un sacramento de la vida de un pueblo. Jesús se presentará como el sacramento que da vida eterna. **¿Doy gracias a Dios por la fuente de agua viva en la que fui bautizado?** En el capítulo 7, Juan pondrá en boca de Jesús estas palabras: *«El que tenga sed, que venga a mí; el que crea en mí que beba. De sus entrañas manarán torrentes de agua viva»*.

Jesús está cansado del camino. Es el camino del anuncio del Reino del Padre, que le conducirá a Jerusalén y a la Pascua. Lo central de la escena evangélica es el encuentro de Jesús con una mujer de Samaria que llega a por agua, (los judíos y los samaritanos ni se hablan). Jesús le dice *«dame de beber»*, y la mujer pone en evidencia la audacia de Jesús: ella es “mujer” y además es “samaritana”. *«¿Cómo me pides de beber?»*. Pero Jesús rompe las fronteras; mejor aún, se sitúa en esa frontera que separa a estos dos seres humanos.

Hoy la iglesia debe situarse en la frontera, allí donde las naciones y las personas se separan por mil razones diferentes, allí donde el egoísmo personal y los mecanismos de pecado rompen la unidad y la dignidad queridas por Dios. Fronteras que están muy cerca de nosotros, en nuestra vida familiar y en la vida de la Iglesia, Es la frontera entre el hambre y la sobreabundancia, es la frontera de los muros físicos signos de la opresión y el aislamiento sin entrañas, es la frontera entre unos mares y unas pateras. Fronteras en las que, pese a todo, nace la vida.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1º Samuel 16,1b.6-7.10-13a.): *No mires su apariencia.*

Salmo 22 (1-3a.3b-4.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 5,8-14): *ahora sois luz en el Señor.*

Evangelio (Juan 9,1-41): *Ve a lavarte a la piscina de Siloé.*

Al estar inmersos en el mundo de la imagen, en el que no cuenta quien no está presente en los medios de comunicación, quién no sale en la foto, con pose y modos según los esquemas de moda que se lleven en cada momento, estamos muy cerca de no entender a un Dios que no participa de nuestros esquemas.

Samuel, cuyo nombre es “su nombre es Dios”, de profesión “vidente” y cuya función fue escudriñar en el fondo de las personas y los acontecimientos para nombrar a quien la comunidad necesitara en algún servicio, nos da la clave con que Dios decide la elección: Sentirse incompetente e inútil. Así sabrán todos quién lleva las riendas de la historia, quién traza el proyecto, quién decide en las encrucijadas, quién es el Señor.

En un mundo donde todos los dioses erigen sus imágenes de grandeza, poder y esplendor para deslumbrar y avasallar por los ojos, Yahvé solo busca personas y comunidades que asuman convertirse en su imagen. Él no ve como nosotros. Frente a los ídolos de madera, barro o metal, inertes, ridículos y muertos, Yahvé prefiere imágenes vivas, sensibles y animadas por la sencillez y la proximidad a los vivos.

Busca voluntarios que se decidan a tan descabellada idea y lo hagan con toda sencillez, de lo contrario el peligro de ridículo es grande e inminente. No quiere estatuas de materia dura, comidas por la humedad o la erosión y tapadas por la hierba de los jardines, ni pantomimas que parecen estatuas y adornan las calles peatonales de nuestras ciudades. Tampoco quiere trepas de oropel y corte que adoran rodearse de aduladores simulando más una corte terrenal que la celestial, a la que se remiten como justificación de sus propias egolatrías.

Samuel, familiarizándose con las costumbres divinas, designa a un inexperto David, cuyos defectos fueron bien conocidos y cuya ambición fue descomunal, el más astuto pero el más pequeño entre los hermanos, para que quede bien clara la acción de Dios.

Porque Dios actúa de un modo callado y discreto, sin ruido ni estridencias, sin trompetas ni tambores, sin apariencias ni poderes. Necesita imágenes de sí mismo con las que hacerse presente. Obras de arte que reflejen, simbólica y plásticamente, pero de un modo vivo e individual, sus características personales y relacionales. Para ello pide colaboración, hace llamadas, ruega a todo el que se encuentra y le anima a realizar la vida sintiendo la vocación de ser, no estatua, sí imagen de un Dios “inimaginable”, fotografía de un Dios huidizo a las cámaras y a los retratos pero contento de que alguien muestre a los demás con su actitud, cómo se comporta Él con nosotros.

De Jesús, algunos de sus paisanos pensaron que era un “provocador”. Se le ocurre curar a un ciego en un día de sábado y lo pone como ejemplo de persona, que siendo ciego ve, y a los que ven los tacha de ciegos. Dice que es de día porque está Él, que es la luz, luego será la noche porque, en su ausencia, todo se volverá oscuridad. Quiere aclarar lo que es pecado a quienes se han pasado la vida enseñando lo que es pecado. Y les invita a ver a Dios en el Hombre, cuando a ellos les enseñaron siempre a verlo en el vacío del templo, allí donde el ser humano siente la distancia abismal con el misterio y se siente aturrido ante la inmensidad divina junto a su pequeñez.

Pero, además, quiere sustituir el Hombre por la Ley, cuando el comportamiento tiene que estar bien marcado, orientado y dirigido para que todo esté perfectamente ordenado, controlado y asegurado. Así les enseñaron en la escuela de la sinagoga los responsables de la educación del pueblo. Quien así actúa, habla, enseña y transmite, tiene que ser un pecador, pues “pecador” es, según las enseñanzas tradicionales, quien actúa contra la Ley poniendo en riesgo al pueblo por la transgresión que comete y por indisponer a Dios contra el colectivo que acepta entre sus miembros a culpables de infracciones legales y religiosas.

Ahora, viene este “nuevo profeta” y quiere ver el pecado como la condición de necesidad, dependencia e impotencia que el ser humano siente y ante la que se subleva por añorar una condición más grande y plena. En la actitud de quien mira al otro buscando en él sus faltas y defectos en lugar de sus necesidades y problemas para ayudarlo. Según este nuevo y pretendido mesías, Dios no mira a los humanos como pecadores sino como necesitados e hijos de Dios. Mientras que están instalados en el pecado quienes se empeñan en vigilar a los demás y señalar su pecado.

Jesús qué, se presenta como enviado por Dios, considera así al joven ciego y, por eso, tras curarlo, le invita a pasarse por Siloé, la piscina donde va a recibir una nueva vida y una nueva personalidad, una nueva condición y una nueva forma de sentirse libre y mayor de edad ante quienes se resisten a aceptar que piense y decida por su cuenta. Esa es también la invitación que nos hace a todos nosotros, que acudamos a lavarnos en la fuente de su Palabra, para sentir y alcanzar la nueva vida que nos haga descubrir a Dios por las sendas de la fraternidad.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37,12-14.): *Yo mismo abriré vuestros sepulcros.*

Salmo 129 (1-2.3-4ab.4c-6.7-8): *«Del Señor viene la misericordia»*

2ª lectura (Romanos 8,8-11): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Juan 11,1-45): *Quitad la losa.*

Cuando me acerco al puerto, lo que más llama mi atención, aparte de la inmensidad del mar. Es el atracar y desatracar de los barcos, sobre todo el de los grandes petroleros o trasatlánticos; la habilidad de prácticos y amarradores del puerto que realizan esas maniobras y las fuertes estachas y grandes maromas con que sujetan y aseguran la permanencia de la nave en el lugar designado, protegido de vientos y mareas.

Los buques en algunas etapas de su travesía, permanecen firmemente amarrados, para más tarde soltar amarras y lanzarse a mar abierto, superando riesgos y tormentas hasta alcanzar el final del trayecto que se habían propuesto. Así me imagino a las personas cuando buscamos espacios seguros donde aparcour nuestra vida y tomar fuerzas para seguir avanzando hacia las metas o sueños que en algún momento nos planteamos.

Todas las personas hemos sido soltadas del puerto cálido y entrañable que es el seno materno; alguien cortó el cordón umbilical, y empezamos a respirar por nuestra cuenta. Continuamos enganchados a ella, sobre todo a la hora de comer, aunque ya íbamos adquiriendo cierta autonomía y reconociendo a otras personas de nuestro entorno.

Serán señaladas y significativas las primeras salidas de casa en solitario sin la compañía de los padres o los hermanos mayores y las primeras llegadas a casa a horas altas de la noche después de haber estado con los amigos y amigas. Ambas indican cambios de etapa y aproximación hacia la autonomía personal que todos anhelamos.

Otras rupturas, no exentas de dolor y de cierto riesgo por lo que abandonas, son las que suponen una opción suficientemente meditada y para larga duración. Así son las salidas de la casa paterna-materna; por un nuevo trabajo que conlleva el cambio de residencia; la salida de un grupo, con el que has convivido una etapa de tu vida, porque has encontrado otro que te aporta más; el cambiar de pareja,...

El ejercicio de la libertad personal es lo que hace posible la toma de estas decisiones que llevan consigo el abandono de las seguridades que aportan las situaciones conocidas y el asumir ciertos riesgos que van incluidos en los mundos en que te introduces cuando te decides a dar esos pasos hacia delante.

Llegamos ya a la última etapa del proceso cuaresmal que toda la Iglesia hemos ido recorriendo en las celebraciones litúrgicas de cada domingo de Cuaresma que iniciábamos el miércoles de ceniza; seguramente lo hemos alimentado también con otros elementos tales como el ayuno de comestibles o de televisión basura, de limosnas o de una vida de mayor austeridad y ausencia de caprichos y de oración más intensa, personal y comunitariamente.

En los últimos domingos el evangelio de Juan nos ha ido mostrando las Catequesis prebautismales que la primera comunidad cristiana vivía con los que serían bautizados en la Vigilia Pascual: Jesús es el “*agua*” que calma todo tipo de sed humana; Él es también la “*luz*” que ayuda a ver el sentido de la vida. Hoy nos muestra al Señor como la “*vida nueva*” que surge después de haber puesto la nuestra en sus manos.

El profeta Ezequiel vivió el destierro desde su doble condición de sacerdote y de profeta: sin templo en el que ofrecer sacrificios al Dios verdadero y sintiendo cómo sus compatriotas mueren a la fe verdadera ofreciendo sacrificios a los ídolos falsos. Por eso es necesario que el Dios de Israel infunda su espíritu para que el pueblo alcance la verdadera vida que le lleve a sentirse en su propia tierra y así sepa que el Señor hace lo que dice.

Lázaro saldrá vivo del sepulcro, pero permanece atado a las antiguas tradiciones de su pueblo de las que no puede desprenderse él solo; necesita la ayuda de otros miembros de la comunidad para que lo desaten y así pueda andar por su propio camino y llegar a su destino.

Lo mismo sucede en el proceso de conversión, al que somos invitados cada uno de nosotros en este tiempo de Cuaresma. **¿Sentimos la necesidad de la comunidad cristiana a la hora de hacernos conscientes de las ataduras (pecados) que nos impiden andar en el camino de la plenitud que Jesús ha alcanzado para todos nosotros?**

Todo proceso educativo, de cualquier persona y de cualquier tipo, debe estar apoyado en la comunidad. Y esto no solo porque la mayoría de los catecúmenos en nuestras comunidades sean niños, sino porque estamos viviendo una situación bastante atípica en que son la madre y el padre los que parecen estar “*atados*” a los niños y son ellos los que deciden en todo proceso catequético. Los niños deben estar acompañados por papá y mamá en todas las decisiones importantes de su vida y todo proceso que concluye con la confesión de la fe lo es.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21,1-11): *¡Viva el Hijo de David!*

1ª lectura (Isaías 50,4-7.): *Mi Señor me ayudaba.*

Salmo 21 (8-9,17-18a,19-20,23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *pasando por uno de tantos.*

Pasión (Mateo 26,14-27,66): *Padre mío, si es posible, pase de mí ese cáliz.*

La vuelta al mundo ya no es cuestión de ochenta días, sino de unas pocas horas. Los actuales medios de transporte hacen posible recorrer grandes distancias en poco tiempo. Pero la rapidez para llegar a la meta nos ha hecho olvidar el necesario camino que se requiere para alcanzar algunos destinos.

Un europeo puede viajar atravesando en pocas horas el continente africano. Durante ese viaje habrá sobrevolado: parte de Somalia, Kenia y Etiopía, donde más de 13 millones de personas están al borde de la inanición y con la tasa de desarrollo más baja; o Sudan del Sur, donde los enfrentamientos, desde su reciente independencia, ha dejado ya 3'7 millones de seres humanos sufriendo hambruna y más de 860.000 desplazados a los países limítrofes, de los que la mitad son niños. Los doce mil metros de altura y las comodidades del avión impedirán descubrir el sufrimiento que se esconde en esos lugares.

Podríamos, así mismo, sobrevolar un suburbio de Norteamérica, una favela de Brasil, un arrozal de Asia o un campo de batalla en cualquier parte del mundo. Nos habría pasado lo mismo: imposible descubrir el sufrimiento de la humanidad. Son muchas, quizás demasiadas, las realidades que claman justicia, esperan una mirada o piden alguien que camine con ellos.

Hoy la mayor parte de la humanidad no viaja en avión sino que recorre, día a día, un peligroso y arriesgado camino. SU VIDA. Son los nuevos "endemoniados", pobres y marginados... vidas que no cuentan: Inmigrantes que en una patera sueñan con un futuro digno; niños que trabajan en condiciones de esclavitud; ancianos olvidados de la sociedad y de sus familias; familias que tienen a la violencia como un miembro más; personas que han olvidado el sentido de vivir...

Jesús abrió los ojos a esa realidad, tocó enfermos, perdonó pecadores y devolvió la dignidad a muchas personas. No podía quedarse ahí. El descubrimiento del sufrimiento va a llevarle más lejos; a Jerusalén, a la cruz. El precio de su osadía fue grande. Su manera de vivir y hacer es recibida con vítores, pero sus opciones y el sentido de su acción no se van a entender. Aplauso y rechazo se funden en el comienzo de estos días.

«Bendito el que viene en el nombre del Señor». Así clamaban a Jesús quienes le acompañan en la entrada a Jerusalén. Su fama le precedía: gestos liberadores y palabras proféticas que anunciaban el Reino de Dios, "la esperanza de Israel". Es admirado y vitoreado. Todos ven en Jesús a un líder que dará la salvación.

Hoy también vitoreamos a nuevos líderes. Parece que son demasiado frecuentes y fáciles los aplausos como para darles un excesivo valor. Unos minutos después de los aplausos sólo queda el silencio y la soledad. Han quedado atrás aplausos y vítores. Es el momento de la crisis y la dificultad. La "roca firme" de Pedro queda reducida a arena: **«No conozco a ese hombre».** El Evangelio no es un objeto de museo ni una reliquia del pasado; no se trata de unas prácticas religiosas ni se queda en un conjunto de dogmas. El Evangelio es **JESUCRISTO.**

El seguidor de Jesús se forma en la escuela de la vida. Es allí donde hay dificultades y nos entra miedo. Miedo de confesar la fe, de "vender nuestros tesoros" o de seguirle "sin mirar atrás"; miedo por vivir radicalmente los valores que el Evangelio ensalza. Como Pedro, hoy podemos repetir: "no le conozco". Ojalá seamos conscientes de nuestras negociaciones.

«Realmente éste era Hijo de Dios». Un centurión asustado va a confesar que Jesús es el Hijo de Dios. Dios colgado del madero, como un maldito. La vida aplaudida de Jesús se torna muerte y rechazo. El Amor es crucificado. Una vez más Dios toca tierra y vuelve a "manchase las manos" con las pobreza de la humanidad.

La cruz nos va a mostrar a Jesús, Hijo de Dios, entregado hasta el extremo. **«Éste es el Hijo de Dios»** que da su propia vida por amor al Padre y a la humanidad. El mensaje y vida de Jesús son ratificados hasta las últimas consecuencias: **«Que se haga tu voluntad, Padre».** La entrega es absoluta, apasionada.

«PASIÓN». Es la palabra de la Semana Santa. Pasión que aplaude o niega. Pasión que sufre la muerte y celebra la vida. Pasión de Dios por su Hijo y de éste por su Padre. Pasión de Amor y pasión de Vida. Es el momento de vivir la vida con pasión, como Jesús. Él nos devuelve la esperanza.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14.): *Decretaréis que sea fiesta para siempre.*

Salmo 115 (12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13,1-15): *Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.*

Uno de los signos más importantes de nuestro tiempo es el “*individualismo narcisista*”; social, política, espiritual y ecológicamente destructivo. Es un estado de experiencia en el que sólo se considera real e importante lo personal; hace referencia al “*yo egocéntrico*”, el cual se imagina que es el centro del mundo, juzgándolo en función de cómo me afecta a “*mí y sólo a mí*”, el resto del mundo está desprovisto de valor, a no ser que redunde en interés personal.

Este “*yo*” es posesivo. A menudo se manifiesta en un deseo insaciable de dinero; de ahí la obsesión por la riqueza. Toda nuestra economía tiene su base en esta fuerza poderosa del propio interés. El “*yo narcisista*” quiere también controlar su mundo: persona y naturaleza; de ahí la obsesión por el poder y la autoridad. El narcisista siempre se sentirá amenazado por todo lo diferente.

Además del narcisismo personal, existe el del grupo regional, nacional y también eclesial. Una de las características de este tipo de narcisismo es el fanatismo fundamentalista. El narcisismo grupal considera como extraño a quien no es miembro del grupo; aunque racionalmente se le considere como persona, afectivamente se le tiene como extraño, por lo que se le aísla. Otra característica es que puede adoptar la forma de dominación. Este deseo de poder puede manifestarse en el intento de controlar a los demás y al mundo, si es necesario, a punta de pistola.

Una sociedad que se enriquece a costa de los que no tienen que comer es diabólica. El abuso económico, social, cultural, político e incluso religioso del Primer Mundo sobre el Tercero, visto desde el mundo enriquecido, se aplaude, pero desde el empobrecido, puede llegar a producir náuseas. Por encima de los derechos básicos, nuestra ansia de poder material contribuye a este desequilibrio que mata, y esto sí que es un arma de destrucción masiva.

Solo hay una cosa por la que vale la pena vivir: **el amor**; el amor al cónyuge y a los hijos, a los amigos, a la familia, a tu trabajo, a... Jesús va más allá: **«amad a los enemigos»**, lo lleva a plenitud, hasta la “*entrega total de su vida*”; mostrándonos un estilo de vida y un mensaje que rompe todo lo previsible. Ha compartido vida y mesa con los más pobres y marginados de su tiempo, dejándonos una señal del banquete que Dios tiene preparado para sus hijos, y al que nos invita.

Al terminar la cena, **«Jesús se levanta, se quita el manto y tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies»**. En la situación hay emoción intensa, porque los discípulos captan que aquello suena a un “*adiós*”. Las palabras de Jesús adquieren tono y valor de testamento. Son palabras y gestos de amor y de servicio.

Jesús sabe quién es: **«Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros»**. Todos debíamos aprender este gesto de Jesús, debíamos saber que la identificación con el Maestro y el Señor está en el servicio al prójimo pobre y necesitado: **«Y dichosos vosotros si lo ponéis en práctica»**.

Son muchas las voces que en el mundo nos alertan sobre las situaciones de injusticia que los pobres están sufriendo a causa de un mundo rico que “*pasamos de ellos*”. Son muchas las voces que nos advierten de los males que tal estado de cosas nos pueden acarrear. Son muchas las voces que nos hablan de una civilización del amor, de que otro mundo es posible y que hoy podemos acabar con el hambre en el mundo si queremos.

Otras claman con indignación e impotencia ante la falta de voluntad para que las cosas cambien, mientras muchos inocentes mueren en sus brazos. Entre estas voces hay hombres y mujeres de la gestión pública, dirigentes de todas las religiones y ateos que apuestan por el hombre, generosos colaboradores y voluntarios de muchas instituciones, religiosas y misioneros abnegados, personas que empeñan sus vidas a favor de sus semejantes.

Algunas de estas voces siguen apostando por la esperanza. **¿Estamos nosotros entre ellas?**

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): *Mirad, mi siervo tendrá éxito.*

Salmo 30 (2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16; 5,7-9): *Mantengamos firmes la fe que profesamos.*

Pasión (Juan 18,1-19,42): *¿No sabes que tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?*

La cruz ha cuajado en nuestro mundo y en nuestra cultura en un doble sentido, contradictorio, pero representativo. De una parte la cruz ha sido asumida, en un profundo sentido cristiano, como símbolo de honor y de gloria. Ahí está toda esa infinidad de cruces para premiar y honrar a destacadas personalidades de la guerra, del valor, del poder, de la inteligencia...

Pero de otra parte, y también con un profundo sentido religioso, pesa mucho el carácter cruento y duro de la cruz, con la que tienen que cargar los que sufren: los enfermos, los empobrecidos, los explotados, los despojados de su dignidad, los condenados al hambre, a la miseria, al olvido, al fracaso.

Desgraciadamente, los primeros, los encumbrados al honor de una cruz, son una minoría de privilegiados en las sociedades desarrolladas, en las que abundan muchísimo más los desposeídos de cualquier mérito y estigmatizados con la cruz de la pobreza. Pero, sobre todo, son millones de seres humanos los que en el tercer mundo, cargan con la cruz que les hemos cargado nosotros, los del mundo civilizado y cristiano.

Porque nosotros somos los que les hemos impuesto la cruz de un falso mercado libre, de una falsa autonomía política, de unos falsos modelos de desarrollo, de una viciada promesa de democracia. Y somos nosotros, los que, en vez de ayudarles como el cirineo a llevar la cruz, codiciamos el seguir manteniéndosela.

Seguimos empeñados, cada vez más, en hacerla insostenible, dificultando la libre circulación de personas, el acceso al trabajo, a la vivienda, a la educación, a la salud..., a todo eso que llamamos pomposamente “*derechos humanos*” y sólo son, en realidad y por ahora, privilegios de la mayoría de ciudadanos occidentales que vivimos en el hemisferio norte. Y no de todos, porque la pobreza y la cruz también pesan sobre muchos conciudadanos nuestros, aunque al hacer balance, los políticos miren para otro lado.

No hay un único modo de ser libre. Se puede serlo alegando un interés propio o uno ajeno; considerando que la libertad es una meta o un medio; apropiándose de ella o sabiendo que es dominio de todos y la propiedad exclusiva de nadie. Pero incluso los que no alegan, ni consideran ni se apropian de la libertad pueden ser libres.

Si bien la libertad es un principio que se ha de salvaguardar junto al de la igualdad. Cuando esta se niega, no desaparece aún un último modo de ser libre en la sociedad: la libertad residual, la de aquellos a los que el Evangelio denomina “*los últimos*”.

Sin embargo, los autores bíblicos no han hablado tanto de un residuo como de un resto: “*el resto de Israel*”. Es el resto que encarna la figura del «*Siervo de Yavhé*», del que habla el profeta Isaías. El residuo se convierte en resto cuando este reconoce que Dios está a su lado, es decir, cuando se valora a sí mismo, cuando es digno para Alguien –aunque no sea para nadie más– y así puede ser digno también para sí.

Esa libertad, no es otra que la que mostró Jesús de forma más intensa en el momento de su pasión. Aquella que supera los límites de la libertad misma, entendida como autonomía y autosuficiencia, y se da, y se entrega, en lugar de defenderse a sí misma. Es la libertad de Jesús, que no se deja detener, ni por el sufrimiento físico: de la flagelación, de las bofetadas, de la crucifixión; ni por el dolor moral: de la traición, del desprecio, de la incompreensión; sino que carga con la esclavitud de todos.

El pueblo, en efecto, liberó a Barrabás, el culpable, en lugar de liberar a Jesús, el inocente; pero el Cristo era ya libre, porque en el amor de su Padre había sido liberado y en el mismo amor ilimitado había reconocido su destino, su misión. Es la libertad de la pasión amorosa del Hijo de Dios.

SABADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

Durante los domingos de Cuaresma hemos tratado de atravesar la puerta de algunas de las situaciones vitales para la humanidad. Estas situaciones, en algún momento de nuestra vida, se convierten en experiencias fundamentales de crecimiento personal.

El encontrar un venero de agua que calme todas las ansias de alcanzar lo definitivo; aquello que nos evite tener que acudir, día tras día, a esas fuentes que no calman la sed. Incluso puede provocar una sed tan grande que nos produce el deseo de pozos de agua propios.

El salir de la oscuridad, motivados por todo aquello que nos ayuda a ver más allá de los propios planteamientos de la vida y de los propios criterios de actuación, para alcanzar una luz propia que nos permite ver el camino que conduce a la vida verdadera, aquella que nos es regalada para siempre.

El soltarnos de todo aquello que nos ata a una historia y a unas prácticas ya pasadas, que nos tienen enganchados a un presente de éxitos y de poder pero que no muestra salida a los que todavía viven en la esclavitud del hambre y de la explotación. Por eso, es necesario que nos liberemos de todas las ataduras y salgamos a construir una vida en libertad con todas las personas de nuestro mundo.

Ya que uno de los mayores logros de nuestra cultura globalizada es el mantenernos a la mayoría de los habitantes de este mundo en una situación de temor permanente. Las personas ya no somos dueñas de la orientación de nuestras vidas. Todo son miedos y búsqueda de falsas seguridades.

Al hacernos ver a los otros en una situación peor que la nuestra, nos lanzamos a la construcción de refugios, a la colocación de muros y fronteras que impidan el paso de su lugar al nuestro, de su mundo a nuestro mundo. El acercamiento a los que son diferentes resulta peligroso.

Por supuesto que nos pueden quitar lo que pensamos que es nuestro, pero también nos pueden aportar lo que es suyo y así construir, todos juntos, ese mundo posible con el que muchos de nosotros soñamos.

En este día de vela, ante el paso de un mundo viejo al nuevo, de la esclavitud a la libertad, de la desesperación a la esperanza y de la muerte a la vida. Cristo, el primogénito de todos los crucificados por la injusticia, vence a los poderes de la muerte.

Un éxito aplaudido ^(Ramos). *“Si es que lo quiere todo el mundo... los envidiosos no, claro”*. Ésta es una mirada desde fuera, de espectador, de quien está observando la vida de las personas sin implicarse en ella para nada.

Hoy, hay mucho de esto. Vemos pasar la vida de los otros delante de nuestras casas, seguras y calientes, sin que afecte para nada nuestro ritmo. Los acontecimientos, positivos y negativos, se suceden cada día ante nuestros ojos sin que esto suponga cambio en la manera de ajustar nuestro estilo de vida.

Un triunfo merecido ^(Jueves). *“Era tan bueno y tan sencillo”*. Los que esto dicen sí han tenido alguna relación con esa persona y han salido bien impresionados, pero nunca pensaron que ese estilo de vivir y de hacer las cosas iba con ellos.

Todos hemos tenido relación con alguna persona que ha causado una honda impresión en nosotros; da gusto escuchar las cosas que dice; es maravilloso verla actuar en situaciones difíciles; toda la gente está entusiasmada con él o con ella. Pero también es verdad que hay muy poca gente que se decida a ser como esa persona.

Una victoria trabajada ^(Viernes). *“Ya lo ha conseguido, es que se veía venir”*. Le habían avisado muchas veces, pero como no hace caso de nada ni de nadie; él a lo suyo: esto se puede cambiar; las oportunidades son para todo el mundo; los de arriba están muy lejos de la vida de la gente. Debemos unirnos más para que sea posible el camino de la liberación.

Con este discurso sobre la relación igualitaria de las personas y esta manera de mostrar su disconformidad con el trato que reciben los más débiles del entramado social, su puesto estaba asegurado: que lo vean todos sus seguidores y aprendan que es mejor estar callado que manifestar la verdad en la que crees.

Una vida regalada ^(Sábado). *“Dios lo ha resucitado”*. Es verdad: era bueno, era buena persona, daba gusto verle relacionado con los pobres, decirles la verdad a los poderosos de este mundo... pero no ha sido por eso. Él lo llevaba dentro: el objetivo de su vida no era alcanzar el primer puesto, ni obtener el reconocimiento de los dirigentes, ni siquiera aparecer como el mejor ante la gente del pueblo.

No. Él siempre dijo: la vida propia únicamente tiene sentido cuando se entrega hasta el final; las personas serán plenamente libres y felices cuando acepten y vivan el proyecto de Dios y lo reivindiquen para todas las personas del mundo.

DOMINGO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10,34a.37-43): *Dios lo resucitó al tercer día.*

Salmo 117 (1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor»*

2ª lectura (Colosenses 3,1-4): *Vuestra vida está con Cristo.*

Evangelio (Juan 20,1-9): *Vio la losa quitada del sepulcro.*

Suele ocurrirnos que realizamos una repetición de nuestras fiestas y lo hacemos con la fijación de un sentido central que tiene la fiesta, pero no siempre vemos la relación que pueda tener para nuestra vida.

Es bueno ver hoy, cómo Pedro, el que representa a la nueva comunidad de seguidores creyentes en Jesús, tras hacer una manifestación histórica de los hechos que están a la base de nuestra fe cristiana, saca unas conclusiones llenas de sentido profundo y de repercusión práctica inmediata en la vida cotidiana.

Cuando nosotros nos referimos a la Resurrección solemos insistir en la comunicación de vida más allá de la muerte. Y ciertamente este aspecto es el central. Pero Pedro les proclama a sus fieles de la primera comunidad, por lo tanto también a nosotros, que la Resurrección de Jesús es para nosotros una experiencia de perdón.

El Dios que ha resucitado a Jesús ha mostrado su poder, pero movido por el amor, no por el afán de restablecer la justicia. Por eso su consecuencia es que somos tenidos, también nosotros, como hijos, igual que Jesús. **¿No es lógico que nos sintamos como en casa y no vivamos ya desde el miedo a ser castigados sino desde la libertad de quien se siente querido, aceptado y perdonado?** Somos la comunidad de los que han sentido el perdón y, por eso, se sienten libres para dedicarse a trabajar por un mundo mejor en lugar de tener que expiar sus culpas y hacer méritos para conseguir el cielo.

La Resurrección es la explosión de Dios, el nuevo Big bang que pone en marcha una dinámica nueva de vida en donde no es la ley, ni el miedo, ni la desesperación lo que ondea sobre el mundo, sino la confianza, el perdón, la libertad y la esperanza. Porque Dios ha hecho grandes cosas, por amor.

VIDA ANTIGUA. La historia de la humanidad cada uno la mide desde perspectivas distintas: Para unos la unidad son los reinados, para otros el uso de los instrumentos de piedra o metal, para otros las manifestaciones artísticas. Para nosotros, cristianos, es Cristo. Con su antes y su después.

El tiempo anterior es todo él una semana. Es la vieja semana de los tiempos iniciales con sus tanteos, sus frustraciones, su deambular en la espera de una mañana mejor que se les había prometido, con el apoyo de unos guías que, a veces, les fallaban, con la voz insistente de profetas que un día podía ser de ánimo y otro de reprobación, con la experiencia de un sentir que la vida es una larga marcha y el cansancio, más existencial que físico, es grande. Y mucho cansancio, mucho.

Esa semana tiene un final dramático, porque la experiencia de la vida es que todo termina con la muerte. El sábado es el día de descanso, del dejar de hacer, del no poder ya ir más allá de los límites humanos, de la esperanza, de la libertad, de Yahvé.

De algún modo es lo que hemos estado celebrando estos días anteriores. Eso es lo que constituye la Semana Santa, una semana que simboliza la vida, la historia, las aspiraciones de amor, los sufrimientos que acarrea el esfuerzo de mejorar la realidad, la esperanza en que todo sea posible y, principalmente, que haya un mañana, que haya otra semana de tipo distinto, otra historia, otro mundo, otra vida.

VIDA NUEVA. Pero **¿hay algún día más allá de esa vieja semana? ¿Existe alguna prueba, alguna señal que indique que puede haber otra semana nueva después de la semana de la vida marcada por la duda y la impotencia?** Ése es el gran dilema que angustia a la humanidad y que se debate entre el querer que así sea y la resistencia a aceptar algo que algunos califican de sueño proyectado desde el deseo.

Como una mujer marginal de la antigüedad, como un discípulo anónimo pero querido, como un viejo cura renqueante pero tenaz, como todos los cristianos que han existido en la historia, también nosotros podemos asomarnos al tremendo vacío de la muerte. Allí no encontraremos a Cristo, ni en el sepulcro está nuestro futuro.

Tendremos que hacer la experiencia de encontrarnos con Jesús, resucitado, vivo, para entender que sí existe otra semana, otro día, otro mundo y otra historia.

Esa experiencia dará origen a un nuevo día, primero de esa nueva semana, en que el tiempo será otro y la realidad distinta, porque Dios lo ha hecho posible y nos ha dado la señal que la humanidad buscaba, la garantía de que es verdad todo lo que se había ido diciendo antes y de que es cierto todo lo que ocurrió en Jerusalén. Por eso será cierto también para nosotros algún día.

¿Quién mantendrá la esperanza del mundo si deja de haber testigos de la Resurrección de Jesús? ¿Cómo podremos vivir en una semana intermedia entre la vieja y la definitiva si nos sentimos atrapados en la rutina de un tiempo que pasa sin novedades? Estamos ya en la nueva semana, en la nueva etapa. Debemos vivir con la convicción de la Resurrección. Entonces la alegría, la esperanza y la libertad serán los rasgos de quien ha entrado en la comunidad de los que anuncian que el futuro es vida. No muerte.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,42-47): *lo tenían todo en común.*

Salmo 117 (2-4.13-15.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno y eterna su misericordia»*

2ª lectura (1ª Pedro 1,3-9): *No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *Dichosos los que crean sin haber visto.*

Ni los primeros cristianos eran tan buenos como nos narra el libro de los Hechos, ni Tomás era tan incrédulo como nos cuenta el evangelio de Juan. Debemos acostumbrarnos a leer la Biblia como es: una gran biblioteca literaria, en la que la humanidad se ha reconocido, en la que ha encontrado las bases para construir su convivencia, y ha descubierto unos valores y unos horizontes que despertaban las correspondientes actitudes para promover unas formas de vida que no se entregaban fácilmente al desánimo sino que volvían una y otra vez al esfuerzo, convencidos de que la vida es tarea, pero es, sobre todo, esperanza que nunca se hunde, incluso en las mayores dificultades.

Todo ello derivado de una convicción religiosa sin la que no es posible entender nada. Que Dios también está metido en la vida con nosotros y se arremanga los brazos sin miedo a perder su dignidad y esperando que nos demos cuenta de su interés por nosotros. Porque si creemos que Dios está con nosotros luchando por la vida, todo cambia, todo adquiere sentido y todo se alcanzará algún día.

Pero hace falta tener fe. Entonces aparecerán las actitudes nuevas que le dan a la vida el aire propio de quien se sabe acompañado y protegido, cosa que no siempre ocurre. Esa es la clave para saber si creemos o no.

Por eso el autor del libro de los Hechos nos cuenta cómo debían ser y debemos ser los cristianos de todos los tiempos. Y, para eso, no nos suelta un formulario de preceptos, sino que describe actitudes: Abrir bien los oídos para escuchar, a Dios y a los seres humanos. Tener una dimensión comunitaria y social de la fe; sin comunidad y sociedad solo hay ilusión religiosa. Cultivar la esperanza en la celebración comunitaria, donde se hace memoria de Jesús que eligió el símbolo de la vida como signo de su presencia segura y solidaria. Hacer oración, que es reflexionar sobre la vida con sus problemas a partir de lo que Dios nos dice en su Palabra.

Esas actitudes cambiaron a los primeros cristianos haciéndolos signos de alegría, confianza y esperanza para todos. Se les pedía que fueran y vivieran como hermanos entre sí y con los demás. De esa manera darían testimonio de Dios como Padre y no se enredarían en disputas morales que les apartarían del mundo. En ellos estamos descritos todos nosotros. Tampoco es nuestra moralidad, tan triste, la que nos va a distinguir de los demás. Es nuestra fraternidad y nuestra capacidad de mostrar el perdón de Dios.

Tomás es quien nos representa en nuestra incredulidad. En la duda tan razonable y obstinada de resistirse a aceptar lo que no es evidente. Por eso son tan importantes los signos, porque en las dudas que siempre acompañan al creyente y al incrédulo, los signos no son pruebas pero sí testimonios de la presencia misteriosa de Dios entre nosotros. Los signos confirman en la fe a quienes ya creen y despiertan la pregunta y la búsqueda de quien no cree.

Pero no para añadir creyentes a la lista de nuestras iglesias (proselitismo), sino para hacer posible una vida con esperanza y alegría en quien todo lo ve desde la oscuridad de la ausencia de Dios (apostolado). La humanidad no necesita héroes morales capaces de un control exhaustivo de sí mismos. Necesitamos hermanos que nos comprendan, acojan, acepten y nos den esperanza de que Dios también lo hará.

Hay momentos de la vida en que el más allá de nuestros sentidos se nos hace tan tenue que, prácticamente, desaparece del horizonte. Se apodera de nosotros una miope visión que recorta nuestra distancia visual y la reduce al ámbito de lo inmediato, dejando el panorama en una sensación borrosa, inapreciable y desorientada. Son situaciones angustiosas que provocan abatimiento y hacen que la tristeza y el miedo dominen nuestros días.

Son tiempos de puertas cerradas, de corazones almenados, de resistencia a la fe, de mentalidad impermeable y de obstinación firme. Pero más constante y terco es Jesús, el Señor, en abrir puertas blindadas. Más hábil que los cerrajeros, más ingenioso que los cacos, más diligente que un herrero, más paciente que una madre, más perseverante que un enamorado. Él, que ya ha pasado muchas "noches de invierno, oscuras", conoce nuestra terquedad, pero también nuestra necesidad.

Él sabe que la vida con miedo es insoportable, que la vida en la noche es una muerte y que somos seres hambrientos de luz y de alegría que solo encontraremos en Él. Por eso Tomás, nuestro representante y portavoz, tiene que terminar su crisis en el reconocimiento que le abre a la confianza, la alegría y el pronóstico: *«Señor mío y Dios mío»*. **«DICHOSOS LOS QUE CREAN SIN HABER VISTO»**.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,14.22-28): *me saciarás de gozo en tu presencia.*

Salmo 15 (1-2a y 5.7-8.9-10.11): *«Señor, me enseñarás el sendero de la vida»*

2ª lectura (1ª Pedro 1,17-21): *tomad en serio vuestro proceder en esta vida.*

Evangelio (Lucas 24,13-35): *Quédate con nosotros, porque atardece.*

Caminamos con Cristo resucitado hacia la glorificación feliz de nuestras vidas, pero ¿le reconocemos? El texto evangélico de hoy nos anima a recorrer ese camino llenos de esperanza, por encima de las oscuridades que podamos encontrar.

Este pasaje que hoy nos narra el Evangelio es una magnífica catequesis cristiana, y posiblemente así fue pensado y escrito por su autor. Así lo debemos acoger nosotros: como un relato siempre vivo y eficaz.

Los paralelismos de la narración con nuestra vida son evidentes, el texto evangélico es muy rico en imágenes llenas de ternura y cercanía, incluso con su detalle de fina ironía, como cuando los discípulos le preguntan a Jesús: *«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»*

El mapa de nuestro mundo merece, todo él, una mirada compasiva. Somos demasiadas las personas que nos enteramos de dónde está un país, cuando ocurre en él una tragedia o una revolución. Y cuando leemos en la prensa, vemos en la tele u oímos en la radio, de pueblos enteros que se levantan contra la tiranía y explotación de reyezuelos y caciques poderosos.

En el camino de “*ida y vuelta*” de los de Emaús están descritas muchas vidas humanas, y todos somos llamados a descubrir situaciones parecidas cerca y lejos de nosotros, en personas y en países, y hasta en nuestro propio interior. Hay pueblos enteros que entregados a la desesperanza huyen de su país, abandonando su ciudad en busca de una esperanza: *«Nosotros esperábamos... y ya ves»*. Todo murió en uno que fue crucificado.

Cerca de nosotros hay vecinos a quienes la crisis socio-económica les ha echado la noche encima; muchos jóvenes, quizás demasiados, que han entrado en la adultez y sobre los que aún no ha amanecido la luz de la esperanza de un primer trabajo; mujeres obligadas por mafias, humilladas, vejadas y maltratadas; ancianos que en su soledad, se encuentran abandonados de la familia y de la sociedad; niños que...

¿Cómo acompañar nuestras palabras con algún gesto o ayuda eficaz? La esperanza está en que hay alguien que acompaña nuestro triste caminar, aunque nuestros ojos no sean capaces de reconocerlo. Y aquí es donde aparece una enseñanza y una experiencia capaz de “*levantarnos al momento*” y ayudarnos a dar un giro radical a nuestras vidas. Caminar hacia la luz y la esperanza compartidas: *«Es verdad, ha resucitado el Señor»*.

Cuando el día va de caída, el forastero ha sido acogido: *«Quédate con nosotros»*. Abierta la casa y compartida la mesa, unos signos y unas palabras han abierto los ojos de aquellos buenos hombres. Son los gestos y las palabras que aquel “*desconocido*”, ahora ya barruntado, pronunció en una tarde de despedida y emociones.

«Es Él», reconocen. Y aunque es tarde, aunque la noche se ha cerrado totalmente, se levantan al momento e inician un camino hacia la luz.

Es el mismo camino que han recorrido unas horas antes, pero ahora el corazón y sus latidos son diferentes. Las palabras de Aquel que está vivo caldean sus corazones, y la experiencia no se la pueden guardar para ellos solos, hay que compartirla con los otros hermanos.

Está comenzando a nacer una comunidad distinta, compuesta por hombres y mujeres dispuestos a decir a todas las gentes, de todos los pueblos y de todos los siglos, que **JESÚS ESTÁ VIVO**, y que su vida y entrega pueden llevar al mundo y a toda la humanidad por otros caminos, caminos de justicia, de esperanza y de paz. Esos testigos somos nosotros.

Jesús resucitado es la luz y el sentido de nuestras vidas. Cuando le buscamos, Él nos ofrece pistas y lugares para encontrarle: el camino de la vida, las Escrituras, la mesa compartida, la acogida al forastero, el amor a los hermanos, la Eucaristía... Uno de los de Emaús se llama Cleofás. Desconocemos el nombre del otro. ¿Podrías ser tú?

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,14a.36-41): *Escapad de esta generación perversa.*

Salmo 22 (1-3a.3b-4.5.6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (1ª Pedro 2,20b-25): *Andabais descarriados como ovejas.*

Evangelio (Juan 10,1-10): *Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas.*

Las personas deberíamos conocer lo mejor posible la época en la que nos ha tocado vivir y tratar de adaptarnos a la misma en todos los aspectos y facetas que presenta nuestra relación con las gentes con las que convivimos, de nuestra generación o de otras generaciones.

La generación mayor que vive en nuestro entorno, vino de los pueblos a la ciudad; son gente que cerraron la casa del pueblo y “*abrieron*” piso en la ciudad. De los pueblos no solo vinieron las personas; con ellas trajeron también sus tradiciones y costumbres. Así, nuestros barrios fueron tomando la fisonomía de los pueblos: las personas se conocían y saludaban, pasaban muchas horas en la calle de tertulia o jugando, adornaban las ventanas y balcones con macetas y celebraban verbenas por las distintas fiestas.

Con el paso del tiempo, se ha ido perdiendo la identidad de los barrios; los jóvenes de entonces no han podido quedarse a vivir en su barrio por no haber viviendas o por querer tener piso propio con todos los adelantos desde el principio, no como sus padres que los fueron comprando a lo largo de los años, da la impresión de que toda la vida en esos barrios se va muriendo, al mismo tiempo que desaparecen, por razón de edad, aquellos inmigrantes de los años cincuenta y sesenta.

Pensemos que, se nos olvidó prever que esto tenía que pasar y debimos ir pensando en otras formas de relación diferentes a las de los pueblos, generando unas costumbres más acordes con las diferentes formas de trabajo, con los distintos horarios de la gente, con la cultura nueva del ocio y de tiempo libre. Dichas costumbres, aunque no deben perder la conexión con el tiempo y las gentes del pasado, deben ser nuevos caminos de futuro, creados y controlados por todas las personas que las promueven.

En la comunidad eclesial viene sucediendo algo similar. Como ya ha dicho alguien, conviene que entre nosotros haya “*vigías*”, personas que observen por dónde van las cosas en el presente sin perder de vista lo ya vivido; “*acompañantes*”, que comuniquen a otras personas lo que se está viviendo y sean referencia en la primera parte del camino y “*samaritanos*”, porque siempre hay personas que se quedan, o las dejamos aparcadas, en los márgenes del camino y necesitan nuestra solidaridad.

Los tres primeros domingos de Pascua la liturgia insiste en la experiencia de la resurrección de Jesús vivida por los testigos concretos con nombre concreto: María Magdalena, Pedro, Tomás, Cleofás, los discípulos,... Experiencias cargadas de gozo y llenas de dificultades. En los tres domingos siguientes el evangelio de Juan nos transmite palabras de Jesús, pronunciadas antes de la Pascua, pero escritas a la luz de la experiencia que se está viviendo en la comunidad de seguidores: **el Crucificado es el Resucitado**. Jesús no está muerto, **¡JESÚS VIVE!** Él es la puerta para encontrar la verdad, el camino y la vida; y el Espíritu será quien nos ayudará a llegar a esa experiencia.

En gran parte de las parroquias de este país estamos enfrascados en el que es uno de los mayores “*sufrimientos*” de curas y responsables de catequesis: las comuniones de niños (cada vez se dice menos eso de la primera comunión porque en muchos casos será la única), organizadas pensando más en la celebración social y por unos adultos que cada vez viven más al margen de la experiencia creyente y de la relación comunitaria eclesial.

La mayoría “*cerraron*” el templo (la asistencia a ritos religiosos) y no “*han abierto*” la puerta de una comunidad de creyentes (en la que se celebra y vive la fe en Jesús). Este momento puede que sea la última oportunidad que vamos a tener para poder mantener una relación mínimamente continuada con las familias de esos niños y niñas.

Cada vez resulta más patente que lo que sucede es que los adultos no tratamos de aclararnos: pues no se trata tanto de que el niño o la niña rellenen el expediente de celebraciones “*¿obligatorias?*” de los sacramentos de la iniciación cristiana, sino de que pongamos los medios adecuados para que realmente se inicien y puedan llegar a ser cristianos.

En los últimos tiempos, aunque deficientemente porque seguimos partiendo de los niños y no de los padres y madres adultos, la Iglesia está insistiendo en la Catequesis Familiar con desigual resultado, ya que son pocas las familias que posteriormente continúan en la vida comunitaria.

Cuando los cristianos de la vieja cristiandad o de la nueva evangelización participamos en la vida de una comunidad y en la escucha de la Buena Nueva de Jesús vamos sanando las cicatrices que las heridas de la vida nos van produciendo. A la vez, nos damos cuenta de la cantidad ingente de personas a nuestro alrededor que lo pasan mal porque sufren las consecuencias del deficiente reparto de los bienes de la tierra y de la desigual oportunidad que les damos para sanar su dolor. **“Sanemos sus heridas, no nos separemos de los heridos”.**

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6,1-7): *Nosotros nos dedicaremos a la oración.*

Salmo 32 (1-2.4-5.18-19): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (1ª Pedro 2,4-9): *Vosotros, en cambio, sois una raza elegida.*

Evangelio (Juan 14,1-12): *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre.*

La experiencia en este tiempo de crisis parece girar en torno a dos polos: por una parte, crece la expectativa y el anhelo de un futuro que debería ser más humano, más justo y más digno y feliz para todos; por otra parte, también aparece un cierto miedo e incertidumbre en ese futuro al que vemos ensombrecido por graves amenazas.

Una serie de experiencias están manifestando la debilidad y la indigencia de la humanidad actual: su creciente conciencia de fracaso e indefensión ante los pilares básicos sobre los que está montada nuestra sociedad; la experiencia de fracaso de la libertad en lograr una convivencia sana, pacífica para todos; el anhelo de una vida realizada en plenitud. Toda esta experiencia, revela que nuestra situación humana se encuentra radicalmente necesitada y pide “algo” que no es técnica, ni ciencia, ni economía, ni política; lo que está pidiendo es una “*experiencia de salvación*”.

Pero, **¿dónde está tal salvación? ¿Quién la conoce? ¿Quién nos la puede comunicar?** La respuesta cristiana tiene un nombre y una esperanza: se llama **JESUCRISTO, camino** que conduce al verdadero destino; **verdad**, firmeza en quien se puede creer y confiar y **vida**, plena y en abundancia para todos.

En el mismo centro del mensaje y de la misión de Jesús se encuentra la revelación de quién es Dios. Juan, desde el inicio de su evangelio, ha dejado claro que Jesús va a mostrarnos, de manera definitiva, cuál es el verdadero rostro de Dios: **«A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y vive en íntima unión con el Padre, nos lo ha dado a conocer»** (Juan 1,18). Y esta es la gran novedad de la revelación de Jesús. Tan nueva, que Felipe, uno de los que había acompañado a Jesús, desde el principio, aún no se había dado cuenta, sigue encadenado a las ideas de la antigua religión y no es capaz de descubrir la novedad de Jesús; que en su actuación, en sus obras, en su amor hasta el extremo nos está revelando el verdadero rostro del Padre.

La Iglesia está llamada a introducir en la historia el amor de Dios Padre, anunciando al hombre su verdadera identidad: la de ser “*hijos de Dios*”. **«Ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, heredero de Dios»**. La acogida de este Dios-Padre es lo que puede liberar al ser humano del desgarramiento interior y de la inseguridad, del vacío existencial y de la falta de identidad. Esta ha de ser la Buena Noticia de la Iglesia de nuestro mundo: **«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos»**.

Pero, no basta anunciar la gracia de Dios Padre. Es necesario realizar en su nombre “*gestos de gracia*” entre los “*desgraciados*”. Los cristianos, la comunidad cristiana ha de encontrar en la sociedad actual su lugar auténtico. Y este lugar solo puede ser el mundo de las víctimas. Únicamente desde la acogida a los abandonados, desde la solidaridad con los maltratados, desde el servicio gratuito a los últimos se anuncia a todos la gracia de Dios-Padre.

No hay ninguna realidad opaca. Todo acontecimiento, ya sea personal como social, económico, político o religioso, es simbólico. Detrás, debajo de todo hay una realidad invisible que lo sustenta. Si esto es cierto para toda persona, lo es, de modo especial, para el creyente: **«El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios»** (Gaudium et spes, 11).

Por tanto, todo acontecimiento es simbólico. El obstáculo para captar la realidad en su profundidad es que estamos muy condicionados por la “*cultura de la imagen*”, que está reduciendo toda la realidad a la “*apariencia*”; lo importante es “*aparecer*”, aunque no se sea. Esto nos lleva a fijarnos en lo superficial, cerrándonos a la realidad profunda.

Un cambio de “*creencias*” supone un cambio de visión, un cambio de mirar, un cambio de ver, un cambio de leer y de interpretar la realidad, un cambio en la manera de relacionarnos, del modo de ser y actuar en la vida diaria. Si no hay cambio de “*creencias*”, en realidad no cambia nada. Para el cristiano, la clave de lectura, la perspectiva es mirar la realidad con los ojos de Dios, que ve más allá de las apariencias y de la lógica humana.

La mirada de Dios, revelada en Jesús, es una mirada positiva, no paralizante, que ve siempre posibilidades, caminos, salidas, incluso percibe brotes de tallos verdes en troncos secos; que mira la realidad del pobre con esperanza y con misericordia. Pero sabemos por experiencia que esto no es nada fácil, porque necesitamos zonas de sosiego para meditar y contemplar nuestro mundo desde la mirada y el corazón de Dios. De lo contrario, la lógica del mundo nos arrastrará.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8,5-8.14-17): *La ciudad se llenó de alegría.*

Salmo 65 (1-3a.4-5.6-7a.16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (1ª Pedro 3,15-18): *Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu.*

Evangelio (Juan 14,15-21): *lo conocéis porque vive con vosotros.*

ESTÁ CON NOSOTROS, EN NUESTRO CORAZÓN. La afirmación de Juan es clara y rotunda, casi inesperada *«lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros»* (14,17). No está lejos, no está fuera, no pertenece al pasado, no se ha marchado,... vive con nosotros, está con nosotros.

Estas palabras nos hacen caer en la cuenta del escaso conocimiento que tenemos de ello, de que nuestra conciencia parece ser la contraria, la conciencia de su ausencia. Un síntoma de ello es el poco espacio que dejamos en nuestra vida personal y comunitaria para escuchar dentro de nosotros mismos, para escuchar en nuestro más profundo centro, allí donde el Espíritu habita (Gálatas 4,6) y nos habla.

Muchas personas acuden hoy al psicólogo porque se han perdido por el camino de la vida. Nadie les ha enseñado a escucharse, viven desconectados de sí mismos, ajenos a la verdad de su corazón, manipulados y engañados por la sociedad del consumismo. El evangelio de Juan es hoy una llamada a reconocer y aprender a escuchar al Espíritu que mora en nuestro corazón, en el corazón de toda persona.

ESTÁ CON NOSOTROS, EN LA COMUNIDAD CRISTIANA. Está con nosotros, en el centro de nuestra comunidad cristiana, *«Está con nosotros»*, y es él quien la hace posible, quien la sostiene. *«Está con nosotros»* y por eso podemos decir que *«Él es el alma de la Iglesia»*. ¡Cuánto nos cuesta creer y vivir esta verdad! Frecuentemente lo olvidamos y nos erigimos a nosotros mismos en los protagonistas de la vida comunitaria y eclesial.

“El papa Benedicto XVI, en su encíclica “Deus caritas est, 19” nos recuerda esta verdad: «El Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano». Y el papa Francisco en su Mensaje para la Cuaresma 2014 nos dijo: «El Espíritu Santo, gracias al cual “[somos] como pobres, pero que enriquecen a muchos; como necesitados, pero poseyéndolo todo” (2 Cor 6, 10), sostenga nuestros propósitos y fortalezca en nosotros la atención y la responsabilidad ante la miseria humana, para que seamos misericordiosos y agentes de misericordia». Y en la Exhortación Apostólica “La alegría del Evangelio” indica que: «Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral» (Evangelii Gaudium, 33).”

Si al Espíritu le dejamos sitio, en nuestras comunidades habrá escucha mutua, diálogo, discernimiento comunitario, fraternidad. Si al Espíritu le dejamos expresarse, Él nos hablará de Jesús, el Cristo, nos recordará sus palabras, nos explicará el significado de su vida, nos iluminará para que podamos sentirlo vivo, resucitado. Si al Espíritu le dejamos actuar, Él nos conducirá hacia el amor, el mismo amor que Cristo vivió. Viviremos sus mandamientos, lo amaremos y amaremos todo lo que Él amó.

ESTÁ CON NOSOTROS, INAUGURANDO UN NUEVO PENTECOSTÉS. Del fracaso de la *cruz* amaneció la *resurrección*. La persecución en Jerusalén contra los cristianos hizo posible que la Buena Noticia de Jesús saliera fuera de los estrechos límites de Israel. Dios parece escribir con *renglones torcidos*. Cuando la dificultad o el fracaso parecen invadirlo todo, como la noche, de pronto amanece y viene el día.

¿Asistimos hoy a un nuevo Pentecostés? Tal vez esté amaneciendo un nuevo Pentecostés y apenas seamos conscientes de ello. Una manera de ser cristianos está muriendo. Lo vemos. Y otro modo de ser cristianos, con contornos distintos, aún no definidos, está naciendo. Vivimos ese momento de depresión provocada por lo que muere y de incertidumbre por lo que está naciendo, pero aún no vemos con claridad.

En este nuevo tiempo de la historia y de la Iglesia prestemos atención a quien acompañó la vida y misión de nuestro Señor Jesucristo, a quien, fue el alma de la comunidad naciente, a quien, hoy, busca encontrarse y dialogar con cada persona y con cada cultura por caminos nuevos, inéditos. El Espíritu siempre supera nuestras expectativas. *«Solo Él hace nuevas todas las cosas»* (Apocalipsis 21,5).

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *Seréis bautizados con Espíritu Santo.*

Salmo 46 (2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1,17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Mateo 28,16-20): *Y sabed que yo estoy con vosotros.*

A la mayor parte de las personas nos encanta ir por la vida sin llamar la atención; por eso, casi todos solemos acomodarnos a lo que hace la mayoría; sin darnos cuenta de que esto conduce a una pérdida de autonomía personal, que raya, en muchas ocasiones, en falta de libertad personal a la hora de tomar las decisiones que dan verdadero sentido a nuestra vida.

Pero también sucede que hay cosas de las que estamos convencidos que hay que hacerlas de una determinada manera, y entonces apostamos por ellas aunque esto nos lleve a tener que dar explicaciones a la gente que nos pregunta el porqué las hacemos así, cuando la mayoría las hace de otra forma. En esos momentos podemos sentirnos “*bichos raros*”, porque no somos como los demás; y fácilmente, si no estamos muy seguros, volvemos a lo que hacen todos.

En todo esto puede influir el hecho de que no tenemos mucha relación con la gente, o es una relación superficial, y nos encontramos pocas veces para compartir opiniones y formas de hacer las cosas habituales de la vida. Y todo porque el ritmo de nuestra vida es frenético y, a la vez, todos los días hacemos cosas muy parecidas; excepto los fines de semana, que nos cansamos de otras maneras.

Las personas deberíamos funcionar con planes de vida elaborados por nosotros mismos en tiempo de reflexión y búsqueda de sentido. A ser posible, este plan lo podemos compartir con otras personas de parecido recorrido en la vida y con similares motivaciones a la hora de plantearse. Este plan, cada cierto tiempo, puede tener distintos objetivos a conseguir dentro del sentido global que le queremos dar a la vida. Para lograrlos, deberíamos proponernos unos medios concretos que podamos revisar con otros.

Si no tenemos nuestro propio plan, habrá otras personas u otros grupos con intereses diferentes a los nuestros que irán poniendo pequeños logros en los que, nosotros, sin saber cómo, nos encontraremos embarcados en trasatlánticos de lujo que difícilmente podremos abandonar.

Existe otro argumento que esgrimimos a veces: “*esto siempre ha sido así*”, que expresa la poca presencia activa que tenemos las personas en la evolución y los cambios de nuestros usos y costumbres, por una parte. Y, por otra, la capacidad de adaptación de los mismos, a todo lo que viene precedido por una buena campaña publicitaria. El poder de los medios de comunicación es terrible a la hora de conducirnos a pensar y a actuar de la forma que sus dueños quieren.

Los medios de comunicación educativos son muy escasos y no tienen afán de lucro. Solo si nos organizamos, y somos capaces de usarlos de forma crítica y colectiva, podemos enfrentarnos a ellos y conseguir cambiarlos.

Cuando Jesús asciende a los cielos encarga a sus discípulos que hagan «*discípulos de todos los pueblos*»; no les dice cómo ni donde, solo que «*transmitan y enseñen lo que Él les ha enseñado a ellos*», de parte del Padre, y viviendo entre la gente.

En alguna ocasión me contaron que hay en tierra santa un lugar que dicen que desde allí subió Jesús al cielo; puede ser o puede no ser ese el lugar. Lo que me gustaría saber es cuántos han salido de allí siendo más y mejores discípulos del maestro o solo con la instantánea recogida en el teléfono móvil o en la cámara fotográfica.

Es como en la vida de nuestras parroquias; parece que esperemos que vengan a nuestros locales parroquiales para hacer discípulos, cuando realmente el encargo que hemos recibido de Jesús es el de ir a todos los pueblos para hacer discípulos: «*enseñándoles a guardar lo que Él nos ha enseñado*».

«*Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?*» Ahora, más que nunca, hay que ponerse en camino; es preciso salir a donde está la gente, a donde se mueve, con quién y cómo se relaciona, cuáles son sus motivaciones a la hora de vivir como vive y compartir con esa gente nuestra manera de entender la relación entre nosotros y el Padre de Jesús que nos regala la vida de su Hijo para que podamos vivir la nuestra con plena libertad y ser totalmente felices.

Jesús de Nazaret ya no es solo el judío errante que se relacionaba con la gente, curaba y daba vida y decía buenas palabras sobre Dios. Jesús es el Señor, el Cristo de la fe que vive resucitado y es nuestra **vida**, nuestra **verdad** y nuestro **camino** hasta el Padre Dios.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

Salmo 103 (1ab. y 24ac.29-30.31.34): *«Envía tu espíritu, Señor, y repueble la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12,3b-7.12-13): *En cada uno se manifiesta el Espíritu.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *Recibid el Espíritu Santo.*

Al principio de la vida de la Iglesia el Misterio Pascual era considerado como un todo: Resurrección, Ascensión, Glorificación y Vida de los hijos de Dios, comunicada por el Señor mediante el envío de su Espíritu. Después se hizo cierta partición y, al final de la Pascua, celebramos Pentecostés: el don del Espíritu que se hace aliento vital, fuerza que pone todo en movimiento, abriendo la Iglesia a nuevos pueblos; fuego, que todo lo abrasa, lo transforma y lo recrea.

Todos los evangelistas ponen de relieve la existencia de una continuidad dinámica entre Cristo y la Iglesia. Esta continuidad aparece particularmente reflejada en la obra de Lucas. Este autor nos la presenta bajo el signo del Espíritu Santo. El Espíritu que suscitó a Jesús en el seno de María, dará luz a la Iglesia; el Espíritu, que condujo a Jesús en su ministerio después de la unción en su bautismo, anima al apostolado desde Jerusalén hasta los confines de la tierra. El punto central es la entrada de los gentiles en la Iglesia, sancionada por el Concilio de Jerusalén.

Los escritores bíblicos, reflexionando a la luz de la fe sobre la experiencia de ver a los hombres enfrentados, divididos e incapaces de entenderse, construyeron el relato de la “*Torre de Babel*” (Gén 11,1-8). El significado de este relato es claro: los hombres intentaron edificarse un templo a sí mismos, volviendo a caer en la misma trampa que Adán y Eva: «*seréis como dioses*» (Gén 2,4), y, como en el paraíso rompió la armonía, también ahora, como consecuencia de ese tremendo error, se quiebra de nuevo la unidad del género humano.

En el signo de las lenguas han visto los exegetas y padres de la Iglesia la inversión de Babel y profetizan la universalidad de la Iglesia: «*Todos quedaron llenos del Espíritu Santo*». Para los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu, es el principio dinámico del testimonio que asegura la expansión de la Iglesia: “*Un grupito de hombres y mujeres que estaban asustados, al sentir la fuerza del Espíritu, perdieron el miedo y comenzaron a predicar, y todos quedaron desconcertados, porque se hicieron entender por todos los pueblos*”.

El Espíritu no les había informado: “*pero había hecho posible la unidad*”; las lenguas permanecían distintas: “*pero era posible entenderse*”. Y esto es posible porque el Espíritu facilita un lenguaje universal, el único que, respetando los diversos modos de expresarse, conduce a entenderse: **el lenguaje del amor**, el lenguaje de la entrega a favor de la construcción de un mundo más humano y fraterno.

Pentecostés marca un comienzo. Al igual que la fiesta judía de Pentecostés es la fiesta de la donación de la Ley en Sinaí, donde las Tablas fueron escritas por el dedo de Dios (Éx 31,18). En adelante ese dedo será el Espíritu Santo, el nuevo santuario será Cristo y la ley nueva, el Espíritu.

Hay una necesidad cada vez más sentida, tanto en la Iglesia como en la sociedad, que pasa por el cuidado del espíritu. Parece que esta hambre de espiritualidad es uno de los “*signos de los tiempos*”. El signo no está en el número de personas que han encontrado una forma de espiritualidad satisfactoria, sino más bien en la toma de conciencia de esa necesidad que se experimenta de diferentes maneras.

El ser humano necesita ser reconciliado consigo mismo, con los demás, con el mundo y con Dios. Esto se debe a una necesidad existencial de unidad que es preciso restablecer y que podemos lograr por diversas formas: unos lo ven como la necesidad de algo que les da una fuerza interior para afrontar la vida y sus problemas; a otros, debido a la falta de convicciones profundas y de estructura interior, les da libertad frente al miedo y la angustia; y otros, sienten la necesidad de algo que nos dé unidad, ya que nos vemos divididos, desintegrados.

Son cada vez más numerosas las personas que sienten la necesidad de entrar en contacto con el “*misterio*”, es decir, la necesidad de experiencias místicas. Por eso, estaríamos en un serio error si creyéramos que todo problema es únicamente técnico y que su solución estaría en encontrar y dar respuesta técnicamente correctas, que no cabe duda que es totalmente necesario, pero insuficiente.

El problema de fondo de nuestro mundo globalizado es espiritual. Y la razón radica en que el espíritu del ser humano, su “*yo*” profundo se encuentra reprimido, secuestrado por el predominio de las cosas, por el consumo sin límites. Hemos perdido el hábito de soñar y de anhelar lo infinito; el aspirar al misterio está brutalmente reprimido, oprimido por la planificación de los mandamases de este mundo.

Ahora bien, la represión continuada y sistemática de la dimensión más profunda de la persona, el espíritu, es, a la larga, todavía mucho más perniciosa que otras represiones, ya que la persona pierde el sentido de la vida. Por eso, uno de los mejores servicios que podemos prestar a nuestra sociedad y también a nosotros, es liberar a este espíritu esclavizado. Para ello, tarea nada fácil, es preciso crear espacios de reflexión y momentos de silencio para la interiorización y la oración.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34,4b-6.8-9): *Señor, Dios compasivo y misericordioso.*

Salmo (Daniel 3,52-56): *«A ti gloria y alabanza por los siglos»*

2ª lectura (2ª Corintios 13,11-13): *Tened un mismo sentir y vivir en paz.*

Evangelio (Juan 3,16-18): *El que cree en él, no será condenado.*

Cada domingo la comunidad cristiana se reúne en torno a la Eucaristía. Es todo un acontecimiento de fe y de vida. Rememorar la historia de salvación de Dios con su pueblo; actualizar su presencia con nosotros y sentir que somos parte de su familia nos ayuda a afrontar la vida con otro horizonte, con otra esperanza y con otra compañía.

Hoy confesamos a un Dios que nos transforma. Reconocemos que Él nos ha amado primero y ha “*tocado*” nuestra historia; sabemos que quiere la salvación y la vida de la humanidad. Es la experiencia que nos congrega y nos hace profesar la fe con cantos, con palabras y, ante todo con nuestra vida.

CREEMOS EN UN DIOS-PADRE QUE SUEÑA CON SUS HIJOS.-

Confesamos que Dios se desvive por la humanidad, comparte las alegrías y las penas de su pueblo, y no deja de soñar un solo momento con cada uno de nosotros. Un Dios que, como un padre y una madre, quiere lo mejor para sus hijos, especialmente para los más necesitados.

Él ha proyectado un mundo donde el amor, la reconciliación y la paz sean reales y cuenta con nosotros para que sea así. Nuestro Padre siempre acompaña a su familia, le envía signos cotidianos de amor, y nos pide que estemos atentos al prójimo. Es nuestro Padre, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Es el Abba de Jesús.

CREEMOS EN DIOS-HIJO QUE CAMINA A NUESTRO LADO.-

Proclamamos que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, nuestro hermano mayor, que asumió nuestra vida hasta las últimas consecuencias: cargar con la injusticia del mundo.

El Hijo de María vivió haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, su vida llamó la atención, y convocó a hombres y mujeres para que siguieran sus pasos. Jesucristo nos sigue llamando para continuar su vida y su obra, para seguir la estela de amor y solidaridad que comenzó a trazar hace dos milenios. Él sigue presente entre nosotros, en la Comunidad cristiana, en la Eucaristía, en la Palabra, en los Pobres,... allí también podemos verle y adorarle. Es nuestro Hermano, el Santo de Dios, el Profeta, el Cristo, el Ungido. Es el Señor.

CREEMOS EN DIOS-ESPÍRITU SANTO QUE ALIENTA NUESTRAS VIDAS.-

Creemos en el Espíritu Santo, fuente de amor y manantial de sentido para todo hombre y mujer. Desde el comienzo de los tiempos, generó un vendaval de esperanza y solidaridad en el mundo.

Es el Espíritu de Amor que transforma los corazones, cambia las estructuras, y que reconcilia a la humanidad entera. Sabemos que con Él todo es diferente. Es el amor gratuito, universal, plural, liberador. Se trata del mismo Dios que, por amor, nos hace a todos miembros de la misma familia, nos renueva interior y exteriormente, y nos da la vida.

CREEMOS Y VIVIMOS EN DIOS.-

Creemos en un Dios que es comunidad de amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Unidad y pluralidad. Amor, Entrega y Donación. Trinidad. En Él vivimos, nos movemos y existimos.

Todos estamos llamados a vivir la comunión, a imagen y semejanza de Dios y a sentir al prójimo como “*uno que me pertenece*”. Confesar la fe en Dios Trinitario nos lanza a construir un mundo en comunión, en justicia, en amor y en verdad. Es la fe en Dios y el compromiso con su obra: la creación.

La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios. Es una respuesta integral, libre y adulta que abarca a toda la persona y surge de la propia historia. Confesar la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos sitúa en un horizonte liberador, de vida creyente, plural y plena de esperanza.

EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Deuteronomio 8,2-3.14b-16a): *Te alimentó en el desierto con el maná.*

Salmo (Daniel 3,52-56): *«A ti gloria y alabanza por los siglos»*

2ª lectura (1ª Corintios 10,16-17): *Comemos todos del mismo pan.*

Evangelio (Juan 6,41-58): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

La comida es fundamental para la vida. No podemos vivir sin comer; por eso la comida adquiere una importancia grande en nuestra vida. Comemos para alimentarnos, como todos los seres vivos, porque sentimos hambre. Pero los seres humanos también sentimos necesidad de amor y de amistad, por eso comemos en familia y con los amigos, para comer y charlar, “*porque no solo de pan vive el hombre*”, sino también de la palabra, de la conversación. Tan importante como la comida, [la mesa], es la charla, [la sobremesa].

La comida, entre seres humanos, cumple además otra función simbólica y trascendente. Pues si tenemos que alimentarnos, no lo hacemos de cualquier manera –salvo en caso de necesidad- sino que tratamos de darle sentido. Por eso el arte de la cocina, tan en alza en nuestros días, crea cultura y establece lazos de intercambio y solidaridad entre los pueblos. Y, superando el dintel de la necesidad (la alimentación), entramos en el ámbito de la libertad, para convertir la necesidad en placer, haciendo de la comida un banquete (de bodas, de cumpleaños, de homenaje, de fiesta, de protocolo), convidando a los allegados.

En la mesa de la vida, en el banquete del desarrollo, hay muchas y graves ausencias, que no podemos pasar por alto. Las estadísticas nos alarman, de vez en cuando, respecto al sinsentido de nuestro olvido. Ciertos acontecimientos puntuales sacuden nuestra indiferencia y nos mueven a la solidaridad. Pero no basta con esas buenas respuestas esporádicas, porque la pregunta, la interpelación es constante. Más aún, es urgente, pues el hambre está causando demasiadas víctimas, para que nos encojamos de hombros.

Urge una más justa distribución de la riqueza, es inaplazable la solidaridad en el reparto de los alimentos, ya que es insostenible una mesa repleta de comensales hartos, en medio de una multitud muerta de hambre. En el banquete de la humanidad es urgente que estemos todos compartiendo el pan y disfrutando de la palabra.

El pan y la palabra, la mesa y la sobremesa, constituyen el alma de nuestras comidas, de nuestras reuniones. Siempre que podemos, nos juntamos en familia, a la hora de comer, y compartimos la mesa y la conversación, sacando a la luz nuestros problemas, nuestras inquietudes, nuestros sueños. Así es como hacemos y construimos la familia como una piña. Lo mismo solemos hacer con los amigos. Y aunque cada vez resulta más difícil hacerlo cada día, aprovechamos los fines de semana y las grandes ocasiones, las fiestas, las grandes concentraciones. Y es que “*no solo de pan vive el hombre*”.

La primera lectura nos cuenta la experiencia del pueblo de Israel durante su peregrinación por el desierto. Moisés les recuerda cómo el Señor les alimentó con el maná, y llama su atención para que caigan en la cuenta de que no solo de pan vive el hombre, sino sobre todo de la palabra de Dios. Es la misma lección que Jesús recordará al tentador, después de sus cuarenta días de ayuno en el desierto.

Por eso Jesús instituye la Eucaristía durante la última cena, mientras se desahoga y comenta con sus amigos los inminentes acontecimientos de su pasión, muerte y resurrección. El pan y la palabra son los dos elementos fundamentales de nuestras celebraciones.

Recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, después de haber recibido su Palabra y su Espíritu. De este modo, nos dice Jesús, tenemos vida en nosotros, su propia vida, su mismo espíritu, su misma misión. Entramos en comunión con el Padre, y así somos, y tenemos que conducirnos, como una verdadera familia. Los que comemos el mismo pan, los que vamos a misa con frecuencia formamos un mismo grupo que es la Iglesia y estamos llamados a ser fermento de la gran familia humana.

Pablo en la carta a los corintios saca las consecuencias de la comunión. Nos recuerda que, al comer del mismo pan, somos compañeros, y ya que bebemos del mismo cáliz, que contiene la sangre de Cristo, nos hacemos consanguíneos, familiares, hermanos. Por eso nos urge a la solidaridad. Ya no podemos desentendernos del hermano, sobre todo de los que nos necesitan, de los pobres.

Ya no podemos mirar hacia otro lado cuando sabemos que millones de hermanos pasan hambre. Ya no podemos dilapidar lo nuestro, porque es de todos nosotros, de todos los hermanos. Nuestro pan, **O ES EL PAN DE TODOS Y PARA TODOS**, o no es nuestro, porque se lo hemos hurtado a los que se han quedado sin pan.

SAN PEDRO Y SAN PABLO

1ª lectura (Hechos 12,1-11): *Échate el manto y sígueme.*

Salmo (33,2-3.4-5.6-7.8-9): *«El Señor me libró de todas mis ansias»*

2ª lectura (2ª Timoteo 4,6-8.17-18): *He combatido bien mi combate.*

Evangelio (Mateo 16,13-18): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Que la Iglesia celebre la fiesta de san Pedro y san Pablo en el mismo día quiere decir algo. En el prefacio de la fiesta se dice: *«por caminos diversos, los dos congregaron la única Iglesia de Cristo»*. En efecto, eran muy distintos en su modo de ser y de actuar.

¿Quién era Pedro? Jesús pudo haber elegido para la fundación y dirección de la Iglesia a un hombre con talento organizador, a un sabio o a un descendiente de linaje sacerdotal. Nada de eso. Elige a un pescador, un hombre sencillo sin formación, que apenas había salido de los límites de su tierra. Tampoco era perfecto; estaba sometido a faltas y debilidades, pero tenía una buena voluntad y un amor sincero a Jesús.

Sin duda, su confesión en Cesarea de Filipo constituye uno de los puntos culminantes en la vida de Pedro. Jesús había preguntado a sus discípulos: *«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»* En sus respuestas recogen una serie de opiniones. Unos lo tienen por Juan el Bautista, otros por Elías o Jeremías o uno de los profetas. En todo caso, un enviado de Dios.

La segunda pregunta es más directa e importante: *«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»* Éste es el gran momento de Pedro. Se adelanta y dice: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»*. Tal vez él mismo se quedó sorprendido de lo que había dicho. No sabía muy bien de donde le había salido la respuesta. Jesús confirma la confesión de Pedro: *«Esto no era de tu cosecha, sino que te lo ha revelado mi Padre, que está en el cielo»*.

Mas esta confesión de Pedro no lo libra de la caída. En la Última Cena asegura a Jesús su fidelidad. Está dispuesto a ir a la cárcel y a la muerte. Jesús le pone en guardia contra una falsa seguridad en sí mismo, pero Pedro no escucha o no lo toma en serio. Quiere saber cómo marcha el proceso ante el sumo sacerdote. Se arriesga y se atreve a entrar en el patio. Cuando lo reconoce una criada y luego otra y algunos más de los que allí estaban, empieza a tener miedo y tres veces seguidas niega conocer a Jesús. Cuando cantó el gallo, decepcionado de sí mismo, lloró amargamente.

Después de la resurrección de Jesús, Pedro tiene una experiencia gratificante. Jesús se interesa por él y le encomienda la dirección de su comunidad: *«Apacienta mis ovejas»*. Tres veces le pregunta Jesús: *«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»* Al final la respuesta de Pedro es modesta y humilde: *«Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero»*.

Podemos comprender a Pedro en su miedo. Tampoco nosotros somos unos héroes. Pero podemos aprender de Pedro a amar realmente a Jesús y a confesarlo con las palabras adecuadas. También nos enseña que Dios no busca nuestros saberes, sino nuestra fe, nuestro amor, nuestra entrega, y que el pecado no es un obstáculo para la elección de Dios, sino una ocasión para aprender sobre nosotros mismos. Dios quiere un recipiente vacío, humilde, donde poder verter su gracia.

¿Quién era Pablo? Su nombre judío era Saulo y había nacido en la diáspora, en Tarso, en Asia Menor, en el seno de una familia judía estrictamente observante en medio de gentiles. Recibió una buena educación en la cultura griega, pero también en la religión judía, siendo discípulo, en Jerusalén, del famoso doctor de la Ley Gamaliel. Así, por su formación estaba capacitado para llegar a ser maestro de los gentiles.

Pablo es una naturaleza impetuosa, un luchador fanático. Si está convencido de una idea no hay quien lo detenga. En los primeros cristianos ve una secta del judaísmo que pone en peligro el futuro del pueblo judío. Por todos los medios tratará de erradicarlos, como una *“mala hierba”*.

En el camino a Damasco tiene una experiencia sobrecogedora que hace de él un nuevo hombre. Pasará luego unos años en la soledad para crecer y madurar, antes de que pueda predicar a Cristo en tierra de gentiles. El encarnizado perseguidor se convierte en un ardiente testigo.

A los cristianos de Corinto les cuenta lo que ha hecho: cinco veces fue azotado por los judíos, tres veces fue azotado con varas, una vez fue apedreado, tres veces padeció naufragio y varias veces estuvo en la cárcel. En sus viajes se vio en peligros de ríos y en peligros de ladrones, en peligros de judíos y en peligros de gentiles; muchas veces pasó hambre y sed, frío y desnudez. A eso hay que añadir la preocupación por todas las comunidades y los ataques por los falsos hermanos.

Pablo estaba fascinado por Cristo y se compromete radicalmente con él. Nos enseña la fuerza de la gracia. *«Por la gracia soy lo que soy»*.

Pablo no sólo ha sido apóstol y predicador para su tiempo; es predicador para todos los tiempos de la Iglesia, mediante sus cartas que leemos cada domingo en la celebración de la Eucaristía. Escuchemos su predicación y pongámosla en práctica en la vida.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9,9-10): *Alégrate, hija de Sión.*

Salmo (144,1-2.8-11.13-14): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mí rey.»*

2ª lectura (Romanos 8,9.11-13): *El que no tiene el Espíritu, no es de Cristo.*

Evangelio (Mateo 11,25-30): *Mi yugo es llevadero y mi carga ligera.*

¡Llega el verano y parece que podemos respirar! España es un país de turismo, y gran parte de nuestra economía se confía en el esperado verano. El sol nos da trabajo y eso nos pone más contentos: tal vez dé algo de ilusión a los millones de personas paradas, a las miles de familias que *“las están pasando canutas”*.

No es nada sencillo aguantar sin desesperarse ni tirar la toalla. No es fácil ser los *“mulos de carga”* que arrastran la crisis provocada por *“los otros”*, por todos y por nadie. Por eso los héroes, los *“paganos”* de la crisis, no serán nunca los brokers ni los estrategas políticos, sino, como siempre, esas personas sencillas: hipotecadas, paradas, buscadoras de trabajillos y apoyos para poder tirar. Las personas del pueblo que se mantienen, a pesar de los incomprensibles manejos económicos y los escandalosos engaños políticos.

En ella (la crisis) existimos, pero en ella no estamos solos. Todos estamos en el mismo barco y allí podemos encontrarlos: como hijos, como padres, como amigos, como hermanos que se reconocen en Jesús, el hombre de Nazaret, el Hijo del Dios de los sencillos de Israel, que nos revela el ejemplo y el ánimo para, como iguales y necesitados, ayudarnos solidariamente.

Estamos acostumbrados a pensar que los problemas que nos sobrevienen y las experiencias que nos suceden han de resolvérnoslas siempre, que tienen que darles una solución además inmediata, que no podemos renunciar a volver rápidamente a la situación de bienestar en la que vivíamos antes.

Las crisis dan miedo, y cuando estas duran más de lo esperado anulan progresivamente las esperanzas e ilusiones: entristecen, agobian, paralizan, impiden mirar hacia adelante. Sin embargo, las crisis que nosotros no provocamos (como la económica y social en la que nos han metido), precisamente por eso, ofrecen una **oportunidad**: la de aceptarlas asumiendo nuestra vida con la radicalidad que la Palabra de Dios hoy nos transmite.

La oportunidad de la que hablamos es la de poder discernir cuáles son los soportes sobre los que se levanta nuestra vida. Solemos creer que las cosas importantes entrañan mucha dificultad porque son muy complicadas. Es cierto que vivir es complejo; llegar a fin de mes, entender a mi novio o mi novia, educar a mis hijos, sobrellevar la enfermedad... pero en todas estas múltiples facetas se revela la riqueza de vivir, de experimentar, de cambiar, de crecer, de querer y de quererse, de enseñar y de aprender.

En los momentos críticos, o abandonamos porque todo esto se vuelve difícilmente complicado de cuadrar, o bien nos arriesgamos a descubrir su simplicidad, en la que se mueven los diversos aspectos de la vida, optando por la sencillez en la complejidad a la que nos invita Jesús de Nazaret.

El Dios de Israel es –como dice el profeta Zacarías– el Rey que viene a nosotros a lomos de un borriquillo. No viene a entrar en nuestra complicación y en las dificultades que entre unos y otros construimos, basadas en rivalidades y egoísmos. Llega como viento fresco que nos hace despertar del sopor en el que caemos nosotros, hombres sabios y prudentes, y por ello soberbios de corazón.

Irrumpe en la agitación de nuestra mente y nuestro corazón como brisa suave, como débil sensación sobre la piel, por la que hay que detenerse para sentirla con intensidad. De lo contrario, pasa inadvertida. Los sencillos, los pequeños, los ingenuos, los infelices, los que no hablan ni ven sino que sienten, a ellos se les revelan estas cosas del Dios que dice sin gritos y aparece sin luces de neón.

Vivir aliviados no es vivir resignados. La resignación es la bocacalle por la que huimos cuando nos vemos sobrecargados por la dificultad. El alivio nos lo ofrece Jesús en el Evangelio. Pero paradójicamente, el alivio evangélico no consiste en dejarlo todo sino en asumirlo todo, en cargar con los problemas con la sencillez que aprendemos de Jesús.

La carga se hace ligera cuando hay un motivo para cargar con ella, cuando ya no es solo nuestra, sino que es del que la ha tomado primero, y también de todos los que deciden llevarla con nosotros. En crisis tenemos la oportunidad de descubrir a nuestros familiares, amigos, conocidos y desconocidos, y a Jesús a la cabeza cargando con nosotros para nuestro alivio.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,10-11): *Su palabra no volverá vacía.*

Salmo (64,10-14): *«La semilla cayó en tierra buena y dio fruto.»*

2ª lectura (Romanos 8,18-23): *Aguardamos la hora de ser hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 13,1-23): *Dichosos nuestros ojos, porque ven, y nuestros oídos porque oyen.*

Con las parábolas Jesús intentaba hacer ver a los oyentes cómo el Reino de Dios ya estaba presente en medio de la vida, en medio de su vida. Muchos no terminaban de ver lo que les decía y se mostraban escépticos. Posiblemente sea este el contexto de la parábola del sembrador. Muchos no acababan de ver y de creer. Sucedió entonces y sucede ahora. El Reino que Jesús anunciaba sigue siendo actual, no pertenece al pasado, es contemporáneo y de todas las épocas.

El sembrador es Jesús, y la parábola es una invitación a confiar en Él y en su Palabra, a pesar de las dificultades (la semilla que cae en el camino o entre piedras o zarzas), al final, cuando encuentra tierra buena, la siembra, obtiene una buena cosecha.

Es Jesús quien siembra en la tierra del mundo y del corazón de los hombres el mensaje del Reino. Es Él quien siembra en nosotros el deseo por una vida mejor y más humana, tal como Dios la desea. Él nos invita y nos empuja a salir de un mundo viejo y egoísta hacia otro más fraterno y más humano. Nos invita a todos sin excepción a entrar en el Reino de Dios.

Tendemos a fijarnos solo en las desgracias, a ver solo los males que nos aquejan, sin reparar en la inmensa corriente de vida, de entrega desinteresada, de amor auténtico que recorre nuestro mundo. Los medios de comunicación nos empujan a ello constantemente y, sin embargo, la vida está llena de hombres y mujeres que, cada día, anónimamente, se esfuerzan y luchan por una vida mejor, más fraterna y más solidaria.

¿De dónde proviene esa fuerza de vida? ¿No vendrá de ese “sembrador” que en toda época siembra la Palabra del Reino en el corazón de los hombres? Jesús nos invita a nosotros, seguidores suyos, a mirar la vida de las personas de hoy más allá de las apariencias y de los prejuicios, más allá de las etnias, razas e ideologías. Nos invita a descubrir, en medio de ellos y en medio de nosotros, el Reino de Dios.

El Reino de Dios que no es patrimonio de nadie: no es patrimonio de los cristianos, ni de religión alguna. El Reino es la fuerza salvadora de Dios en la historia, para todos sus hijos. Algunos la acogen en su corazón y entran en su corriente de vida, otros no. Así, a los cristianos nos puede suceder que, por un lado recitemos el Credo y, por otro, no seamos capaces de acoger el Reino de Dios.

«Al que tiene se le dará... pero al que no tiene, hasta lo que tiene se le quitará». ¿Qué significado tienen estas palabras? Son demasiado duras para escucharlas en labios de Jesús. Son poco evangélicas. Un dicho antiguo empleado en las zonas rurales decía: *“El que tiene gran patrimonio puede aumentarlo, pero el que tiene poco terminará perdiendo lo poco que tiene”.* Lo entendemos bien, pues hoy sucede lo mismo. *“Los ricos son, cada día, más ricos; y, los pobres cada día más pobres”.*

Pero, ¿qué nos quiere decir el evangelio con esa expresión? Nos dice que los que acogen el Reino y entran en su dinámica irán descubriendo más profundamente su grandeza y su profundidad, mientras que los que no lo han acogido o solo lo han hecho de una manera superficial no entenderán y terminarán abandonando.

Dicho de otro modo: quien aprende a vivir con honradez y con honestidad, descubrirá, con el paso del tiempo, la grandeza de una vida vivida así; quien hace de su vida solidaridad y servicio para los demás, descubrirá una plenitud interior que jamás sospechó al principio; quien se decide a seguir a Jesús y a confiar en su Palabra, descubrirá una alegría tan profunda en su corazón que ya nadie podrá quitársela.

En cambio, cuando nuestra mente y nuestro corazón están *“embotados”* porque no nos vemos más que a nosotros mismos y a nuestros intereses, cuando nos hacemos incapaces de compartir porque lo consideramos perder, cuando no sabemos ver en los otros a iguales y a hermanos,... no sabremos lo que es el Reino, aunque hayamos ido a catequesis, sigamos muchas “devociones” y leamos algún libro de teología. Nos sucede lo mismo: *«tenemos ojos y no vemos; tenemos oídos y no oímos».*

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12,13.16-19): *No hay más Dios que tú, que cuidas de todo.*

Salmo (85,5-6.9-10.15-16a): *«Tú, Señor, eres bueno y clemente.»*

2ª lectura (Romanos 8,26-27): *El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad.*

Evangelio (Mateo 13,24-43): *Dejadlos crecer juntos hasta la siega.*

La pretensión de eliminar a los malos, a los enemigos, en lugar de atajar el mal o el origen de la enemistad, es la consecuencia de creerse los buenos, los que siempre tienen razón. Desgraciadamente, las más de las veces, vemos en el otro, no uno igual que yo, sino otro distinto, un adversario y probable enemigo. No podemos entender que los otros **son como nosotros** y no estamos dispuestos a aceptar que también son nosotros.

Y cuando radicalizamos ese sentimiento de recelo frente al otro, fácilmente se recurre a la violencia para alejarlo hasta eliminarlo. La intolerancia es la base de todos los radicalismos, fanatismos, integrismos y partidismos, sean religiosos, políticos, ideológicos, económicos, culturales o deportivos. La violencia es el arma para defender lo indefendible. Pero la violencia no resuelve los problemas. Eliminar al contrario no es vencerlo, es un asesinato. Hacer trampas para ganar en el juego no es ser campeón, sino un tramposo.

El Reino de los cielos, o sea, el reinado de Dios, ha comenzado en Jesucristo, que encomendó a la Iglesia seguir sembrando la buena semilla del Evangelio. La Palabra de Dios, la buena semilla, está fructificando generosamente en el mundo gracias al esfuerzo de todo el pueblo de Dios. Pero no todo es “trigo limpio”. Hay también “cizaña”, porque no faltan algunos empeñados en sembrar malas hierbas.

Lo vemos también en nuestros días, en que un sedicente laicismo es en realidad una opción antirreligiosa y anticristiana. Pero también en otros ámbitos de la convivencia, además de la religiosa, podemos apreciar esa difícil coexistencia entre el bien y el mal, la derecha y la izquierda, los progresistas y los integristas, los nacionalistas y los separatistas, con pretensiones de tener razón y quitársela a los otros.

En el caso de Jesús, los apóstoles insistían en la conveniencia de arrancar la cizaña para despejar el desarrollo del trigo; pero Jesús aconseja dejarlos crecer juntos. Arrancar la cizaña, acabar con los malos, eliminar al otro, al enemigo es la pretensión de todos los fanatismos, integrismos, fundamentalismos y, en general, de cuantos están convencidos de estar en posesión de la verdad, sea religiosa, política, ideológica, económica, cultural... Y, como siempre, en vez de erradicar el mal, eliminamos a las personas, que creemos malas, impidiendo su conversión y recuperación.

Jesús nos llama a la tolerancia. El trigo y la cizaña, aunque semillas muy distintas, se parecen mucho, cuando brotan y mientras se van desarrollando. Así que hay peligro de que con la mejor intención del mundo (favorecer el desarrollo del trigo) nos carguemos la cosecha. Así que hay que esperar, pero es que, además, en nuestro caso, la verdad se haya muy repartida, como el error, y solo en la interacción de unos y otros, se puede llegar a descubrir el error y hacer que brille la verdad.

Y lo mismo pasa con el bien y el mal. Nadie puede pretender tener la verdad, ni presumir de ser perfecto. El bien y el mal no definen dos tipos de personas distintas (los buenos y los malos), sino acciones, y así se dan dentro de cada uno de nosotros, que somos buenos a veces y a veces malos.

«Todos me parecen tener parte de verdad y parte de error, pero cada cual espía el error ajeno, incapaz de ver el suyo propio.» (Miguel Servet, “La Restitución del Cristianismo”)

La invitación de Jesús a la tolerancia nos exige, en primer lugar, no absolutizar nuestras ideas, ni entronizar nuestros prejuicios, ni creernos más o mejores que los demás, sino reconocer nuestras limitaciones. No en vano siempre comenzamos nuestra eucaristía reconociéndonos pecadores.

Y, en segundo lugar, nos insta a saber apreciar el bien que hay en los otros y a valorar sus razones, sus pensamientos y sus intenciones. No se trata de un rocambolesco eclecticismo, o de un cómodo sincretismo, sino de un sano respeto a nosotros mismos, sin creernos más de lo que somos, y de respeto a los otros, sin menospreciar lo que son.

El justo debe ser humano, y estar a la altura de su humanidad, de la dignidad recibida de Dios, que en el pecado, da tiempo para el arrepentimiento y el perdón.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3,5,7-12): *Un corazón dócil para discernir el mal del bien.*

Salmo (118,57 y 72.76-77.127-128.129-130): *«¿Cuánto amo tu voluntad, Señor!»*

2ª lectura (Romanos 8,28-30): *A los que justificó, los glorificó.*

Evangelio (Mateo 13,44-52): *Se parece a un tesoro escondido.*

Dios, creador de todo cuanto existe, tiene su proyecto sobre el mundo y sus criaturas. Es un proyecto de Amor: *«Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; porque son tuyos, Señor, amigo de la vida»* (Sabiduría. 11,24-26).

La forma más acabada y perfecta de ese proyecto es su hijo Jesucristo, que ha hecho, de la voluntad del Padre, su comida y su bebida, su vida entera. Ha venido a realizar la obra del Padre: *«lo que el Padre quiere yo lo hago»* (Juan, 12,50). Él ha realizado con amor total a sus hermanos el proyecto de amor del Padre. Es el Reino del Padre, el Reino de Dios.

Y de ese plan nos está hablando en estos tres últimos domingos con la fórmula clásica judía: *«el Reino de los cielos se parece a...»* (Mateo, 13,40). Sabemos que el judío evita en lo posible pronunciar el nombre de Dios. “Reino de los cielos”, es, para el judío creyente, el “Reino de Dios”, y para todos los creyentes de todos los tiempos el proyecto de Dios.

Jesús se ha entregado a él con todas sus fuerzas, nos lo da a conocer con el lenguaje sencillo de las parábolas y nos invita a entrar a formar parte de los constructores de ese Reino. Esa fue la pasión de Jesús, y esa es nuestra tarea y nuestro orgullo: ser nada menos que colaboradores gozosos de la obra de Dios, de su proyecto sobre el mundo.

«Sentado en una barca, les habló mucho rato en parábolas» (Mateo, 13,1): Salió el sembrador a sembrar, al sembrar, unos granos cayeron en la vereda.... Un hombre sembró semilla buena en su finca, mientras todos dormían llegó su enemigo y sembró cizaña entre el trigo.... Un grano de mostaza, siendo la más pequeña de las semillas, cuando crece.... Es como la levadura que mete una mujer en medio quintal de harina....

Y hoy nos dice Jesús que el Reino de Dios se parece a un tesoro escondido que, una vez encontrado, es capaz de robarnos el corazón, porque como nos ha enseñado el Maestro: *«donde está tu tesoro allí está tu corazón»* (Mateo, 6,21). Quien lo encuentra se llena de alegría y es capaz de vender todo cuánto tiene, todas sus pertenencias, todas sus cosas aunque sean buenas, para invertirlo todo en la adquisición de ese bien.

«En mi cama, por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré. Me levanté y recorrí la ciudad, por las calles y las plazas, buscando el amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré. Me han encontrado los guardias que rondan por la ciudad: -¿Visteis al amor de mi alma? Pero apenas los pasé, encontré al amor de mi alma. Lo agarré y ya no lo soltaré» (Cantar de los Cantares 3,1-4).

Las circunstancias de la vida de cada seguidor de Jesús son diferentes. El campo que esconde el tesoro es nuestra propia vida, la vida diaria. El tesoro no está a flor de tierra, “está escondido”, y algunos tardamos muchos años en encontrarlo. A lo mejor andamos todavía buscándolo.

En cualquier caso, sabemos que el tesoro existe, y que nosotros no lo buscaríamos si Él no nos hubiese ya encontrado. Aunque en débiles destellos, y a veces en medio de la noche, hemos visto brillar ese tesoro en Jesús de Nazaret, en su vida y en sus palabras, y su luz nos ha animado a seguir caminando hacia el amanecer luminoso de la Pascua, hacia el horizonte último de nuestras vidas.

Y mientras caminamos, nos toca ser tierra buena que da fruto abundante, árbol cuyas ramas acogen a las aves heridas o débiles, sal que da sabor a las relaciones con los hermanos, levadura y fermento de nuestro mundo, trabajadores esforzados y alegres en la construcción del Reino de Dios, ya aquí y ahora. Porque hemos encontrado un tesoro y hemos puesto en Él nuestro corazón.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,1-3): *Comed sin pagar vino y leche de balde.*

Salmo (144,8-9.15-16.17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores»*

2ª lectura (Romanos 8,35.37-39): *¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?*

Evangelio (Mateo 14,13-21): *Dadles vosotros de comer.*

El evangelio que leemos hoy es el relato conocido como la *«multiplicación de los panes»*, aunque para algunos es más acertado el título de *“el reparto de los panes”*.

Jesús se entera de que alguien ha dicho a Herodes que Él, Jesús, es Juan el Bautista, a quien él había mandado asesinar y que ha resucitado; y les pide a sus discípulos: *«Embarquemos y vayamos a un lugar tranquilo y apartado»*. Al desembarcar, se encuentra con *«una gran multitud»* que, de los pueblos, le habían seguido por tierra y se les había adelantado. Jesús al *«verla»*, le *«da lástima»* y se puso a curar a los enfermos.

Se hace tarde; además, se encuentran en despoblado y no habían traído nada para comer. Los discípulos le proponen a Jesús que los despida para que *«vayan a las aldeas y se compren comida»*. Jesús les responde: *-«No necesitan ir a comprar a las aldeas, dadles vosotros de comer.»*

Seguramente quedarían sorprendidos, y en medio del asombro le dicen: *-«aquí solo tenemos cinco panes y dos peces, pero ¿qué es eso para tanta gente?»*. Jesús pide que se los traigan y que le digan a la gente que se sienten. Y tomando los cinco panes y los peces, *«alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición»*; lo repartieron y comieron todos y aún sobró: **¡doce cestos!**

El pan es un término que tiene un significado amplio y profundo. Es símbolo del alimento necesario para vivir. El ser humano depende del pan. Cierto que la vida del ser humano es más que el pan, pero no podemos prescindir de él. Esta dimensión le interesa tanto a Dios que la ha establecido como criterio de salvación: *«Venid, benditos de mi Padre..., porque estaba hambriento y vosotros me distéis de comer»* (Mateo 25,35).

Es expresión del trabajo, esfuerzo, sudor y lágrimas del ser humano para transformar el mundo al servicio de la vida, aunque, por desgracia, en la actualidad es un trabajo oprimido, explotado por el egoísmo y la ambición humana. Hoy día, es más expresión de las necesidades humanas.

Es materia de la Eucaristía y, por tanto, portador de vida divina, del Reino del amor de Dios, que conlleva la promesa de la plenitud de la vida en Cristo resucitado, como hijos y como hermanos en igualdad.

Ante el gravísimo problema y escándalo del hambre en el mundo, la propuesta de Jesús no se sitúa en la perspectiva de las leyes sociales, que están dadas para el beneficio de unos pocos, sino desde la mirada del Padre, expresada en su gesto de *“bendecir”*, esto es, dar gracias a Dios por el pan, símbolo de todo lo que el ser humano necesita para una vida digna de hijos de Dios y de hermanos.

Con este gesto, que se repite en la Eucaristía, sobre el pan y el vino, se quiere significar que los bienes se han de desvincular de sus poseedores humanos para considerarlos como *“dones”* del amor generoso de Dios Padre para todos los hombres, sus hijos.

Compartir significa prolongar la generosidad de Dios. Cuando se liberan los bienes de la creación de los ídolos, que tienen esclavizado al mundo: el poder y el tener, encarnados en la ambición y la codicia, sobrá para satisfacer las necesidades de todos y de cada uno.

La escena de la multiplicación de los panes hace referencia al éxodo. Mateo nos presenta a Jesús como el Moisés que los hombres y mujeres anhelamos y necesitamos, la misión de Jesús incluye la realización de un *“nuevo éxodo”*, de un nuevo proceso de liberación. **Hoy la mayor de las esclavitudes de nuestro mundo es el hambre.** Por eso este episodio sirve de modelo del proceso de liberación que propone Jesús.

La tierra de la esclavitud en nuestro mundo es esta sociedad nuestra, simbolizada en las ciudades y aldeas, de las que procede la gente; allí rige la ley del mercado, simbolizada en el *“comprar”* y, quien no puede comprar, tiene que pasar hambre.

Salir de esta tierra de esclavitud, romper con ese sistema es dar comienzo al nuevo éxodo, es emprender de nuevo el camino hacia la libertad, hacia la tierra prometida, hacia una tierra liberada de los ídolos del poder y el tener, que es lo que genera esclavos, a una tierra fundamentada en el amor y en el compartir.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,9a.11-13a): *Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con el manto.*

Salmo (84,9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Romanos 9,1-5): *Siento una gran pena... por el bien de mis hermanos.*

Evangelio (Mateo 14,22-33): *¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!*

Hombres y mujeres; niños, jóvenes, adultos o ancianos, deseamos estar siempre protegidos, en un lugar desde el cual podamos mirar, tranquilamente a nuestro alrededor y poder juzgarlo sin ser juzgados; sentirnos resguardados (por amigos, por ideas, por marcas, por señas...), allí donde uno se encuentre a gusto. Lo importante es estar en un buen sitio, no en cualquier lugar: ansiamos estar bien sin preocuparnos apenas por el futuro.

Cuando vienen las cargas, los problemas de la vida, las responsabilidades y tareas, dejamos de sentirnos a gusto. Ellas son las que nos empujan a preocuparnos y a preguntarnos **¿Dónde estamos?**, temiendo estar fuera de lugar, sin saber si estamos en uno o en otro sitio. La salida parece clara: si nos sentimos inseguros, hay que aferrarse a algo, a cualquier cosa a modo de bote salvavidas del que podamos disponer cuando todo, a nuestro alrededor, hace aguas y nos hallamos en un mar de peligros.

A un lado y al otro, viento de poniente o viento de levante, del sur ahora, del norte entonces. Nos aferramos al bote: “*al bote*” sonante del dinero; a las “*personas-bote*” de las que chupamos; a una estabilidad que creemos “*tener en el bote*”; a todo “*el bote*” de las normas sociales y a cuanto hacemos para quedar mejor aún, dejándolo “*dentro del bote*”; aparentamos estar “*de bote en bote*” por miedo al qué dirán ellos, los que también están “*embotados*” como nosotros. Así es como creemos estar firmes y saber adónde vamos cuando, muy al contrario, los vientos son los que arrastran la barca, adonde ellos quieran llevarnos.

Echamos pestes de ese “*gentío de los vientos*” que impide estarnos quietos, que nos devuelve continuamente al desconcierto: *Si estaba a gusto con mi trabajo fijo de ocho a tres..., cuando tenía un círculo de gente con la que pasar los sábados noche..., ahora que podía viajar sin preocupaciones..., que me encontraba de salud tan bien..., que no tenía mayores problemas para llegar a fin de mes...,* tiene que soplar el viento otra vez.

Inútil es quejarse, pero inútil es también querer remar contra el viento o agarrarse al frágil trozo de madera que nos zarandea, temiendo siempre hundirse, deseando la tranquilidad muerta que rompe siempre, surcada por vientos, las olas del mar.

¿Cómo no tener un temor profundo frente a las olas que pueden barrerte en un momento? ¿Cómo no sentir miedo ante los vientos que sacuden nuestros frágiles cuerpos? Nuestros vientos, son así de violentos porque alteran nuestras costumbres y seguridades. Todo eso nos pasa sin que podamos controlarlo: nuestra debilidad..., las enfermedades..., las decisiones de otros..., los cambios de planes..., sobreviene inesperadamente y resulta ser inalterable, por lo que nos vemos entonces privados, atados, trastornados, en contra de nuestros deseos.

Como Pedro, creemos que podemos nadar a contra corriente y contra el viento, pero, desalentados, pronto sentimos que nos ahogamos: no tanto porque azoten las olas de dificultades y problemas, sino más bien porque las tememos. Pedro se hunde porque alberga más miedo que confianza.

En medio del mar preferimos nuestro “*bote-salvavidas*”. Elías conocía la voz de Dios y Pedro la del Maestro; pero es más segura la gruta donde refugiarse o la barca que flota y no se hunde, son más reales, más presentes. La voz se olvida o se hace solo un eco (voz fantasmagórica) en el momento del miedo.

Queremos agarrarnos a un lugar seguro, en el que sentirnos a salvo, incluso aunque sepamos que durará tan solo un momento. El Dios de Jesús no es el Eolo que sopla para conducirnos a donde desea o para hacernos naufragar cuando quiere, pero conoce los vientos y los temores, sabe de las dificultades de la vida humana y de sus riesgos. No los levanta ni los acalla. Los encara y está junto a nosotros para que los arrostoremos. Él anda sobre las aguas agitadas y viene en la brisa, bajo el viento, para levantar al que se ahoga y dar calma a nuestros miedos.

Frente al miedo a los vientos, Jesús, no propone la seguridad del bote sino la confianza que da la fe: fe en lo inestable. Escuchar la brisa, caminar sobre el agua, afrontar la crisis, encarar el problema, reconocer las limitaciones o no rendirse en las pruebas, son formas inestables de vivir a las que, sin embargo, Jesús nos amina.

Porque Jesús se encuentra entre los vientos, las olas altas, las dificultades y sus riesgos. Es el Hijo de Dios que no quita nuestros vientos, pero que frente a ellos tranquiliza nuestros miedos, gracias a la confianza en que, aunque intranquilos por la violencia del mar y la fuerza de los vientos, creyendo y sabiendo que Él está con nosotros, no nos hundiremos.

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10ab): *Se abrió en el cielo el santuario de Dios.*

Salmo (44,10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enojada con oro de Ofir.»*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-27a): *Primero Cristo, como primicia.*

Evangelio (Lucas 1,39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

Tal vez en algunas de estas calurosas noches de verano, hayamos tenido la oportunidad y el gozo de tumbarnos sobre la arena de la playa o sobre el césped de algún jardín, para contemplar el cielo estrellado y soñar mil deseos y proyectos. O tal vez cansados de la vida ajetreada y atrapados por las dificultades, hayamos buscado la alegría más allá de las estrellas, esas *«estrellas claras, que brillan en los cielos: ¡Lado, mi Señor!»* Acaso hayamos alzado con el salmista las manos y el alma hacia Dios, pidiéndole: *«que alegre el alma de su siervo, que levanta hacia Él sus ojos, esperando su misericordia».*

“Alégrate, sueña e inventa”. Estos sentimientos casan muy bien con la fiesta de la Asunción de María. Somos muchos, creo poder afirmar que somos un clamor universal, los que soñamos y queremos inventar un mundo diferente. Hombres y mujeres, como tú y como yo, que cada mañana nos levantamos a la tarea diaria, o a la angustia de no tener tarea que llevar al hogar. Otros hay a los que mató la noche y el hambre, antes de llegar a cumplir los cinco años, dicen las frías cifras que entre veinticinco y treinta mil cada noche oscura de la humanidad. Tú y yo queremos participar en ese clamor intolerable.

Hoy cobra más fuerza que nunca eso de *“el efecto mariposa”*. Un suave aleteo aquí es un fuerte viento allá, sobre todo cuando anda por medio el Espíritu. Pequeños gestos, a veces trágicos en su inicio, provocan reacciones inesperadas. En ellas algunos ven y vemos el soplo del Espíritu de Dios, que sopla donde quiere, aunque a veces sea difícil saber de dónde viene y más difícil aún predecir adónde va y adónde puede llevar a los hijos de Dios.

Tampoco faltarán fuerzas que traten de sofocar ese soplo. Son los interesados en impedir que esos movimientos alteren su dominio sobre el mundo y sus criaturas. Son los *“mecanismos perversos”*, las *“estructuras de pecado”*, los *“mecanismos económicos, financieros y sociales”*, denunciados por Juan Pablo II en su encíclica *«Sollicitudo Rei Socialis»*, y que deseáramos que encontrasen mayor eco y desarrollo en la Sociedad y en los Poderes públicos. El ultraje que realizan esos *“entes perversos”* sobre la humanidad pobre, debiera ser la causa más denunciada y combatida por la Iglesia y por quienes creen en Jesús de Nazaret.

Hoy celebramos la popular fiesta de *“La Virgen de Agosto”*, la fiesta de la Asunción de María. Pueblos enteros se alegran hoy al honrar a la que es madre de Dios y madre nuestra. Queremos que esté con nosotros en nuestros pueblos y en nuestras casas. Queremos ser abrazados por su amor de madre. Con ella, y alrededor de ella, también nosotros debemos abrazarnos como hermanos. Eso es lo que ella quiere. Eso es lo que quisiéramos también nosotros.

La oración colecta del inicio de la misa indica muy bien lo que es y lo que debe ser este día para nosotros: *«Dios todopoderoso y eterno, que has elevado en cuerpo y alma a los cielos a la inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo, concédenos, te rogamos, que aspirando siempre a las realidades divinas lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo».* María, la madre de Jesús, ha sido llevada en cuerpo y alma a los cielos, y ella nos precede y acompaña en nuestro peregrinar hasta que *«lleguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo».* Por eso debemos vivir *«aspirando siempre a las realidades divinas».*

María ha respondido a la propuesta divina. María desde el instante de la Anunciación, vivió para la voluntad de Dios y para el servicio a los necesitados: *«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».* Y el evangelio nos dice que María se dirige a la montaña, a un pueblo de Judá, donde vive su pariente Isabel, a la que llamaban estéril, y embarazada ya de seis meses, porque para Dios nada hay imposible.

El evangelio hace notar que María fue *“aprieta”*, presurosa, con diligencia, con empeño. Todo eso significa la palabra que el texto aplica a María. La primera actitud de María, en cuanto Dios entra en su vida, es el servicio al necesitado. María se pone a servir a su prima embarazada. Y con ella permanece unos tres meses, solo después volverá a su casa.

Cuando estas dos mujeres se encuentran y abrazan, nace en ellas, con el gozo del encuentro, la alabanza y el canto *«¡Proclama mi alma la grandeza del Señor...!»*. Y María nos deja un hermoso himno que la Iglesia reza todos los días al caer la tarde, canto que expresa una relación viva con Dios y con el mundo.

Con María, subida en cuerpo y alma al cielo, también nosotros, sin abandonar nuestra tierra, elevamos nuestra voz para clamar: *«¡Abba, Padre, derriba del trono a los poderosos, alza de la basura al pobre, y enaltece a los humildes!»* Ayúdanos a hacer coro con María y a cantarte con ella su alabanza y su solidaridad con sus hijos más queridos, los más pobres y humillados.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56,1.6-7): *Mi casa es casa de oración.*

Salmo (66,2-3.5.6 y 8): *«Oh Dios, que te alaben los pueblos»*

2ª lectura (Romanos 11,13-15.29-32): *Los dones y la llamada de Dios son irrevocable.*

Evangelio (Mateo 15,21-28): *Mujer, qué grande es tu fe.*

Todo se une y todo es razón para acercarnos a Dios. Pero Dios no es siempre el mismo en nosotros. Hoy Dios no es como lo hemos podido sentir en otros momentos de la vida cuando lo hemos identificado con costumbres, tradiciones, formas de vida, rutinas... Dios, siendo igual, se deja captar con diferencias para adaptarse a nuestra evolución personal, a nuestras condiciones vitales.

Los cristianos sabemos algo de esa sabiduría divina que nos hace sentirlo en función de cómo nos vemos y cómo lo necesitamos. A pesar del peligro que entraña prestarse a variar nuestra religiosidad subordinándola a nuestros intereses, tradiciones y sentimientos.

Hoy Jesús nos hace vivir un ejemplo claro y frecuente en su vida y en la nuestra; **el dilema que, a veces, se nos presenta entre lo que nos gustaría que fuera Dios y lo que realmente es.** Dios se presta a cambiar para que lo sintamos más próximo a nuestra realidad cambiante y problemática. Se adapta a nuestra existencia, tan variable, y a nuestra historia, tan dinámica.

Lo hace para permitir nuestro acceso a su presencia y cercanía. Para que entendamos su proximidad de prójimo preocupado. Pero no para prestarse a justificar nuestras posturas y posiciones, intereses e idearios. Dios es pedagogo, no un juguete.

«En nombre de vuestras tradiciones habéis anulado la Palabra de Dios». ¡Tremendas palabras las que dirige Jesús a todos nosotros! Son las palabras que preceden al párrafo del evangelio que leemos hoy en la misa y que confieren sentido a la anécdota que se nos narra con un hondo sentido de crítica y de orientación para las personas que nos decimos “religiosas”.

Es cierto que hay que vivir la fe en el tiempo histórico y las circunstancias de la persona y la sociedad, pero conviene tener claros criterios de hacerla presente y de vivirla en condiciones al tener que decidir y optar entre valores distintos. Es cierto que necesitamos una especie de “*identidad de grupo*” para no disolvernarnos entre la multitud de gentes, razas, culturas y religiones. Es igualmente cierto que necesitamos un referente político y otro económico para orientar nuestras decisiones.

Es, también cierto que los lazos familiares nos aportan un sentido de historia que está dentro de nosotros y refuerza nuestra personalidad. También es verdad que la fe no puede ser dicha ni vivida en palabras intemporales, ni en una cultura universal que no existe, ni en una humanidad abstracta. Debe ser dicha en las palabras con que nos entendemos en cada época, y debe ser vivida en las circunstancias problemáticas de cada generación y traducida, continuamente, a la realidad de cada persona y grupo. Pero no siempre estamos dispuestos.

Los grupos, sobre todo los afectivos, tiran mucho y no siempre permiten pensar con claridad. En ellos está nuestro mundo ancestral, algo así como la entraña colectiva, el útero de donde procedemos y en donde nos sentimos unidos. Los lazos sentimentales enturbian, con frecuencia, nuestra visión. **¿A quién proclamarían muchos andaluces como más importante, a la Virgen del Rocío o a Dios? ¿A quién se encomiendan muchos navarros a San Fermín o a Dios? ¿A quién hacemos más caso en ocasiones, a nuestra opción política más simpática o al Evangelio?**

La conclusión, a modo de anécdota, nos la presenta el evangelio hoy en el caso que Jesús vive personalmente cuando visita una tierra extranjera, fronteriza con su país. Ha discutido agriamente con quienes le echaban en cara su escaso compromiso con sus tradiciones. Ahora, sin estar ellos presentes, pero sí sus discípulos, a quienes les va enseñando criterios para vivir, se presenta la ocasión, con una mujer, extranjera, madre, dramáticamente afectada por su hija enferma, que pide la salud para su hija.

El criterio religioso, a veces, puede ser restrictivo y excluyente. Jesús lo utiliza, precisamente para ridiculizarlo con la ironía más natural del mundo. Echa mano del refranero, elaborado para reforzar las costumbres del grupo, pero la mujer le da la vuelta al mismo refranero y su sabiduría.

Jesús deja otra vez la tradición religiosa para ayudar a la mujer en su situación dramática. Según sus costumbres, no tiene derecho. Más aún, es obligatorio excluirla. Según Jesús, según nuestra fe religiosa, **por encima de cualquier derecho, costumbre o tradición está la persona necesitada.** Es lo más sagrado, lo más importante, lo mejor.

En la aparente claridad, conviene recordar que también nosotros podemos anular la voz de Dios cuando preferimos nuestras tradiciones, costumbres e identidades a las necesidades humanas. Estas son nuestro criterio mayor para situarnos en el mundo.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22,19-23): *Aquel día llamaré a mi siervo.*

Salmo (137,1-2a.2bc-3.6 y 8bc): *«Señor, tu misericordia es eterna»*

2ª lectura (Romanos 11,33-36): *Él es el origen, guía y meta del universo.*

Evangelio (Mateo 16,13-20): *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.*

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?» La pregunta de Jesús invita a los discípulos a desahogarse. Y así, mientras van diciendo lo que dicen que dicen, también van expresando lo que probablemente ellos piensan. Por eso, la segunda pregunta de Jesús, la insistencia, los pone en un verdadero compromiso.

Como nos pasa a nosotros en muchas ocasiones, cuando se trata no de dar opiniones, sino de manifestar la nuestra, la que nos compromete. Todos callan, todos callamos. Pedro se adelanta y expresa su opinión, quizá la de todos, porque seguramente más de una vez lo habían comentado entre ellos. Y, aunque no estaban seguros, lo deseaban. Pedro no lo duda y confiesa: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».*

Jesús se dirige a Simón por su nombre, porque se ha atrevido a decir lo que los otros no. Y lo que ha dicho Simón es más de lo que los hombres podemos decir. Por eso le felicita, porque es el Padre el que le ha inspirado para que hablase con esa seguridad.

Y después del cumplido, Jesús le llama a la responsabilidad. **¡Ya no será nada igual!** Hasta el nombre le cambia: *«Tú eres piedra, y sobre esa piedra firme, voy a levantar mi Iglesia».* Y así Jesús le manifiesta sus planes para el futuro. Todos aceptan la situación y las palabras de Jesús. **¡Pedro será el primero!**

El mismo Pedro, que ha escuchado las palabras de Jesús y se ha dado por aludido, nos escribirá más tarde a los cristianos una preciosa carta en la que nos explica cómo entiende él las palabras de Jesús: no como un privilegio, sino como una responsabilidad que debe compartir con toda la Iglesia.

Por eso nos llama a todos los cristianos *“piedras vivas”*, porque todos formamos la única iglesia de Jesús y Ésta, está sentada sobre un fundamento sólido: **LA FE**. Y todos debemos compartir la misma tarea, todos tenemos una misma y única misión: **AMARNOS COMO HERMANOS, COMO ÉL NOS AMÓ.**

Jesús tranquiliza a Pedro y le da ánimos para que asuma su responsabilidad y la comparta con toda la Iglesia, sin miedo. A todos nos conforta con su asistencia y nos previene contra los peligros y adversidades futuras. Está bien que determinados acontecimientos y situaciones nos preocupen.

Pero, todo puede y debe contribuir a que seamos circunspectos y tomemos buena nota para corregir desviaciones y enmendar pequeños fallos. La promesa de Jesús, el éxito del Reino, es nuestra esperanza y nuestra fuerza, pero no debe ser pretexto para cruzarnos de brazos, pensando que todo irá bien.

Los seglares no podemos seguir siendo solo *“buenos clientes”*, *“piadosos feligreses”*, *“caritativos parroquianos”*, no podemos conformarnos con *“oír misa todos los domingos y fiestas de guardar...”* tenemos que ser responsables y asumir como propio el encargo de Jesús a la Iglesia, a toda la Iglesia.

Somos corresponsables, con la jerarquía, que Mateo deja sentada en su evangelio. En comunión con el Papa, en unión con nuestro Obispo y acompañados por los sacerdotes, tenemos una misión insustituible que cumplir. Así lo reconoció y recomienda solemnemente el Concilio Vaticano II. Y así se manifiesta, constantemente, el papa Francisco: *«No hay razón suficiente para que los diferentes ministerios y carismas sirvan de pretexto para consagrar rangos o categorías, que supongan más y menos: protagonismos, ventajas, privilegios, honores..., entre hermanos, miembros de la familia de Dios».*

Hoy precisamente, cuando abundan las lamentaciones por la falta de vocaciones al sacerdocio, si entendemos los signos de los tiempos, quizá sea -como sugería san Juan XXIII- un buen momento para: *«zanjar la distancia abierta por el clericalismo y recuperar a los laicos».*

Los *“obreros de la viña”* que tanto faltan, no son precisamente ni solo los clérigos o los sacerdotes, sino todos los cristianos, **porque todos somos Iglesia**. Con el fin de superar la ruptura clérigos-laicos y recuperar la unidad y solidaridad de la comunidad cristiana (la verdadera familia cristiana), tendremos que inventar nuevos cauces, nuevos modos, nuevas vías para la *“nueva evangelización”* que preocupa a la Iglesia.

Si queremos ser *“buenos cristianos”*, tenemos que asumir como propio el encargo de Jesús: Pedro es la primera piedra, pero también nosotros somos *“piedras vivas”* y como tales no podemos zafarnos de nuestra obligación, dejando la responsabilidad a los curas, o a los demás.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20,7-9): *Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir.*

Salmo (62,2.3-4.5-6.8-9): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Romanos 12,1-2): *No os ajustéis a este mundo.*

Evangelio (Mateo 16,21-27): *...que cargue con su cruz y me siga.*

Todas las personas que andamos, o hemos andado por el monte solemos seguir el camino pisado por otras gentes. En los nuevos parques de las ciudades unos son los paseos que se diseñan y estrenan al principio y otros los que hacemos los paseantes con el paso del tiempo: unas veces porque se busca el camino más corto y otras porque pensamos que es más lógico trazarlo por ese nuevo paso. Lo mismo sucede con los eventos extraordinarios que acontecen en las distintas etapas de la historia de cada uno de nosotros.

La situación que está viviendo la población en estos últimos años, por la mala gestión y la pésima administración de los recursos naturales, económicos y humanos del planeta, está haciendo saltar el sistema montado para que unos pocos se aprovechen de ellos viviendo muy bien a costa de la mayoría de la población así como de los pueblos del Tercer Mundo, ricos en materias primas de las que las multinacionales se aprovechan para mantener este estado de cosas.

Para que en toda esta situación se pueda producir un cambio es necesario comenzar por el decrecimiento de nuestro nivel de consumo, visiblemente abusivo, que no acrecienta, además, el nivel de felicidad, pues nos está causando serios problemas de relación con el medio y en la vida social.

En este decrecimiento no bajaría nuestro nivel de bienestar si en la base ponemos reglas distintas: recuperando la vida social, el ocio recreativo, el reparto de trabajo, la renta básica ciudadana, la necesidad de reducir las dimensiones de muchas de las infraestructuras, la recuperación de la vida local o, en el terreno individual, la sencillez y la sobriedad voluntarias.

Porque es mucho más importante educar a las generaciones jóvenes en la conquista de la libertad y de la autonomía que en la búsqueda, a cualquier precio, por alcanzar el mayor grado de seguridad apoyados solo en el bienestar económico, en la ausencia de problemas y en la conquista de una imagen escultural, triunfadora y eternamente joven.

Para muchos de nosotros hoy es el último domingo de vacaciones, del tiempo de descanso: sin horarios, sin las obligaciones del resto del año. Y también, en muchos casos, de las relaciones con la familia y con los amigos; con la tierra y con el agua; con Dios y hasta con nosotros mismos.

En este domingo (22 del tiempo ordinario) la Palabra de Dios nos sugiere unas claves importantes para la vida en el curso que vamos a iniciar próximamente y en el que, seguramente, ya hemos pensado al compartir con otras personas en las tertulias veraniegas, lo que venimos haciendo en nuestras comunidades, en los ambientes en los que nos movemos y en las acciones que desarrollamos con otras gentes, en ocasiones puntuales, o de manera organizada durante el curso.

Cuando alguien nos pregunta **¿Qué hemos hecho en las vacaciones?** Solemos echar mano a las maravillas que hemos guardado en fotografías y que rara vez volveremos a mirar; a espacios que quizás no volveremos a pisar o a encuentros con gentes que no volveremos a ver jamás. Sin embargo, habrá habido momentos, espacios y diálogos – relacionados con nuestras opciones fundamentales que nos han fortalecido, renovado y estimulado para seguir creciendo como personas y como creyentes- que no podemos compartir con casi nadie porque pensamos que son normales, personales y que a nadie le importan.

Pero estamos realmente equivocados si pensamos que nuestra historia no le importa a nadie. Nos daremos cuenta de ello cuando somos capaces de reconocer al Señor y a los hermanos al escuchar a cualquier persona que comparte con nosotros, en el camino de la vida, lo que da verdadero sentido a la suya. Así nos ha sucedido, muchas veces, cuando decimos que las buenas fiestas son las espontáneas; las fiestas que surgen en medio o al final de una buena conversación, cuando antes, hemos estado echando unos tragos de vino y comiendo un buen bocata, sin más adornos ni etiquetas ni rituales establecidos.

Es importante y conveniente descubrir **Qué o a Quién** llevamos delante de cada uno: llevamos **¿Las tradiciones familiares...? ¿Las costumbres sociales...? o ¿lo que hace la mayoría...?** Cuando es así, cuando las cosas no salen a nuestro gusto solemos hacer responsables a los demás. Pero cuando delante de nosotros va el Maestro y su proyecto de Reino de Dios, porque hemos escuchado su llamada a seguirle con otros discípulos, la responsabilidad de que las cosas no salgan como deben, será nuestra y..., algo debemos transformar.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33,7-9): *A ti te pediré cuentas de su sangre.*

Salmo (94,1-2.6-7.8-9): *«No endurezcáis vuestro corazón»*

2ª lectura (Romanos 13,8-10): *A nadie le debáis nada, más que amor.*

Evangelio (Mateo 18,15-20): *Si tu hermano peca, repréndelo a solas.*

Después de la enseñanza de Jesús sobre la importancia de “los pequeños” en la comunidad, de tal modo que tiene palabras muy duras contra quienes los escandalizan, y de la parábola de la oveja perdida, dirige la atención a otro problema: la corrección fraterna, nada fácil en nuestro mundo tan conflictivo y en nuestra Iglesia también en tensión. De aquí la importancia de situarla en un contexto evangélico global.

Lo más básico de la misión de Jesús no fue corregirnos, acusarnos, condenarnos, ni siquiera presentarnos una moral mejor; vino para proclamar una **Buena Noticia** por medio de su palabra y de la totalidad de su vida y muerte. Vino a revelarnos que Dios es amor, que Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos, la mejor noticia que jamás el hombre podía imaginar. Todo lo demás viene por añadidura.

Esta es la verdad que en el fondo más necesitamos los humanos. De ella arranca y termina todo. El amor es el sentido de la libertad humana. Dios es libertad absoluta para amar. El camino para alcanzar el conocimiento liberador es el amor: *«Quien no ama no ha conocido a Dios»*. Fuera del amor a Dios y al prójimo no existe verdad plenamente liberadora.

La persona humana puede aumentar y acumular gran abundancia de conocimientos, pero todo ello en nada contribuirá a aumentar en su libertad y en su responsabilidad. Este conocimiento nace de conocer la verdad de que **Dios es amor** y que son libres plenamente los que actualizan la verdad en el amor. Cristo es la verdad, porque es transparencia y actualización del amor del Padre.

El odio no se dirige a las personas, sino a las obras, aunque, dada la compenetración entre personas y obras, también afecta a las personas. Si uno es insensible o cierra los ojos al mal real en el mundo, en su enemigo o en sí mismo, entonces no comprenderá cómo amar a los enemigos, al no comprender la razón de la enemistad. *«El amor auténtico consiste en detestar el mal y adherirse al bien»* (Romanos 12,9).

Por eso, se ama al enemigo, pero se detesta y se combate la injusticia, se lucha por cambiar y sustituir la sociedad injusta por una sociedad justa, la opresión por la libertad, el egoísmo por el amor, la muerte por la vida. El amor al enemigo no oculta, ni olvida la violencia cometida contra las víctimas y tratará de erradicar las condiciones, las estructuras y los procesos que permiten y promueven la violencia. **No es posible el amor sin justicia y sin verdad**. Hay que amar al pecador, pero el pecado hay que erradicarlo y esto, de alguna manera, es un ataque al pecador. Por amor hay que acoger al pecador, perdonarle; pero dicho amor implica también estar dispuesto a imposibilitarle sus frutos deshumanizantes para los otros y para sí mismo.

El amor a los enemigos en nuestro mundo actual es también complejo; ha de integrar y armonizar el amor y la erradicación del mal. El amor a los enemigos de ninguna manera implica que uno encuentre menos aborrecible al mal. La existencia del mal es la verdadera razón de que haya enemigos, y este mal, que es la fuente de la enemistad, es detestado en razón al amor de los enemigos.

El amor a los enemigos no significa que no se tengan, ni significa que se niegue que son enemigos, ni quiere decir que no debamos entrar en confrontación con ellos; puede ser que tales hechos sean el único camino eficaz para evitar los conflictos y combatirlos. Los que mantienen una situación generadora de sufrimiento injusto, de asesinato, son enemigos de todos. Por eso, la única forma de amar a todos, incluidos a los enemigos, es comprometerse en la lucha para derribar el sistema que crea enemigos. Este parece que fue el talante de Jesús: *«ama a los oprimidos estando con ellos, y ama a los opresores estando contra ellos»*.

Desde la perspectiva nuclear del evangelio: *«la verdad en el amor»*, en cuyo horizonte sitúa Jesús sus advertencias y consejos, el motor de la corrección, que debe impulsar al cristiano en nuestro mundo no es el odio, ni la venganza, ni la condena, ni el acusarnos unos a otros, sino el amor, la misericordia y una mirada limpia, por ver en todos los seres humanos hijos de Dios y no enemigos a destruir y eliminar.

La corrección fraterna, para que sea una auténtica corrección, transformadora y creadora y, de este modo, ser levadura y luz de que otro orden es posible, ha de comenzar por lo que algunos llaman “*corrección pasiva*” o “*autocrítica*”; con otras palabras, antes de criticar y tratar de corregir a los otros se debe comenzar por uno mismo, pues solo los que son conscientes de que necesitan una conversión más profunda pueden cumplir la exhortación de Cristo: *«¿Por qué miras la brizna que tiene tu hermano en su ojo y no te fijas en el tronco que tienes en el tuyo?»* Según esta advertencia de Jesús, se trata no tanto de corregir al otro, sino de corregirnos mutuamente y los dos caminar juntos hacia la construcción del orden en el amor, es decir, la fraternidad universal.

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

1ª lectura (Números 21,4b-9): *quedarán sanos al mirarla.*

Salmo (77,1-2.34-38): *«No olvidéis las acciones del Señor»*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre.*

Evangelio (Juan 3,13-17): *para que el mundo se salve por Él.*

La fiesta solemne de “LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ” interrumpe la reflexión continuada del Tiempo Ordinario. Más, en esta fiesta celebramos no tanto el exaltar la cruz física, como el amor de Jesús, manifestado en ese tormento al que le han conducido los poderes de este mundo, por la subversión de valores que su vida y sus palabras, ha provocado y provocarán siempre en el mundo. A ese cambio de valores y de situación se opondrán, con todos los medios a su alcance, los poderes del mal, que mataron al Justo y matarán como a Él a todos los justos que se les quieran oponer.

La respuesta que Dios ofrece a la muerte de su Hijo es la mirada en la fe. Mirar al crucificado elevado en la cruz y creer en Él. Mirar, contemplar, asumir, aceptar adónde llegó el amor de Jesús y hasta dónde debe llegar su servidor cuando decide seguir sus pasos y vivir de acuerdo con sus palabras y criterios: *«Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán. Pero tened valor; yo he vencido al mundo».*

Debemos mirar al crucificado, y contemplar hasta dónde ha llegado y hasta dónde le ha llevado su amor a la humanidad. Mirar largamente, pausadamente y contemplar todo el horror y la injusticia de la situación y cuanto es el amor de su entrega. Allí está nuestro Dios crucificado por las fuerzas del mal y nosotros hemos hecho de la cruz algo glorioso, transformándola en imágenes de oro con alocada rapidez, sin comprometernos, en el fondo, con lo que la cruz significó y sigue significando de crueldad e infamia en nuestro mundo.

Podemos observar tres clases de cruces: La **Cruz** de Jesús, signo de amor al Padre y a su Reino, signo de amor a la humanidad entera. La **Cruz** del discípulo, pero no la que nos ponemos y colgamos, sino la que la vida cada día nos pone encima cuando queremos seguir los pasos de Jesús, sus bienaventuranzas, su estilo de vida, su opción por los valores supremos del ser humano. Y la **cruc** de los crucificados, de las víctimas de cada día, de los hombres y mujeres cuya dignidad es violada por el juicio injusto, como el de Jesús, decidido por los poderosos.

Sí, también hoy. Nuestro Dios muere en la cruz como un malhechor, fuera de la ciudad, expulsado de ella. Jesús fue vencido por unos personajes y unos intereses muy concretos, por unas estructuras de pecado que siguen estando ahí. Y nosotros seguimos exaltando todo eso sin asimilar el misterio de amor, de entrega y también de mal y de pecado que hay delante de nuestra mirada. Parecemos mudos y pasivos espectadores de la tragedia que se está representando en el gran teatro del mundo.

Mientras vivió, Jesús optó por los pobres, los marginados, los despreciados por el pueblo, y se atrajo el odio y la persecución de los poderosos. Será propio de sus seguidores comprometerse a favor de la liberación de los oprimidos, de los crucificados, aun cuando por ello hayan de soportar la incompreensión, la enemistad y la persecución de los poderes del mundo. No es muy difícil hacer la lista de pueblos y personas concretas, ninguna anónima ante su Padre Dios, que siguen actualizando hoy la cruz de su hijo Jesucristo. No caben aquí. Pero tú puedes escribir sus nombres en tu agenda personal, en tu cuaderno de oración y trabajar para bajarlos de su cruz.

No todo se resuelve con procesiones, incienso y cantos religiosos. *«Cristo sigue en agonía hasta el final de los tiempos».* Los poderes de este mundo todavía compran voluntades y comportamientos asesinos. El justo sigue siendo “asesinado”, y hoy son muchas las personas y pueblos enteros que están siendo crucificados, ante la mirada ciega y cómplice de esa otra parte de la humanidad que vivimos plácidamente, anestesiados contra el dolor ajeno. Las fuerzas del mal siguen obrando entre nosotros. Nuestra vida cómoda se ve sacudida por la infamia de la cruz que sufren tantos hermanos nuestros. Ellos apelan a nuestra conciencia y nos piden que les miremos, que no miremos hacia otro lado, aunque a veces esa mirada se haga insostenible, y no podamos ya seguir viendo esas imágenes que hieren nuestra sensibilidad.

Desde la contemplación de Cristo crucificado, desde la mirada llena de fe y de amor a los crucificados de nuestro tiempo, puede llegarnos la salvación. *«Dios ha mirado a su Hijo, rebajado hasta la muerte y una muerte de cruz, y le ha exaltado como Señor de cielo y tierra».* Y con Él, sigue exaltando cada día a cuantos, al mirarle, creen en Él y aman al mundo y a sus hermanos de tal manera que no temen seguir los pasos de su Maestro y Señor, bien ciertos de que más allá del pecado, de la cruz y de la muerte, Dios es su gloria y su destino último y definitivo.

El objeto de nuestra adoración, Aquel al que damos fe y nos mantiene en la fe, Aquel al que confesamos como único Señor, es el Resucitado que fue crucificado. La cruz es el madero del que han colgado su amor y su entrega. La única forma de exaltar la cruz es dejándonos juzgar e iluminar por ella y por lo que significa. A este Cristo muerto y resucitado *«Dios lo ha exaltado, y le ha concedido un nombre por encima de todo nombre»*, único ante el cual doblamos la rodilla llorando de dolor y de esperanza.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,6-9): *Mis planes no son vuestros planes.*

Salmo (144,2-3.8-9.17-18): *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 1,20c-24.27a): *Lo importante es que llevéis una vida digna.*

Evangelio (Mateo 20,1-16): *Los últimos serán los primeros.*

El negocio de Dios somos sus hijos. Su gloria es que todos tengamos vida plena. Su deseo es la felicidad individual y colectiva de todos los hombres y mujeres. Para el Señor, las personas ocupamos siempre el primer lugar. Por ellas se desvive y desvela.

Lanza una y otra vez su mensaje. Llama, convoca, invita, anima... a que todos sigamos los pasos de Jesús, el Ungido, el hombre en plenitud que nos enseñó los auténticos senderos de la vida, los caminos que llevan a la felicidad, desde la cercanía y la pasión por el prójimo.

Él nos sigue invitando a ser trabajadores de su viña, a participar de sus planes, a ser miembros activos de la Iglesia. Él nos envía su Espíritu que nos alienta, transforma y sostiene. La ocupación del Señor son sus hijos, su acción es el amor.

El terreno de la Iglesia es universal. Su misión se extiende hasta los confines de la tierra. La viña de la Iglesia es el trabajo por la justicia y la promoción del ser humano, es la dedicación a los empobrecidos y las víctimas del mundo. Es el amor que construye estructuras de humanización y levanta a quienes están caídos. Es continuar la obra de Dios, que el hombre tenga vida.

La viña de la Iglesia es el anuncio de Jesucristo y su Evangelio. Todo en la Iglesia ha de remitir a Él. La Iglesia es sacramento de Cristo. Sus obras y sus palabras nos lanzan al encuentro con el Hijo de Dios. La vida entregada de los cristianos es el mejor anuncio de Jesucristo en nuestro mundo. El Evangelio no se habla, **¡se vive!** Seguir el encargo de Jesucristo: *«Id a todos los pueblos y haced discípulos míos»*.

La viña de la Iglesia es la edificación de la familia eclesial. Una comunidad de vida y de fe que refleje el amor que Dios nos tiene. Una comunidad plural, universal, utópica y esperanzada. Una Iglesia abierta a todos y con un mensaje claro: *«Dios sigue caminando con su pueblo y nosotros lo hemos experimentado»*. Seguir el aliento del Espíritu: *«Anunciar lo que hemos visto y oído»*.

Y siempre, siempre, en tiempos y en materia, en condiciones y en contenidos. Sobre todo en personas. **¿Incluso con esos que no entran en mis esquemas?** Incluso. El evangelio del domingo pasado (suplido por la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz), nos dijo cuanto teníamos que perdonar la ofensa de un hermano: *«No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete»* y, en este nos dice el pago que debemos esperar por el trabajo que hagamos en su viña.

Esta viña admite más trabajadores. No podemos cansarnos de llamar y de invitar. No podemos conformarnos con quienes ya están. Como en el evangelio, unos comenzaran al amanecer y otros llegarán a la hora undécima. Aquí hay sitio para todos. Además, no podemos renunciar a la aportación que hace cada persona, más allá de su edad, cultura, o afiliaciones. La Iglesia es universal y eso significa, entre otras cosas, plural y abierta.

Dios sigue llamando cada hora, incorporando nuevos trabajadores a su viña y nuevos miembros a su Iglesia. Algunos desde el comienzo de sus días y otros en el ocaso de su existencia. Hay quienes llegan por caminos habituales y otros se incorporan en determinados momentos de su vida.

Hay quienes estuvieron y vuelven y hay quienes han permanecido desde el comienzo de la tarea. Cada persona es diferente y cada uno tiene sus tiempos en la experiencia de la fe y en la participación eclesial. Lo importante es incorporarse y vivir la experiencia de Jesucristo en la vida de la Iglesia.

Dios es *“Buen pagador”*. Es la mayor garantía, Dios desborda siempre nuestras expectativas y supera nuestras previsiones. Hay mucho y para todos. Los trabajadores de la viña, lejos de rivalizar, somos un equipo, una comunidad, una familia, que está llamada a mostrar el amor de Dios con obras y palabras. Ese es el mayor pago: **sentirse parte de esta gran historia de salvación y vida.**

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18,25-28): *Escuchad: ¿es injusto mi proceder?*

Salmo (24,4bc-5.6-7.8-9): *«Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna»*

2ª lectura (Filipenses 2,1-11): *Manteneos concordes con un mismo amor.*

Evangelio (Mateo 21,28-32): *¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?*

¿Cuál de los dos hijos hizo la voluntad del padre. El que dijo «SÍ» pero no fue a trabajar en la viña o el que dijo «NO» pero fue? Esta pregunta que Jesús dirigió a los judíos de su tiempo nos la hace también a nosotros. Traducida y actualizada, podría sonar así: **¿Quién hace la voluntad de Dios, el que dice «SÍ» a Dios con los labios, pero después no trata de vivir la propuesta que nos hace en el evangelio o quien le dice «NO» y, sin embargo, busca vivir, quizás sin saberlo, su propuesta de misericordia y fraternidad?**

La expresión de fe hecha con los labios, ha de ser acompañada por una actitud de amor en la vida; lo contrario es vivir en la contradicción, en la incoherencia. Nos lo sabemos de sobra. Porque **¿de qué sirve decir «creo en Dios» si no busco vivir su amor con los hermanos?** Será entonces una palabra hueca y vacía. **«Creed en Dios es actuar».** La palabra más creíble no es la que se dice con la boca sino con la vida.

En una sociedad con tantas palabras y tantos mensajes contradictorios, en esta sociedad donde el mensaje cristiano ha perdido credibilidad, en parte por nuestra incoherencia, Jesús nos interpela sobre la verdad de nuestra fe: **¿En qué Dios dices creer? Realmente, ¿cuál es el Dios de tu vida?**

Jesús es el camino y es siguiéndole a Él, en el camino de la vida, como hacemos verdad la fe que profesamos. Jesús nos ha revelado que Dios es amor, y lo ha hecho siendo el hombre para los demás, desviviéndose por los demás hasta la entrega de la propia vida. Lo ha hecho **«haciéndose uno de tantos»**, teniendo un corazón compasivo, teniendo **«entrañas de misericordia ante toda miseria humana»**.

Por eso, cuando, siguiendo la invitación que nos hace Pablo en la carta a los Filipenses, buscamos identificarnos con Jesús, con sus sentimientos, con su modo de ser y de estar en el mundo, conseguimos que, incluso sin hablar y antes de pronunciar una sola palabra, nos convirtamos, como Jesús, en Evangelio, en Buena Noticia para aquellos con los que convivimos.

Es viviendo en sus mismos sentimientos como nos convertimos en testigos suyos, testigos del Testigo fiel de Dios, y hacemos que nuestra vida sea, con sus muchas fragilidades y debilidades, irrupción del Reino de Dios en nuestro mundo de hoy. Es viviendo desde sus sentimientos de compasión como nos convertimos en **“relatos de Dios”** en nuestro mundo. **«La solidaridad con el pobre es una de las formas de decir “Dios” hoy»**.

«Si en mi vida omito la atención al otro, queriendo ser solo “piadoso” y cumplir con mis “deberes religiosos”, se marchita mi relación con Dios. Será únicamente una relación “correcta”, pero sin amor. Solo mi disponibilidad para ayudar al prójimo me hace sensible ante Dios. Solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama» (Benedicto XVI “Deus Caritas est”, 18).

«Los publicanos y las prostitutas entrarán en el Reino de Dios antes que vosotros». Debieron sonar muy fuertes estas palabras en los oídos de aquellos que pensaban tener la exclusiva de la salvación porque eran el **“pueblo elegido”** y cumplían la ley. Más aún, el comportamiento de Jesús con estas personas y colectivos les resultaba escandaloso: **¿Cómo se permite un hombre de Dios acogerlos de forma tan amistosa?**, se preguntaban.

Igual de fuertes y proféticas debieran resonar esas palabras en nuestra conciencia cristiana y eclesial para no sentirnos nunca poseedores absolutos de la verdad y del amor de Dios. En Jesús descubrimos que lo primero para Dios es siempre la **«misericordia»**. Un cristianismo y una Iglesia sin misericordia harán camino, pero no tras los pasos de Jesús.

«Qué hermosa es la misericordia de Dios, para nuestra vida...; confiemos en su paciencia que siempre nos concede tiempo para un sincero arrepentimiento.... Su amor es tan grande, tan profundo que siempre aferra nuestra mano y nos sostiene, nos levanta y nos guía.... Dejémosnos envolver por la misericordia de Dios, sentiremos su abrazo, apreciaremos su ternura y seremos también nosotros más capaces de misericordia, de paciencia, de perdón y de amor» (Exhortación del Papa Francisco en el Domingo de la Divina Misericordia).

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5,1-7): *Voy a cantar un canto de amor a su viña.*

Salmo (79,9 y 12.13-14.15-16.19-20): *«La viña del Señor es la casa de Israel»*

2ª lectura (Filipenses 4,6-9): *Y el Dios de la paz estará con vosotros.*

Evangelio (Mateo 21,33-43): *Se os quitará a vosotros y se dará al que produzca sus frutos.*

Los árboles comienzan a perder sus hojas, van quedando desnudos de lo que ha sido su vestido de primavera y han entregado sus frutos para disfrute de todas las personas a las que nos encanta comerlos. El ciclo de la vida volverá a comenzar en el próximo mes cuando los labradores inicien la tarea de la siembra o el mantillo de la tierra alimenten los árboles que viven a su costa.

Este mismo ciclo lo podemos experimentar las personas en las diferentes etapas de nuestra vida: la infancia, la juventud y la madurez; y, en muchas ocasiones, casi cada año o cada curso según tengamos programada la actividad de nuestra vida personal y comunitaria.

Las primeras comunidades de cristianos tenían claro que su objetivo fundamental era el seguimiento de Jesús. Este seguimiento partía de haberse adherido al Maestro que les había presentado una comunidad de vida, de misión y de destino, que les había atraído y seducido por su estilo de vida y por su actuación con todo tipo de necesidades de su entorno. Una comunidad pascual y de puertas abiertas.

Cada uno de ellos era como la viña del amigo, de la que nos habla el profeta Isaías en la primera lectura, alguien a quien Dios en su infinita bondad iba trabajando con el consentimiento del sujeto. Así lo continúa haciendo con nosotros, siempre que hayamos dicho que sí a su invitación para seguirle.

Comunidad de vida y misión. La vida recibida de Jesús crece en una comunidad de seguidores en la que cada cual vamos descubriendo nuestra tarea en la viña que nos han regalado; esa es la misión de cada uno en la Iglesia, siendo cada día testigos fieles de su presencia en el mundo.

Hay ocasiones que en la Iglesia da la impresión de hacer cada uno la misión en nombre propio y no en nombre de la comunidad que nos envía, así es cuando la gente dice: “con este da gusto y no con ese otro que parece que la Iglesia sea suya”.

Comunidad de destino. Si nos mantenemos fieles a nuestros compromisos cristianos, aquellos que hicimos o, mejor, hicieron por nosotros y hemos asumido posteriormente, la vida nos va llevando a descubrir que solo tenemos verdadera vida cuando somos capaces de entregarla, porque solo entonces nuestra vida está unida a la de Jesús y es realmente para siempre: *«he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»*.

Comunidad pascual. Nada hay imposible, para todo hay salida aunque a veces no lo parezca. Esto es lo que pasa cuando sucede algo grave en la vida y lo experimentamos como un gran dolor del que no vamos a poder salir. Casi siempre tiene relación con una grave enfermedad o fallecimiento de un ser querido o la muerte de una relación o de una etapa de nuestra vida.

Pero aparece alguien que nos tomará de la mano, nos hablará al corazón e infundirá ánimo en nuestros pies cansados, en nuestros brazos caídos, y nos dirá: *«hay mucho trabajo en la viña que el Señor nos ha regalado»*.

Comunidad de puertas abiertas. Cada día hay muchas personas que se acercan, por uno u otro motivo, a nosotros, a nuestro grupo o a nuestra comunidad a preguntar, a pedir, a ofrecer, a protestar, a... ¿con qué interrogante se marchan?, ¿con qué tarea?, ¿cuál es la alegría que le hemos aportado?, ¿hemos compartido vida con ellos?

Que la parroquia, nuestro grupo, nuestra comunidad sea una estación de servicios depende de los que estamos en ella, no de los que acuden; vienen porque necesitados de ayuda, quizás solo precisen algo que hay en los archivos, pero podemos sorprenderlos con el regalo (buena noticia) que vivimos en ella.

El hecho de que nuestra vida esté siendo acompañada por muchas personas que, en nuestra parroquia o comunidad, nos regalan cada día las obras de sus manos, nos ha acercado a conocer el amor de Dios; que así mismo lo descubran en nosotros, cuantas personas, por uno u otro motivo, se acerquen a nosotros.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25,6-10a): *Aquí está nuestro Dios.*

Salmo (22,1-3a.3b-4.5-6): *«Habitaré en la casa del Señor por años sin término»*

2ª lectura (Filipenses 4,12-14.19-20): *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

Evangelio (Mateo 22,1-14): *Todo está a punto. Venid a la boda.*

Vivimos como dormidos, enajenados, aislados por las comunicaciones incontenibles, hipotecados por el consumismo imparable, amedrentados por la crisis y sus consecuencias y amenazas. Hace falta recurrir a la utopía, soñar, para despertar y abrir los ojos para darnos cuenta de que así no podemos seguir, que no podemos conformarnos con ir tirando, que no podemos malograr nuestra vida, ni consentir que hipotequen igualmente nuestro futuro.

Pero no basta con abrir los ojos, hay que poner manos a la obra. El futuro depende de que no todo quede en un hermoso sueño, sino que sea el hermoso despertar de la responsabilidad. Cada cuál, está en una situación distinta, lo que hace que también sea distinta la respuesta que dé. El concierto debe comenzar ya, más lo importante es que cada uno toque el instrumento que le ha correspondido, pero todos siguiendo la partitura fijada.

El Reino de los Cielos. Con estas palabras se quiere expresar, como aparece en el padrenuestro, la voluntad de Dios, el plan de Dios, el sueño de Dios para sus criaturas y de modo especial para los seres humanos. Porque Dios, desde el principio, desde la creación, hizo las cosas con un plan, con una ilusión, soñando con un mundo hermoso tal y como salió de sus manos y con una humanidad feliz, capaz de compartir y disfrutar de todas las maravillas de la naturaleza, pero sobre todo de saberse hijos de Dios e ilusionados con la vuelta a la casa del Padre.

Jesús quiere hacernos comprender de qué se trata, para ilusionarnos y animarnos ya desde ahora, y así compara el Reino de los Cielos con un gran banquete de bodas, el que prepara un gran rey para celebrar por todo lo alto la boda de su hijo.

Difícilmente encontraríamos otra imagen más sencilla para expresar el gran sueño de Dios. El banquete es siempre el centro de todas nuestras fiestas y celebraciones. Comer y conversar, juntarnos y pasar las horas en armonía, con paz y alegría, todos los familiares y amigos, sigue siendo nuestra aspiración. Eso que llamamos la Felicidad.

Pero se queda corto el banquete que el rey dispone para la boda de su hijo con el que Dios ha preparado para recibir a todos sus hijos. Dios invita, y su invitación está siendo cursada a todos los hombres, sin excepción. Tal es la misión de la Iglesia, nuestra misión.

Es inimaginable lo que Dios nos tiene reservado, pero habría que tratar de hacer alarde de imaginación a veces para que nuestra esperanza no se quede en vana ilusión. Es lo que Jesús trata de hacer en la parábola. Es lo que nosotros tratamos de creer con la gracia de Dios.

La parábola tiene un mensaje que no queremos olvidar, porque es hermoso, pero que tampoco nos decidimos a tomar en serio y ponerlo en marcha, porque nos parece increíble. El evangelio llama la atención de que algunos invitados no tomaron en consideración la invitación de Dios.

Mateo expone las vanas excusas del pueblo elegido, el evangelio subraya también nuestras excusas para no tomar en serio la voluntad de Dios: Demasiadas preocupaciones, demasiadas tareas, y sin tiempo para lo único necesario. *“Nos consideramos dichosos porque nos acercamos a la comunión en misa, pero no acabamos de comprometernos a compartir el bienestar y las cosas con todos, con los que no tienen nada, con los que malviven o viven sin esperanza”.*

Resulta sorprendente que, después de tantos esfuerzos del Padre de familia por llenar el banquete de invitados, luego eche a algunos porque no van vestidos para la ocasión.

Buena advertencia para todos nosotros, que vamos a comulgar con frecuencia, para que no olvidemos revestirnos de misericordia y empeñarnos con todas las fuerzas y por todos los medios, toda la vida, hasta sentar a la mesa a todos los pobres y necesitados. **Ese día empezará ya el banquete.**

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45,1.4-6): *Yo soy el Señor y no hay otro.*

Salmo (95,1 y 3.4-5.7-8.9.10a y c): *«Aclamad la gloria y el poder del Señor»*

2ª lectura (Tsalonicenses 1,1-5b): *Él os ha elegido.*

Evangelio (Mateo 22,15-21): *Dad a Dios lo que es de Dios.*

En todos los ámbitos de la vida, para todo aquello que hacemos mal buscamos otros responsables. En demasiadas circunstancias no asumimos nuestro grado de responsabilidad social y cerramos los ojos ante quienes lo pasan mal. Es una evasión de nuestras responsabilidades. Jesucristo, el Señor, no miró a otro lado sino que hizo suyas las necesidades que descubrió en su entorno. Con especial fuerza denunció los intentos de suplantar a Dios por parte de las autoridades religiosas y políticas. Su mensaje fue claro: *«solo Dios es Señor»*. Y fue llevado a la cruz.

En el evangelio se afirma con rotundidad: *«al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»*. Muchos han utilizado este texto para levantar una barrera entre la religión y la vida social y política. Lo de Dios quedaba para el ámbito privado, reducido al interior de los templos y sin incidencia social. Nada más lejos de la realidad. Jesús de Nazaret fue el primero que se ocupó de las cosas de todos: fue cercano con los que sufrían, se relacionó con los excluidos y denunció los atropellos de los poderosos.

La autoridad política debe tener criterios éticos; está llamada a promover valores humanos y morales; tiene que emitir leyes justas y actuar conforme al bien común. Su tarea es el servicio de la sociedad civil y una preocupación especial por los más necesitados. Pero, enteramente, el hombre solo puede someterse a Dios. **Dios es el único Señor.**

A lo largo de la historia muchos han pretendido desbancar a Dios y se han presentado como tales. Césares que querían ser dioses y negaban a Dios su lugar y su ser. En ocasiones se ha tratado de ideologías, culturas, razas o estados. Su intención es clara: tener poder absoluto sobre las personas y las cosas.

Pero **solo Dios es el Señor**. Un Dios de vida y misericordia, un Señor que camina con su pueblo, que alienta, libera y perdona. Un Dios que sufre, que ama, que tiene entrañas de misericordia. Un Señor que se compadece y que pone a la persona en primer plano. Con un Dios así no hay que buscar otros señores, sino dejarnos tocar por Él y poner nuestra vida y la de nuestro mundo en sus manos.

Dios es Amor y otorga un nuevo horizonte a quien se ha encontrado con Él. Es la fe, el encuentro de Dios y las personas. Una experiencia radical en la que todo lo demás pasa a un segundo lugar, incluso los poderes humanos. Esto no significa una ruptura del cristiano con la sociedad sino un nuevo horizonte: **todo es de Dios.**

Lo propio de Dios es el amor, y este AMOR, incluso en la sociedad más junta, siempre será necesario: *«Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo»*. Es el amor hecho vida y aplicado en las circunstancias de sufrimiento. Es el gesto del samaritano que vio a un herido, se bajó de su cabalgadura y cargó con él, aliviándole y cuidándole. Es el lavar los pies de los que sufren. Es el partir el pan con el necesitado.

Nosotros nos sentimos trabajadores de Dios, no adeptos del César de turno. Nuestra respuesta es la fe, que aporta un nuevo horizonte de vida y acción. Como escribe Pablo a los tsalonicenses, nuestra vida se apoya en una fe activa, un amor comprometido y una esperanza firme. Una fe que rompe las barreras de lo privado para convertirse en signo de vida. Un amor que se compromete con quienes están en el fango de pobreza para rehabilitar su vida. Una esperanza que lucha contra todos los elementos para convertirse en signo de novedad y construir otro mundo posible... y NECESARIO.

Las cosas del César no son las de Dios. Pero las cosas de Dios incluyen las del César. La fe no puede quedar al margen de la vida de las personas, de las situaciones que atraviesan los pueblos y de las necesidades de nuestro mundo. No podemos olvidar que en la política o en la economía está en juego el hombre, y donde está en juego el hombre, hay que escuchar y obedecer a Dios por encima de todas las cosas. La autoridad civil tiene mucha tarea que hacer, pero los cristianos tenemos un horizonte nuevo que seguir aportando: el Amor.

La Iglesia, lejos de desentenderse de nuestro mundo, está llamada a aportar la justicia y el amor en la construcción de un mundo nuevo. Las cosas de Dios son sus hijos, especialmente los que sufren. La preocupación de los cristianos ha de ser la misma: vivir al DIOS-AMOR desde la cercanía a los necesitados.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22,21-27): *¿y dónde, si no, se va a acostar?*

Salmo (17,2-3a.3bc-4.47 y 51ab): *«Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza»*

2ª lectura (Tsalonicenses 1,5c-10): *que nos libra del castigo futuro.*

Evangelio (Mateo 22,34-40): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Siempre me ha llamado la atención la continuación que Lucas añade al texto del evangelio que se proclama hoy: *«El jurista, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: -Y ¿quién es mi prójimo?»* (10,29). A la que Jesús contesta con la maravillosa parábola del Buen samaritano. Hasta que, en una ocasión, preparando la catequesis para un grupo de confirmación, surgió la siguiente reflexión:

*“Mi prójimo es toda la gente del mundo. Mi prójimo es mi esposo (novio), mi novia (esposa), mis hijos, los suegros, los parientes, los amigos, los vecinos, los de mi pueblo, los del pueblo de al lado, mis compañeros de trabajo, mis empleados, mi jefe. Mi prójimo es también, los que no me caen bien, los que me han hecho alguna maldad, los que hablan mal de mí. Todos los hombres somos **HIJOS DE DIOS**: los buenos, los malvados, los simpáticos, los pesados, los pobres, los ricos, los que creen lo que yo y los que tienen otras ideas. ¡Todos! **“TODOS son mi prójimo porque TODOS los hombres somos hermanos”** y Cristo nos enseña que debemos amarnos unos a otros y nunca hacernos el mal. Pero sobre todos son aquellos que más me necesitan”.*

Al anunciar el Evangelio, la Iglesia, todos los cristianos, tenemos que tomarnos en serio la vida humana en sentido pleno. No es aceptable que, en la evangelización se descuiden los temas relacionados con la promoción humana, la justicia y la liberación de toda forma de opresión. En esta evangelización, siguiendo los pasos de su Señor, la Iglesia ha mostrado siempre una especial disposición por los más pobres, los más débiles, con frecuencia los más dispuestos al anuncio de la Buena Noticia.

Cristo, el Señor, al comenzar su actividad, se aplica a sí mismo las palabras de Isaías: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres»*. En las palabras y en la acción de Jesús, “evangelizar” y “pobres” van íntimamente unidos. Así aparece en el texto evangélico, tanto en la sinagoga de Nazaret, como en la respuesta de Jesús a los discípulos de Juan: *«Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. Y dichoso el que no se escandalice de mí»*. Con frecuencia se pasa de puntillas sobre esta bienaventuranza de Jesús. *«Dichoso el que me acepta como soy, y no se siente defraudado por mí»*.

A lo largo de la vida de la Iglesia esta preocupación por los pobres ha estado siempre presente, desde las enseñanzas del Maestro y los escritos del NT.: *«si uno tiene de qué vivir y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra sus entrañas, cómo va a estar en él el amor de Dios»* (1 Jn 3,17), hasta nuestros días. Textos, cartas y homilias de los Santos Padres, como la de san Juan Crisóstomo: *«¿Quieres de veras honrar al cuerpo de Cristo? No consientas que esté desnudo. No le honrés con sedas en la iglesia, dejándole perecer fuera de frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: «Esto es mi cuerpo», afirmó también: “Tuve hambre y no me disteis de comer”»*; san Juan de Dios expresaba: *«Haced bien por amor de Dios, hermanos míos»*; Francisco de Asís, identifica en su persona evangelio y pobre, *«desposándose con la dama pobreza»*; Vicente de Paúl les decía a las Hijas de la Caridad: *«Sólo por tu amor, por tu amor únicamente te perdonarán los pobres el pan que tu les das»*; y tantos otros.

San Juan XXIII, en un mensaje a todo el orbe católico, se expresó así en vísperas del Concilio: *«La Iglesia se presenta como es y quiere ser, como la Iglesia de todos y particularmente, la Iglesia de los pobres»*; Pablo VI en su Evangelii nuntiandi, 31, afirma: *«Desinteresarse de los problemas temporales de la humanidad significa “ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor al prójimo que sufre o padece necesidad”»*; Benedicto XVI nos invitó a *«contribuir a la mejora de las condiciones de vida de las personas en países en los que son más graves los fenómenos de pobreza, malnutrición, sobre todo infantil, enfermedades, carencia de servicios sanitarios y para la educación»*; porque también esto forma parte de la misión de la Iglesia; y el Papa Francisco en su mensaje para la jornada del Domund de este año que celebrábamos el pasado domingo nos dice que: *«La alegría del Evangelio nace del encuentro con Cristo y del compartir con los pobres»*.

El mandamiento del Amor, formulado por Jesús, renueva necesariamente la actitud que adoptamos con nosotros y con los demás: dejarse querer y querer están por delante de cualquier obligación, y nos obliga a actuar con amor y por los que más lo necesitan.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4,9-14): *Vi una muchedumbre inmensa.*

Salmo (23,1-2,3-4ab,5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *Todo el que tiene esperanza se purifica.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *de ellos es el reino de los cielos.*

Jesús de Nazaret, a quien los creyentes confesamos como «**Señor**», le dijo a sus discípulos, unas palabras totalmente novedosas, las conocemos como «**El sermón de la montaña**». Es verdad que en el Antiguo Testamento ya aparecen las “bienaventuranzas”, en ocasiones junto a las “malaventuranzas”. El género literario bienaventuranzas no es, por tanto, original de Jesús, como tampoco lo fueron las parábolas. Entonces, **¿qué es lo original de Jesús?**

¡El mensaje! Jesús sueña y anuncia un “*mundo al revés*” de cómo se pensaba; o mejor, “*otro mundo posible*”. Todos diríamos fácilmente: “*bienaventurados los que tienen mucho dinero*”, “*bienaventurados los que son famosos, o son guapos, o tienen salud*”. Pero Jesús sueña y anuncia, de parte de Dios, un Reino en el que los que tienen un corazón sencillo, limpio, generoso, libre, pacífico y alegre son los que de verdad han encontrado el tesoro de la felicidad.

Decimos con frecuencia que toda persona quiere ser “*feliz*”, y es verdad. Pero **¿dónde está la verdadera felicidad?**, no la engañosa, ni la de “*portada de revista*” ni la glamurosa. El camino por el que nos invita Jesús a que le sigamos es el del Evangelio.

Estamos llamados a la Vida. **¿Por qué no decirlo?** Los creyentes no somos solo “*discípulos*” de Jesús, sino que hemos recibido con alegría la certeza de que por el Espíritu Santo hemos sido constituidos «**hijos de Dios**». Esta certeza nos abre una nueva puerta: no somos discípulos “*acomplejados*”, que llevamos el seguimiento como un compromiso voluntarista que no sabemos si tiene futuro o no.

Hoy en día, decir “*laico*” parece que es opuesto a religioso o creyente, cuando no es así, se puede ser un “*laico creyente*” no son términos excluyentes. Las personas tenemos tendencia innata a olvidarnos de los sentidos originales de las cosas, de sus etimologías, y las palabras vuelan libres. Etimológicamente la palabra laico viene del griego y quiere decir “*pueblo de Dios*” y en sentido histórico y sociológico, se usa para distinguir en el pueblo de Dios a las personas con órdenes sagradas o con votos, de las personas que no los tiene: unos son “*clérigos*” o “*religiosos*”, mientras que los otros somos “*laicos*” (algún “*gracioso*” que riendo saca punta de cualquier cosa diría que “*laico es el que está «al laico del cura»*”).

Por el Espíritu sabemos, nos dice san Juan, que **YA** somos hijos de Dios, pero que todo no se acaba en esta certeza, que podría sonar a simple consuelo, ¡no! somos hijos con futuro; nuestro destino es la VIDA, con mayúsculas; nuestro futuro está en Dios y con Dios; nunca fuera de Dios o al margen de Él. Tenemos la certeza de vivir como hijos amados, como discípulos del Señor, pero nuestra misión se proyecta al futuro: «**aún no se ha manifestado lo que seremos**».

Estas reflexiones, sin duda religiosas, nos hablan de Jesús y de Dios. Pero la Palabra de Dios hoy nos ayuda a matizar más. La victoria definitiva, el triunfo sereno, el éxito final, el logro de nuestros proyectos **¿es obra nuestra?** El libro del Apocalipsis nos presenta a Cristo: Él es, el cordero degollado, Él es el que entregó su vida por amor, Él es el que reconcilió en sí a toda la humanidad. Él es el protagonista de la Victoria que se abre ante todos nosotros.

La fiesta de «**Todos los Santos**» así nos lo recuerda. Es la memoria agradecida y provocadora de tantas personas buenas que han sabido ser cristianos de a pie y santos de a caballo; tocando el barro humano cada día y bendiciendo el nombre de Dios con sus labios. “*Santos anónimos*” que quizá nunca subirán a los altares, pero que son santos de verdad.

Mujeres y hombres, desconocidos para el gran público; personas sencillas y buenas, que gastan su tiempo, sus energías y su dinero en “*hacer el bien sin mirar a quién*”; que lo hacen con una sonrisa y una bendición y que luego, más tarde, cuando se retiran para descansar al final del día, pronuncian un “*gracias, Dios mío*”, agradecido y sincero.

La “*santidad*” no es solo alcanzar “*grados altísimos*” en la virtud humana, sino asociarse íntimamente a Cristo, el Señor, el Cordero y a su Victoria.

TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

1ª lectura (Sabiduría 3,1-6.9): *Los fieles a su amor seguirán a su lado.*

Salmo (26,1.4.7 y 8b y 9a.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (Romanos 8,14-23): *aguardando la hora de ser hijos de Dios.*

Evangelio (Juan 6,37-40): *y yo lo resucitaré en el último día.*

La muerte es un acontecimiento que atañe a todo hombre sin excepción, aunque ignoramos el día y la hora; de lo único que estamos verdaderamente seguros es que llegará puntualmente a la cita. Pese a esta certeza, el hombre adopta no raras veces una aptitud de evasión ante la muerte. Los mortales nos preocupamos tanto de sepultar los pensamientos de muerte como de enterrar a los muertos. Se da una represión de la muerte y hablar de ella no es de buen gusto; se considera morboso, rozando lo macabro.

Existe un ansia de vida en el ser humano; un ansia de vida en felicidad y salud. Más, por muy justificados que estén estos deseos, la experiencia cotidiana nos muestra que la vida está entremezclada de sufrimientos, enfermedades y desgracias y, que finalmente la vida es aniquilada por la muerte. En medio de la vida, de los planes y preocupaciones uno es arrancado de raíz. **¿Adónde iremos? ¿A la nada?** La fe corresponde a esta nostalgia de vida, con una vida que no acaba con la muerte.

La fe cristiana nos dice que la muerte no es lo definitivo. Dios ha resucitado de entre los muertos a su Hijo y nuestro hermano y así resucitará también a nosotros. Jesucristo mismo es el fundamento de nuestra fe y esperanza en la resurrección. Dios, que es poderoso, puede disponer sobre nuestro destino y puede preservar nuestra vida de la aniquilación. Y lo puede hacer como lo ha mostrado en el ejemplo de Jesús de Nazaret.

Así, creemos y esperamos que a pesar de la necesidad de morir, con la muerte corporal no caeremos en la nada. La muerte es dura, seria y triste; pero la muerte no es aniquiladora en el sentido literal de la expresión. Y por eso esperamos que nuestra vida no acabe con la muerte, sino que Dios nos dé vida para siempre, una vida de gozo y paz.

Esta profesión de fe la ha expresado muy bien Cesáreo Gabarain con el conocido canto que compuso a la muerte de su padre: *Tú nos dijiste que la muerte no es el final del camino, que aunque morimos, no somos carne de un ciego destino. Tú nos hiciste. Tuyo somos. Nuestro destino es vivir siendo felices contigo, sin padecer ni morir.*

En el evangelio, escuchamos decir a Jesús: *«Todos los que me da el Padre vendrán a mí, y yo no rechazaré nunca al que venga a mí.»* Con todos nuestros defectos y pecados estamos aquí, con Jesús. Nuestro camino, el cristianismo, viene de lejos –el cristianismo de todos, en Iglesia, y el de cada uno en particular–. Y para caminar hemos puesto de nuestra parte, hemos tomado la decisión de caminar; pero de un modo insospechado hemos sido y somos animados por Dios, por su Espíritu, para que acojamos a Jesús y lo sigamos.

Nos lo dice san Juan: *«Todos los que el Padre me da vendrán a mí.»* Es el Padre el que nos pone en el camino de Jesús. Quien anima nuestra vida y nuestra fe es Dios mismo. Y si hemos avanzado hasta aquí, tengamos la confianza firme de que Jesús nunca nos echará de su lado. El cristianismo no está hecho para puros y perfectos sino para pecadores que se confían a la incondicionalidad del amor de Jesús. No olvidemos nunca estas palabras: *«Y los que vienen a mí nunca los rechazaré.»* Pase lo que pase, Él estará a nuestro lado. No nos echará de su lado. Jamás.

También hemos escuchado decir a Jesús: *«Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.»* En esta afirmación resuenan, como un eco, otras palabras suyas: *«Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo»* (Jn 3,17). La misión de Jesús no es condenar, sino salvar; no es olvidar, sino no perder a nadie; no es echar, sino acoger incondicionalmente.

En este día, las palabras de Jesús dirigen nuestra mirada hacia un horizonte sin límites. Sus promesas acogen y llevan a una plenitud insospechada nuestros deseos de vivir. En Él se desmoronan todos los límites. Él es la resurrección y la vida. Desprendámonos de los miedos y ganemos en confianza. Creamos en Jesús.

DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN

1ª lectura (Exequiel 47,1-2.8-9.12): *darán cosecha buena.*

Salmo (45,2-3.5-6.8-9): *«El correr de las aguas alegra la ciudad de Dios»*

2ª lectura (1ª Corintios 3,9c-11.16-17): *Y el Espíritu habita en nosotros.*

Evangelio (Juan 2,13-22): *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.*

La fiesta de hoy nos recuerda que Dios ha plantado su tienda entre nosotros. Él nunca se ha desentendido de la humanidad. En la Biblia lo descubrimos activo, implicado con su pueblo, que sufría la opresión y la esclavitud; nunca lo dejó de la mano sino que lo acompañó en el camino hacia la libertad.

En ese camino hubo incoherencias, y la alianza quedó rota ante otros dioses. Incluso los ritos religiosos llegaron a ocultar la presencia viva de Dios. Entonces suscitó profetas que denunciaban su mediocridad y les hicieran volver a la Alianza.

Pero Dios quiso plantar su tienda entre nosotros. Su hijo Jesucristo es el auténtico templo de Dios. Es el camino, la verdad y la vida que nos conduce hacia el Padre. Es el nuevo Templo, el lugar de encuentro entre Dios y el hombre. Los demás templos son de piedra. Jesucristo es el auténtico Templo de vida.

El templo donde hoy celebramos la Eucaristía, las iglesias de nuestras ciudades y pueblos, desde la más sencilla hasta la catedral más ricamente construida, nos tienen que remitir al auténtico Templo que es Jesús. Sin Él los demás templos no tienen ningún sentido, sólo son edificios de piedra.

El hombre es el templo santo en el que Dios habita. Cada persona y todas las personas somos edificio y templo de Dios. El cimiento es Jesucristo, pero cada uno es protagonista en la edificación del templo de su vida. La historia particular, las personas que vamos encontrando en la vida, los acontecimientos vividos, y tantas cosas más... son las piedras determinantes en la construcción de nuestra propia persona.

Para levantar esta construcción es necesario crecer en libertad, estar abierto a la interpelación de la comunidad, dejarse afectar por los acontecimientos y reconocer que el Espíritu es garantía de esta empresa. Así iremos edificando una existencia en plenitud sobre el cimiento de Jesucristo, desgranando la riqueza de la vida y descubriendo la bendición de Dios.

Cuando miramos a nuestro mundo vemos vidas amenazadas gravemente por la pobreza y la exclusión, por la violencia, la enfermedad, la falta de afecto o compañía. También estas vidas son templo de Dios... pero son templos "profanados". Son situaciones que se pueden evitar y cambiar.

En una humanidad que pide justicia, descubrimos un terrible abismo entre quienes viven en la abundancia y los que viven en la miseria; en un mundo que clama paz, encontramos demasiadas personas bajo el signo de la violencia; en una cultura que aspira a la igualdad, reconocemos que hombres y mujeres no tienen las mismas posibilidades; en un mundo globalizado, vemos pueblos enteros marginados por falta de recursos económicos, necesarios para afrontar la vida. "Esas personas también son templo de Dios".

El templo es un lugar de vida y bendición. En él nos reunimos para compartir la Palabra y celebrar los sacramentos, expresión viva de un Dios apasionado por la humanidad. Nuestras iglesias están llamadas a ser signo de vida en un mundo que necesita manantiales de justicia y compromiso que generen ríos de solidaridad. A la vera de nuestros templos también crecerán toda clase de frutos y cosechas si, más allá de compartir ritos, celebramos la vida y la fe que nos une a todos los creyentes.

San Juan XXIII, hablando de la parroquia, afirmó que: *«es la fuente de la aldea a la que todos acuden a saciar su sed»*. Todos tenemos que hacer de nuestras comunidades y parroquia ese manantial de vida donde estemos a gusto, nos comprometamos a anunciar y vivir el Evangelio y vivamos y celebremos la fe en comunidad. El Espíritu desbordará nuestro compromiso y lo multiplicará con frutos abundantes.

Celebrar la dedicación de la Basílica de Letrán es expresar la comunión de todas las comunidades cristianas con el Papa. Toda la Iglesia se siente unida en la misión de Jesucristo: *«anunciar el Evangelio y colaborar en la extensión del Reino de Dios»*. Es el sentido y la misión de toda la Iglesia: la experiencia de encuentro con Jesucristo, el Templo de la nueva Alianza, que nos hace cooperadores y partícipes de la misión.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 31,10-13.19-20.30-31): *que sus obras la alaben.*

Salmo (127,1-2.3.4-5): *«Dichoso el que teme al Señor»*

2ª lectura (Tsalonicenses 5,1-6): *estemos vigilantes.*

Evangelio (Mateo 25,14-30): *Eres un empleado fiel y cumplidor.*

Dice una famosa canción ranchera; “*La vida es la ruleta en que apostamos todos*”. Lo que es una sutil manera de reconocer que no hay nada que hacer, que tenemos que darnos por vencidos y declinar toda responsabilidad. Pero la vida, contrariamente a la canción, no es una ruleta, no es azar, sino decisión, responsabilidad. Sin embargo, también en la vida hay que apostar; mejor dicho, hay que arriesgar. Lo cual solo es posible si nos liberamos del pasado, nos desenredamos de las trampas del presente y continuamos con ilusión y esperanza hacia delante.

El “*conservador*”, el que da por supuesto que lo mejor es siempre lo que tenemos, evita cualquier riesgo, convencido de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Es la misma actitud de todos los fundamentalistas, los integristas, los radicales, los tradicionalistas que siempre miran el futuro con miedo, como una amenaza del presente y no como apertura, claridad, ilusión, vocación.

Los radicalismos, en la medida que son una vuelta a las andadas, es decir, al pasado, en vez de una vuelta a los orígenes, son la tentación de todas las estructuras de autoridad incluidas las eclesiásticas. Las ilusiones que despiertan las promesas que inundan las campañas electorales, así como las que un día levantó el anuncio y celebración, del Concilio Vaticano II, dejan paso a la decepción y angustia de los que ven cómo todo va quedando, poco a poco, en aguas de borrajas.

Lo malo es que las frustraciones que sentimos y vamos acumulando a lo largo de los años, al comprobar cómo se truncan las ilusiones y se erosiona la esperanza, acaban por empujarnos al triunfo más fácil, como es encaramarnos al carro de los triunfadores en lo que sea. Resulta sintomático con qué multitudinaria alegría se celebran los triunfos de nuestro equipo de fútbol, del tenis, de las motos, de lo que sea. Nos apropiamos del triunfo de los triunfadores, tal vez, para no cargar con el esfuerzo de hacer frente a nuestras propias metas. Es más fácil “*indignarse*” que trabajar para erradicar la causa de la indignación.

San Pablo, ante «el día del Señor», nos llama a la vigilancia y nos recomienda no quedarnos dormidos como tantos otros, es decir, no cruzarnos de brazos, a verlas venir. Y, en la parábola de los talentos, que nos proclama el evangelio de hoy, Jesús nos enseña cómo esa vigilancia debe ser activa, como también nos lo expuso en la parábola de las diez vírgenes con las lámparas de aceite que hubiésemos reflexionado el pasado domingo (interrumpido por la fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán).

Hay que tener los ojos bien abiertos para no dejarnos engañar, pero hay que tener las manos ocupadas en hacer el bien. Tenemos que sacar “*rentabilidad*” de todos los dones que hemos recibido, de todas nuestras cualidades y posibilidades. Pero esa rentabilidad no hay que medirla en provecho propio, sino en beneficio y servicio a los demás.

Una cosa que aparece muy clara en la parábola de los talentos es lo mucho que recibieron los empleados. No importa el número, uno o dos o tres, que es una manera de decir que cada uno hemos recibido mucho. Lo importante es que se trata, pues era la moneda más apreciada en aquel tiempo, de una cantidad incalculable. Lo que significa que, aunque cada cual recibe lo suyo, todos recibimos de sobras para poder realizar en el mundo la voluntad de Dios, trabajando por el Reino de Dios y su justicia, comprometidos con la causa de los pobres y el bienestar y la felicidad de toda la familia humana, sin excepciones ni fronteras.

Es la segunda lección de la parábola. Los dos primeros ponen en juego sus talentos, los dones recibidos de Dios, y le sacan el doble de rendimiento. No se trata solo de que se beneficien ellos, pues trabajan y arriesgan para su amo. En realidad, se trata de una rentabilidad social, pues trabajar para el amo, que es Dios, es trabajar para los hermanos y al servicio de la familia universal. Por eso el Señor alaba su buen hacer y su audacia en el trabajo.

En cambio, reprueba la conducta del tercero que, por miedo a su señor y por falta de coraje o, por comodidad, se conforma con poner el talento a buen recaudo para no perderlo. No piensa que así está malgastando el tiempo y las posibilidades de sacar provecho a los dones recibidos. Como tantos otros en la vida, se conforma con evitar el mal, sin darse cuenta de lo que pierde por no hacer el bien. Se deja llevar del miedo, no quiere correr riesgos, y entierra su responsabilidad y el bien de los demás.

La actitud del criado negligente y holgazán es la de muchos que, por pereza, por miedo o por otras excusas, no quieren (no queremos) correr ningún riesgo, pensando que lo más seguro es no tocar el presente o refugiarse en el pasado. No han comprendido la parábola de los talentos. No entienden que así renuncian a todo futuro y a toda esperanza.

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Ezequiel 34,11-12.15-17): *Yo mismo buscaré a mis ovejas.*

Salmo (22,1-2a.2b-3.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-26a.28): *por Cristo todos volverán a la vida.*

Evangelio (Mateo 25,31-46): *serán reunidas ante él todas las naciones.*

Cuán diferentes son los acontecimientos, proyectos y objetivos, las cosas en general, dependiendo de quién y el cómo se piensa. Que distintas parecen si suceden cuando tú las has pensado de si suceden cuando las piensan los demás y de cuando acontecen de manera distinta a como las pensamos entre todos, a la hora de actuar.

Cuando suceden como tú las piensas, te parece que no podían ocurrir de otra manera y puede inducirte al error de pensar que todo es como tú lo ves y no puede ser de manera diferente. Esto nos puede situar por encima de los demás y, en el peor de los casos, podemos terminar más solos que la una.

Si los acontecimientos resultan como los piensan los demás, puede suceder que los encontremos perfectos si los ha pensado alguien de “*nuestra honda*”, de nuestro entorno familiar, de nuestro grupo o partido... o si los han pensado y propuesto “*los otros*”, en ese caso, eran proyectos erróneos, descabellados y del todo irrealizables.

Pero lo que realmente debe interesarnos es que las cosas las pensemos entre todos y entre todos busquemos los objetivos a conseguir para que los acontecimientos se desarrollen de la mejor forma posible y el bien común sea prioritario en nuestra forma de ser y en nuestra manera de actuar.

En estos últimos tiempos solo aquello que se culmina pronto es lo que tiene éxito, seguramente porque todos vivimos con excesivas prisas y nos parece que no podemos dedicar mucho tiempo a los mismos temas. Esto nos impide descubrir la novedad que está implícita en las cosas de cada día.

Este domingo, fiesta de Jesucristo, rey del universo, la liturgia nos ofrece la posibilidad de hacernos un poco más conscientes de las buenas noticias que a lo largo del año el evangelio de Mateo nos ha ido proponiendo: el descubrimiento del tesoro del Reino, la tarea de buscarlo ininterrumpidamente, de celebrar la fiesta con los amigos cuando se le encuentra. Nos ha invitado a tener paciencia para verlo crecer, a confiar en Aquel que da el crecimiento... a confesar que todo lo que es Reino de Dios se realiza en Jesús, el Mesías.

La escena del juicio, colocada al final del evangelio, puede inducir a error y pensar que habla del final del tiempo, y no es así del todo. La comunidad cristiana en la que se escribe este evangelio, como la de todos los tiempos, necesitaba una norma de conducta sobre todo para acercarse a las personas más necesitadas de la sociedad, y no solo a las que eran habitualmente atendidas como miembros débiles de cada comunidad.

Esta norma no debía diferir mucho de lo que había sido la conducta habitual de Jesús: «...*al verlo, sintió lástima y se acercó y lo curó*». «*He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*», son algunos de los textos evangélicos que nos ayudan a descubrir quiénes son los preferidos de este hombre Dios.

Jesús, a lo largo del evangelio que vamos leyendo cada año, lo vemos escapándose, escondiéndose, marchando a otro lugar cuando la gente quiere proclamarlo rey, solo al final de su vida, cuando ve cercano el momento de la «*coronación*», de la «*púrpura*» y del «*trono-cruz*» manifestará claramente cómo y en quiénes quiere ser servido.

Ahora que se cuestiona casi todo, los cristianos también andamos muchas veces planteándonos si estos tiempos actuales son los mejores en la vida de la Iglesia o, por el contrario, nunca ha habido tiempos tan oscuros y tan difíciles para la fe de los creyentes.

Para la Iglesia la cuestión fundamental debe ser la presentación de la persona de Jesús y su manera de reinar, de estar presente en la vida de las personas y de los pueblos; si lo tenemos secuestrado en nuestros templos y en nuestros rezos, o lo sacamos a la calle para acompañar a todas las personas en sus alegrías y en sus penas, en sus gozos y en sus esperanzas, como nos recordó el Vaticano II y acercándolo a las “periferias”, como constantemente nos recuerda el papa Francisco.

La historia no se para nunca, siempre va hacia delante, aunque en ocasiones no lo creamos. Hay etapas de nuestra vida en las que parece que estamos detenidos porque nos encontramos muy a gusto con lo que hacemos, con lo que tenemos, y con lo que somos. Pero hay otras personas que, por las situaciones difíciles que les toca vivir, parece que más bien están como enganchadas al sufrimiento y al dolor.

En ambas situaciones es precisa la liberación. En la primera, para ser audaces a la hora de situarnos y mirar a nuestro alrededor, saliendo de nuestro aparente bienestar para implicarnos en las causas que generan la situación de las personas “*heridas*” por otras personas o por las estructuras de pecado que entre todos generamos.

¿Dónde nos hemos situado nosotros? ¿Dónde colocamos a los demás? El Hijo del hombre coloca a derecha o izquierda en el Reino según los criterios con los que Él ha vivido y por los que Él ha muerto y resucitado. **¡Cada uno en su puesto!**